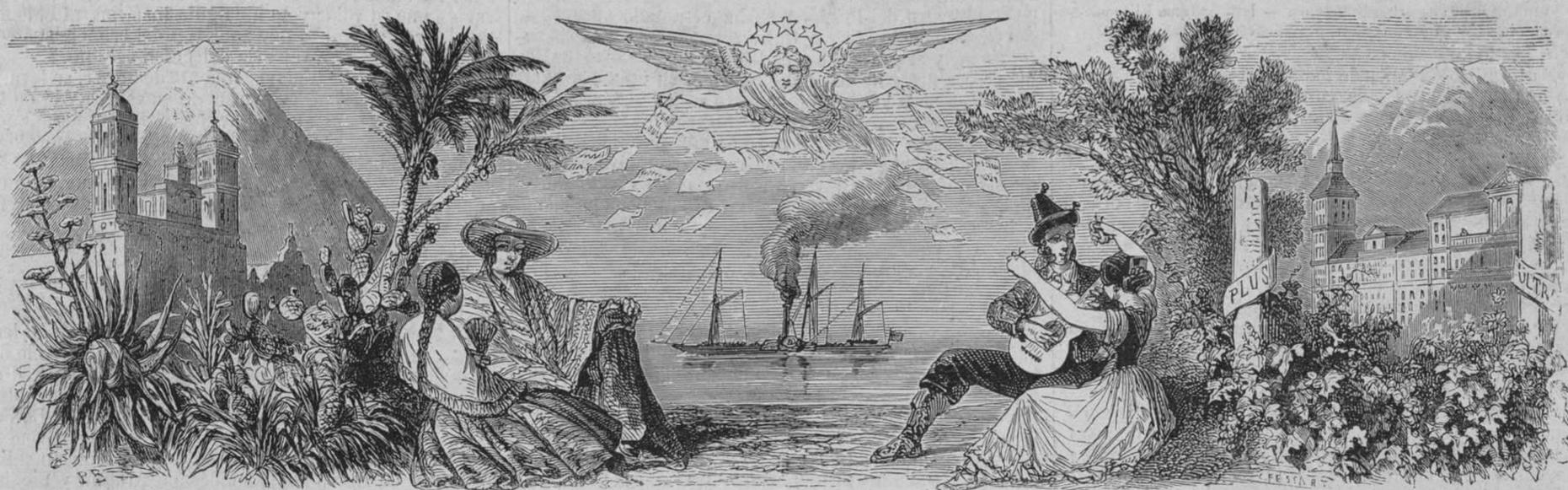


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — Tomo XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — N° 585.

SUMARIO.

Recepcion del archiduque Maximiliano y la archiduquesa Carlota en el palacio de Tullerías; grabado. —

Revista española. — Llegada del mariscal Forey á Lila; grabado. — Sucesos de Dinamarca; grabados. — Revista de Paris. — Las mujeres de nuestro siglo. — Fiestas en Pisa en honor de Galileo; grabados. — Paris y Londres en 1793. — Pasion y muerte de Jesus. —

La Primavera; grabado. — Procecion del viénes santo en Sevilla; grabado. — El corredor de playa. — Viaje de las campanas á Roma el día de juéves santo; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



Recepcion de SS. AA. II. el archiduque Maximiliano y la archiduquesa Carlota en el palacio de Tullerías.

Revista española.

Contrastes. — Bailes. — El último cotillon. — El fantasma. — Un capricho femenino. — Las máscaras callejeras. — Un gran triunfo dramático. — *Venganza catalana*, drama en cuatro actos, de García Gutiérrez. — Ovación nacional al genio. — *Flores y frutos*. — *Un matrimonio de conciencia*. — *El Enemigo en casa*. — Una prestidigitadora. — La magia blanca y la magia negra. — Cuadros vivos. — Los Campos Eliseos. — Necrología. — Una anécdota providencial.

Ha terminado el mes de los contrastes: empezó siendo imagen de la alegría con el carnaval, y concluye con el recogimiento propio de la cuaresma.

Mi revista de hoy será su fiel traslado: comenzare describiendo las fiestas, los saraos, las mascaradas, en una palabra, todos los acontecimientos alegres, para acabar con una anécdota piadosa, muy propia del período que atravesamos en los momentos en que escribo.

Empecemos... por el principio. El carnaval ha sido corto este año, pero muy bien aprovechado. Ya en mi anterior os dije algo de los bailes de máscaras aristocráticas: reanudemos el hilo de la conversación.

Los bailes mas espléndidos han sido los que han dado los duques de Fernán-Núñez, los señores de Calderón, los príncipes de Wolsconski, y los señores de Weisweiler.

Las elegantes damas de la aristocracia, los almibarados y obsequiosos galanes, olas brillantes en medio de aquel océano de luz y pedrería, han demostrado una vez mas, que el carnaval es la primavera de los salones.

Todo cuanto pudiera decir acerca del lujo, magnificencia y esplendor de estos saraos, sería pálido reflejo de lo que vuestra imaginación se figura. Os hablaré sin embargo, del último cotillon que se ha bailado en Madrid.

La alegría carnavalesca se extinguió en los salones de la duquesa de Fernán-Núñez. En ellos se ha bailado el último cotillon aristocrático de este invierno, y con aquel cotillon solemne, supremo y hasta melancólico, terminó en Madrid la temporada que los italianos llaman *il carnavalone*, la estación de las grandes fiestas, la legislatura femenina, el verano de los salones, la época de las fastuosas *toilettes*, de las placas y las cintas, del escote y la corbata blanca a *chaque instant* (¡qué pobre es la lengua española!) de los espléndidos *soupers* a las seis de la mañana, de los inocentes walses de las jóvenes a *marier*, de las intrigas de las *lionnes*, *tigresses* y *grandes dames* que se disputan ambiciosamente el poder, de las indeliberadas amistosas *causeries* de feroces adversarios políticos, de la gran libertad de acción a que se prestan, en fin, esos brillantísimos saraos.

Al acercarse la última hora solemne del cotillon, se dibujó en los divinos rostros de las que lo bailaban una vaga sombra de tristeza que en vano trataban de disipar con febriles y fugaces esfuerzos de vertiginosa alegría. Esta frase mortal: ¡el último baile! se veía escrita sobre todas aquellas frentes en que solo debiera brillar un placer eterno.

Todos los que allí estábamos mirábamos con toda la seriedad de un filósofo que recorriese las ruinas de Babilonia, aquel postrimer resplandor de la fiesta y de tantas otras ya pasadas, y volvíamos los ojos a los retratos de familia que presenciaban la escena, vestidos con ropas de otras edades, jóvenes bellos y elegantes como las damas y galanes que danzaban ante su vista. Las nobles y bellas señoras y los apuestos donceles y fortísimos adalides pintados en aquellos lienzos habrían bailado, amado y reído también como nosotros... ¡Figúrese cualquiera a cuántas reflexiones nos conduciría esta manera de considerar el *último cotillon* del año!

Entre tanto, un gran poeta contemporáneo, que ya brillaba al lado de Espronceda en los memorables días del romanticismo, hablaba a mi lado de no sé qué *fantasma del cotillon*, que él veía flotar en aquel momento sobre el salón del baile; fantasma alegre, y sin embargo pavoroso, que concentraba, resumía y simbolizaba la vida quimérica, morgánica, ilusoria de aquellas alegrías fugitivas, y prestaba alma y movimiento a los últimos instantes de la fiesta.

Este fantasma no podía ser otro que el de la penitencia, porque todos éramos pecadores. Pero antes de cerrar el capítulo de las locuras humanas, permitidme que os cuente un capricho realizado por ocho de nuestras mas elegantes y aristocráticas beldades.

Dentro de un carruaje graciosamente adornado y conducido por cuatro orgullosos corceles, iban ocho señoras, cuatro de ellas con caprichosos dominós color de rosa, y las otras cuatro con dominós celestes de igual gusto. Dichas máscaras, que recorrieron las calles y paseos mas principales de Madrid, llevaban botones gigantes, rodeados de ricos encajes; graciosas puntas de las cuales pendían cascabeles dorados, y además diminutos sombreros cónicos, colocados con gentileza sobre las cabelleras empolvadas, formaban un simpático conjunto, mezcla de *Pierrot*, de *Folie* y del género llamado Luis XV, cuyo carácter sería imposible definir.

Madrid las conoció: las del dominó rosa eran las señoras duquesa de Medinaceli, marquesa de Villaseca, señora de Fuentes Bustillo y señorita doña Gimena de Cueto. Las del dominó celeste las señoritas doña Concepción y doña Teresa de Pignatelli, doña Sofia de Cumbres-Altas, y doña Maria de la Purificación de Alaminos, las que fueron obsequiadas con un espléndido almuerzo en el palacio de Medinaceli antes de presentarse en el paseo.

Por lo demás, el carnaval callejero ha sido muy po-

bre, y puede asegurarse que camina de año en año a su completa extinción en nuestras costumbres; únicamente se han aumentado las comparsas de pedigrüños, de lo que se deduce, que ahora solo se tapan la cara aquellos que no pueden pedir con ella descubierta.

La transición no es violenta: del carnaval pasamos a los teatros. La historia de nuestra literatura dramática ha registrado en sus anales este mes un verdadero acontecimiento.

En el teatro del Príncipe se ha estrenado un drama del ilustre poeta García Gutiérrez, titulado *Venganza catalana*, y si grande fué el triunfo que alcanzó en la primera representación del *Trovador*, su último drama le ha conquistado el primer puesto en la literatura dramática contemporánea.

El tesoro de nuestro teatro se ha enriquecido con una nueva joya de gran valor, la poesía tan olvidada en nuestros tiempos ha levantado su vuelo, se ha engalanado con todos sus adornos, y ha arrebatado al público.

Las grandes obras de una nación interesan a todo el mundo, y persuadido de que mis lectores desean tener alguna idea del nuevo drama, voy a satisfacer su natural y plausible curiosidad.

Todos los que han fijado sus miradas en las hermosas páginas de gloria de los inolvidables aragoneses y catalanes del siglo décimotercero y décimocuarto, conocen el episodio histórico que ha servido al poeta para escribir su drama. Un héroe como Roger de Flor, una bravura como la de los almogávares, y una traición tan vil como la de Miguel Paleólogo, necesitaban un poeta cuyo genio pudiese hallar en su paleta los brillantes colores propios de los primeros, la negra sombra para pintar la infamia del segundo. Unos y otros han encontrado lo que necesitaban: hé aquí los cuadros que el inspirado poeta ofrece a la contemplación del admirador espectador.

Roger de Flor ha librado a los griegos del ominoso yugo de los musulmanes, y envidiosos de su denuedo y de su gloria los que deben a su bravura la independencia, los que al servicio de Miguel Paleólogo no han podido imitar el ejemplo de los valientes almogávares, no abrigan mas que un solo deseo, el de su exterminio.

Dos sentimientos son los que se levantan contra el héroe, dos hombres anhelan su ruina. Miguel que le debe su corona, que le ha nombrado César de su imperio, que le ha enlazado a su familia dándole por esposa a Maria, princesa de los búlgaros, impulsado por la envidia y el temor de perder su trono; Gircon, jefe de los alanos, movido por un rencor antiguo hacia el que cree burlador de su hija, por una envidia ciega hacia el soldado que mas valiente y afortunado que él ha eclipsado su gloria, acechan el momento de deshacerse de un hombre que tanto miedo como odio les inspira.

Pero velan por él, su esposa que admirando sus raras prendas, entusiasmada con el reflejo de la gloria que le presta Roger, le antepone al amor de su patria y le adora; Irene, hija adoptiva de Gircon, que apasionada de él aunque sin esperanza, le sigue a todas partes, y por salvarle del peligro diera la sangre de sus venas. También Alejo, el hijo de Gircon, que abandonó los patrios lares para vengar la deshonra de su hermana, que a pesar de su origen sirve en las filas de los catalanes, vela incesantemente a su lado.

Así pues, la acción capital del drama es la lucha del odio y de la envidia contra el valor del héroe, el amor de su esposa, la pasión de Irene, y el acendrado afecto de su hermano adoptivo.

Gircon, que ha perdido de vista a su hijo, al saber el vehementemente deseo que le anima de vengar a su hermana, acaricia la idea del castigo de Roger, y al mismo tiempo que excita los impulsos vengativos del joven, procura despertar en el corazón de Miguel los bastardos sentimientos que han de ayudarle a saciar su rencor.

Pero Alejo, que es el lazo que une el pasado con el presente de los personajes que figuran en el drama, se halla ligado por el honor con los enemigos de su padre, por la gratitud y el respeto con Roger, por el amor primero, mas tarde por el cariño fraternal con la princesa Maria, y el rencor de su padre se estrella en estos deberes que sus afecciones le impulsan a observar.

Alejo, enamorado con el amor de los primeros años, de Maria, cuando vuelve a su lado despues de una larga ausencia, la encuentra unida al hombre a quien debe la vida, y esto basta para que sofocando su pasión, la convierta en afecto hacia el dichoso dueño de su mas venturosa esperanza.

Irene, que ama a Roger con la pasión de las mujeres de la raza masageta, raza

De corazón fogoso, que ama y odia
Con toda la intension de su fiereza,

sostiene una terrible lucha en el fondo de su corazón, aviva los celos en el alma de Alejo, descubre los planes de los enemigos del bizarro adalid, y lleva su extravío hasta el punto de dudar de Maria, hasta el punto de clavar en el corazón del guerrero el puñal de la duda.

A otra robásteis la calma,
Y el alma partís en dos;
¿No pudiera ser que á vos
Os dieran partida el alma?

le dice, alterando la paz y la ventura que le ofrece el amor de su esposa.

Pero Maria, que ya ha oído de los labios de Roger la historia de sus desgraciados amores con la hija de Gircon, Maria, que ha ensalzado la conducta de su ado-

rado esposo, Maria, que despues de explorar a su primo, es toda confianza y amor; Maria, en fin, que siente en sus entrañas el fruto de su bendita union, calma las dudas del amante, tranquiliza al guerrero, y dominada por la horrible fatalidad, le conduce al festín en donde la maldad de Miguel y el puñal de Gircon le aguardan como el tigre a su presa para asesinarle cobardemente, y condenarla a una eterna viudez.

Ni los cuidados de Irene y de su hermano, ni la veneración que su valor y su hidalguía inspiran, ni el temor de la feroz venganza que tomarán del crimen sus soldados, bastan para salvarle del puñal asesino.

Sobre el cadáver todavía caliente de Roger, se levanta pavoroso el grito de venganza de su esposa y el de los almogávares, la campana que con tetrico sonido anuncia el fin del héroe, parece que pronuncia la memorable y grandiosa imprecación ¡despierta, hierro! y cuando Miguel, satisfecho de su triunfo pregunta lo que anuncia aquel plañidero sonido, que a su pesar hiela su sangre, Maria le responde:

¡Anuncia el fin de la Grecia,
Anuncia el rencor de España!

La muerte de Roger convierte a sus soldados en leones; la viuda asiste a sus combates, y en el terrible día de la expiación, presencia con la fiebre de la sed de venganza la destrucción, el exterminio de los culpables.

Un puñado de hombres, a cuyo frente queda Berenguer de Roudor, el indomable y altivo catalán, vencen a un numeroso ejército, le esclavizan, y colocan sobre los muros de Apros los pendones de Aragon y Sicilia; Roger está vengado, y la *venganza catalana* quedará como un eterno recuerdo en el corazón de la raza envilecida, como una sombra pavorosa que se transmitirá de generación en generación.

Tal es el argumento de esta grandiosa obra; pero no basta cuanto he dicho para conocer hasta qué punto es mágica y espléndida la forma del drama.

Creo que mis lectores oirán con gusto algunos de los brillantes fragmentos de tan precioso poema, y los tomo al acaso, porque de lo contrario tendria que copiarlos todo el drama.

¿Deseáis conocer el temple de los soldados de Roger? Pues oid cómo Perich de Naclara expone las justas quejas de sus compañeros, al ver que su jefe trata de disculpar al emperador:

ROGER.
De mi afecto sois testigos.
¿Qué puedo hacer?

NACLARA.
Yo diria

A Miguel el mejor día:
— Dejemos de ser amigos.

ROGER.
¿Aunque os pagara?

NACLARA.
También:

Y pues la puerta nos cierra
De la ciudad, haya guerra:
Porque he oído, no sé á quién,
Pero soldado, decir
Que en la escuela militar
La muralla es para entrar,
La puerta para salir:
Y pues Miguel se concerta
Con esa infame canalla,
Entremos por la muralla
Y echémosle por la puerta.

¿Cómo no entusiasmarse despues, cuando Roger al oír que sus soldados son tachados de cobardes por Gircon, exclama:

¡Cobardes mis españoles!

MIGUEL.

Callad.

ROGER.

No, señor, no puedo:
Cuando ese punto se toca
Toda mi paciencia es poca.
¿Quién negará su denuedo?
¡El valor! ¡sí, esta es la joya
Que mejor los engrandece!
¡Y esta campaña oscurece
Las maravillas de Troya!

MARIA.

Cierto, y con razón te quejas.

ROGER.

¡Oh! ¡cómo estais olvidados
De que os hallé acorralados
Como asustadas ovejas!

GIRCON.

Nadie domó nuestros cuellos.

ROGER.

¡De ira el corazón me late!
¿Y cuándo, y en qué combate
Hicisteis lo que hacen ellos?
Ya sospecho cuándo ha sido:
Un día, de su muralla
En son de buscar batalla

Os ví salir de Planido:
Mas tuvo el turco piedad
De esas turbas espantadas,
Y á palos, mas que á lanzadas,
Os corrió hasta la ciudad.

MIGUEL.

Eran uno para tres.

ROGER.

¿Qué importa? No es ese el cuento:

Yo con uno para ciento
Los he vencido despues.
— ¿Y el recurso de morir?
Cuando está determinado
Hasta ese extremo un soldado,
¿Quién le puede hacer huir?
Pero amais tanto la vida
Que sembrásteis las llanuras,
No de sangre, de armaduras
Que arrojásteis en la huida,
Y en vergonzoso tropel
Volvísteis á vuestro encierro.
— ¿Para qué vestirán hierro
Los que no pueden con él?

¿Quereis escuchar ahora de los labios de Maria la delicada y bellisima confesion de la emocion que experimenta al sentir en sus entrañas el fruto de su amor?
Nada mas bello, oid:

... La esperanza ardiente,
Que con desusado empeño
Sobresaltaba mi sueño,
Y acariciaba mi mente;
Este infinito placer,
Esa inefable alegría
Que el Hacedor nos envia
Al duplicar nuestro ser;
Trocaban su expresion muda
Y aquella indecisa calma
En voces que escucha el alma
Sin el temor de la duda.
Y esas voces que en sereno
Concierto para mí suenan,
De ardiente gozo me llenan
Mi corazón y mi seno.
Siento en ellos alentar
Una vida... ¡y no es la mía!
Siento impulsos de alegría
Con deseos de llorar.

En la escena 7ª del primer acto, dicen Miguel Paleólogo y Gircon, jefe de los alanos:

MIGUEL.

Si con mayor fortuna ó mas denuedo
Venció Roger las bárbaras falanges
De Amurat y Carcano...

GIRCON.

A Dios plugiera

Que al usado rigor de sus alfanjes
Antes el Asia con baldon cayera.
Dobla el esclavo con dolor la frente
Cuando tirano azote le castiga;
Pero es mas alevoso, mas se siente,
Señor, el golpe de la mano amiga.
No es afrenta ceder cuando se agota
De la mezquina humanidad el brio;
Mas sucumbir, vencido sin derrota,
Y el látigo besar que nos azota...
¡Nunca! ¡eso excede al sufrimiento mio!

En la escena siguiente, Berenguer de Roudor, capitán valeroso de Roger, se queja al emperador del poco aprecio con que se mira á sus soldados. Y dice:

BERENGUER.

Somos en el honor poco sufridos,
Y una vez ofendidos
No callamos verdad ni sentimiento.
Y postergarnos á tan vil canalla...

MIGUEL.

Entre vasallos, Berenguer, no hay fueros.

BERENGUER.

Deben ser en el premio los primeros
Los que primeros son en la batalla.
Si no pusieran en tan cruda guerra
El catalan y aragonés las manos,
En cuanto espacio vuestro imperio encierra
No hallaran ¡vive Dios! bastante tierra
Donde fijar el pié vuestros alanos.

Viene despues la escena 12ª entre Roger y Maria, que seria menester copiar íntegra si se quisiera mostrar sus bellezas; y en la final hay, entre otros muchos rasgos, el siguiente:

ALEJO.

¿Un desden se ha de vengar?

IRENE.

Quien sufre y calla, no siente
Su agravio: dile que miente
Si dice que sabe amar.

Continuaría, pero me falta espacio.

El hombre que concluye una obra como la que hoy admira el público y la crítica ensalza, ha conquistado su inmortalidad.

España saluda hoy á García Gutierrez como al primero de sus poetas contemporáneos, y no es extraño por lo tanto, que la nacion en masa se haya confundido en un solo aplauso y en un solo deseo de honrar el talento del genio, haciéndole una pública y solemne demostracion de admiracion y de entusiasmo.

Despues de este triunfo dramático, que todavía sigue en boga, las demás producciones nuevas parecen palidas estrellas al lado de un astro brillantísimo que las eclipsa por completo.

Sin embargo, las citaré para no faltar á mis deberes de cronista.

En Variedades se ha estrenado una comedia en tres actos titulada *Flores y Frutos*, pero con tan mediano éxito, que las flores se han agostado, y el público en presencia de los frutos, ha sido de opinion de que *están verdes*.

En el Circo han fracasado dos producciones y media: la primera titulada *el Mercado de los Inocentes*, hizo mal negocio. Era un drama en quince cuadros: á la primera lectura le quitaron tres; á la segunda uno mas, á la tercera cuatro; quedaron siete, pero el público opinó que sobraban, y hubo que suprimirlos todos.

La segunda produccion ha sido *el Matrimonio de conciencia*, drama de un escritor que se complace en ofrecer la literatura dramática á los ojos del público convertida en un san Lázaro; el público escuchó esta obra entre bostezos, náuseas y sollozos.

La media que he citado anteriormente es una comedia titulada *el Enemigo en casa*, muy bien escrita, pero muy mal pensada; agradó á los amigos del autor, entre cuyo número me cuento, y disgustó á la gente á quienes gusta mas el fondo que la forma.

Tambien se ha estrenado una zarzuela en tres actos sin olor, color ni sabor; titúlase *Margarita*, y gracias á la música, ha sido favorablemente acogida por el público zarzuelero.

Ha llegado á esta córte una célebre prestidigitadora que se propone ser la admiracion de los madrileños; tales son las milagrosas suertes que prepara.

Entre otras cosas, se dice que vuelve blanco lo negro con la mayor facilidad del mundo, que hace salir de debajo de la tierra millares de maridos para las niñas casaderas, que consigue con solo su voluntad hacer brotar en las cabezas mas calvas largos y sedosísimos cabellos, que á los gordos, si lo desean, los vuelve flacos instantáneamente y viceversa.

A la célebre mágica acompaña, segun se dice, un negro, del cual se cuentan cosas estupendas.

Este personaje, que tendrá ahora unos treinta años de edad, es alto, de buena presencia, y viste con suma elegancia; es hijo del jefe de una de las tribus del cabo de Buena Esperanza: desde su niñez cayó prisionero de una tribu enemiga que le vendió á unos negreros americanos; pero se cuenta que por fortuna suya, le compró en la Habana un rico personaje, el cual le dió una educacion brillante, y al morir le dejó por heredero.

En 1850 vino á Europa, donde una série de desgracias le arruinó por completo; pero enterado de *los secretos de la magia negra*, y unido desde hace dos años con la prestidigitadora Mlle Benita, muy experimentada en los achaques de la *magia blanca*, se arreglan de tal modo los dos, que como antes he dicho, han conseguido todo lo que han querido, con excepcion de una sola cosa: la de volver al negro blanco.

Si hacen muchas proezas, como espero, tendré el mayor placer en referirlas á mis lectores.

Terminada la época de los bailes, el ingenio y buen gusto de las elegantes y aristocráticas damas de la sociedad madrileña, ha encontrado el modo de reemplazar las fiestas en honor de Terpsicore por otras no menos agradables, y acaso mas interesantes.

En casa de los condes de Seláfani se ha celebrado una de estas fiestas, que bien pueden llamarse artísticas, y que me recordó otras de igual género, dadas en vida de la inolvidable duquesa de Alba, en la morada de su señora madre la condesa de Montijo.

La amable condesa de Seláfani habia convidado á sus numerosos amigos para aquella noche, á fin de que presenciaran la reproduccion de varias obras de Rafael y de Murillo, por medio de *cuadros vivos*, en cuya composicion figuraban las jóvenes mas lindas de la alta sociedad de la córte.

Cuatro fueron los cuadros, que con extraordinaria exactitud en trajes y accesorios se admiraron; el primero representaba el tan conocido asunto de la *Anunciacion*, que existe en el museo de Madrid, debido al pincel del célebre pintor sevillano.

Las señoritas Maria Seláfani y Carmen Concha, vestida la primera de ángel y la segunda de Virgen, eran dos figuras admirables.

El famoso cuadro de Santa Cecilia, de Rafael, que hemos admirado en el museo de Bolonia, fué la segunda obra que se ejecutó, con la misma perfeccion que la anterior. La santa mártir, patrona de los músicos, estaba representada por la señora de don Gonzalo Saavedra, figurando tambien á su lado la señorita de Aguilera y los señores Santos Alvarez, Scepeaux ó hijo del marqués de Perales.

Rebeca dando de beber á Eleazar, tambien obra, si no estamos equivocados, de Murillo, fué el tercer cuadro. Baste decir que la hija de Batuel estaba representada por la bellisima Luisa Campo Alange, dechado de majestuosa beldad, dignamente acompañada por la con-

desa de Seláfani, duquesa de Alcudia, y señorita de Caballero. El sediento y afortunado judío Eleazar era el señor Pignatelli, cuya inmovilidad, en tan envidiable situacion, se admira y no se comprende.

El cuarto y último cuadro era una composicion tomada de dos grabados, representando á Jesus (el marqués de Auñón) en casa de la Magdalena (la señorita é hija de la condesa de Fuentes), y de Marta (la condesa de Seláfani).

Difícil seria dar la preferencia á uno de los cuatro cuadros que se representaron, porque todos eran igualmente bellos y perfectos.

Creo que á mis lectoras les agradara tener noticias de este nuevo, ingenioso é ilustrado modo de divertirse, y que lo copiarán y aumentarán para entretener sus ratos de ocio.

Pocas noticias de libros nuevos podemos dar en este mes. El invierno es la época mas improductiva para la literatura. Bien es verdad que los libros mas palpitantes de interés se escriben con las memorias del invierno.

Esperemos que la primavera sea fecunda.

Este verano tendremos los habitantes condenados á vivir en Madrid un sitio de recreo, que llamándose los *Campos Eliseos*, convertirá al Manzanares en Leteo, y mediante la cuota consabida al barquero Aqueronte, nos ofrecerá hermosas alamedas, flores de todas clases, ópera, prestidigitacion, montañas rusas y otros infinitos entretenimientos y diversiones que harán nuestra delicia. Entre tanto, cumplamos como cristianos y meditemos algunos instantes sobre lo humilde de la humanidad y lo inconmensurable de la Providencia.

Entremos de lleno en la cuaresma. La muerte se ha ensañado en varias personas notables: el duque de Sevillano, una de las notabilidades bursátiles, un hijo mimado de la fortuna; el conde de Altamira, el decano de la nobleza española y uno de los servidores mas apreciados de la reina; y por último, un modesto empleado á quien sus virtudes han dado una celebridad postuma digna de ser conocida de mis lectores.

Era un administrador de loterías, á quien todas las señoras de la junta de beneficencia domiciliaria apreciaban mucho, porque era uno de los que con mas generosidad y misterio contribuian al alivio de los protegidos de tan benéficas damas.

La causa de tan caritativo comportamiento tiene su historia, y esta historia es la que voy á referiros. Nuestro héroe, llamado Calvillo, desempeñaba en 1854 un humilde destino, del cual le privó la revolucion.

Careciendo absolutamente de recursos, sin familia, sin protectores, sin amigos á quienes acudir uno y otro día en demanda de auxilios para atender á sus necesidades, pasó tres años en una continua agonía, devorando sus lágrimas, disimulando sus miserias y sintiendo crecer en su pecho el cáncer de la desesperacion, que no eran bastante á dulcificar su piedad religiosa, su fe en Dios, y su esperanza en la Providencia.

Buscaba consuelo al pié de los altares, oraba con fervor, pero no vislumbraba el crepúsculo del tan suspirado día en que hubieran de tener fin sus desgracias. Cruzó entonces por su imaginacion un horrible pensamiento, sintió brotar en su alma una idea criminal, la acarició con el frenesí de un insensato y resolvió realizarla, adivinando en el suicidio el término de todas sus desdichas, y en la paz del sepulcro el reposo de que tan necesitado sentia su espíritu.

Con este propósito y extenuado, desfallecido, sin fuerzas para arrastrar su cuerpo, se encaminó una mañana hácia el canal, en cuyo cauce han hallado sepultura tantos insensatos. Pero al cruzar el Prado, cerca del Jardín Botánico, su misma postracion y la fiebre en que ardia su cerebro le obligaron á dejarse caer en uno de los bancos de piedra que adornan el paseo.

Fatigado, jadeante, ensimismado, poseido de su fatal propósito, oyó de improviso la suplicante voz de un pordiosero, de cuya presencia no se habia dado cuenta, y que le pedia una limosna por caridad.

Alzando lentamente su sombrío rostro, en el cual se dibujaba apenas una leve sonrisa de ironía y de despecho:

— ¡Auxilio me pide Vd.! exclamó Calvillo; quereis que os preste auxilio quien de todo carece, quien solo es rico en amarguras, en miseria y en hambre. Perdóneme usted por Dios, hermano, nada tengo que darle.

Y al decir esto volvió á sumergirse en el abismo de sus lúgubres pensamientos.

Sentándose á su lado el pordiosero, despues de un largo intervalo de silencio:

— ¿Tiene Vd. hambre? le dijo: pues no se afija usted: partamos como buenos hermanos este pan que debo á la caridad.

Y mostrando uno que entre sus andrajos llevaba guardado, lo dividió ofreciendo la mitad á Calvillo, quien lo devoró sin replicar. Exhalando luego un hondo suspiro, y cogiendo la mano al pordiosero, exclamó:

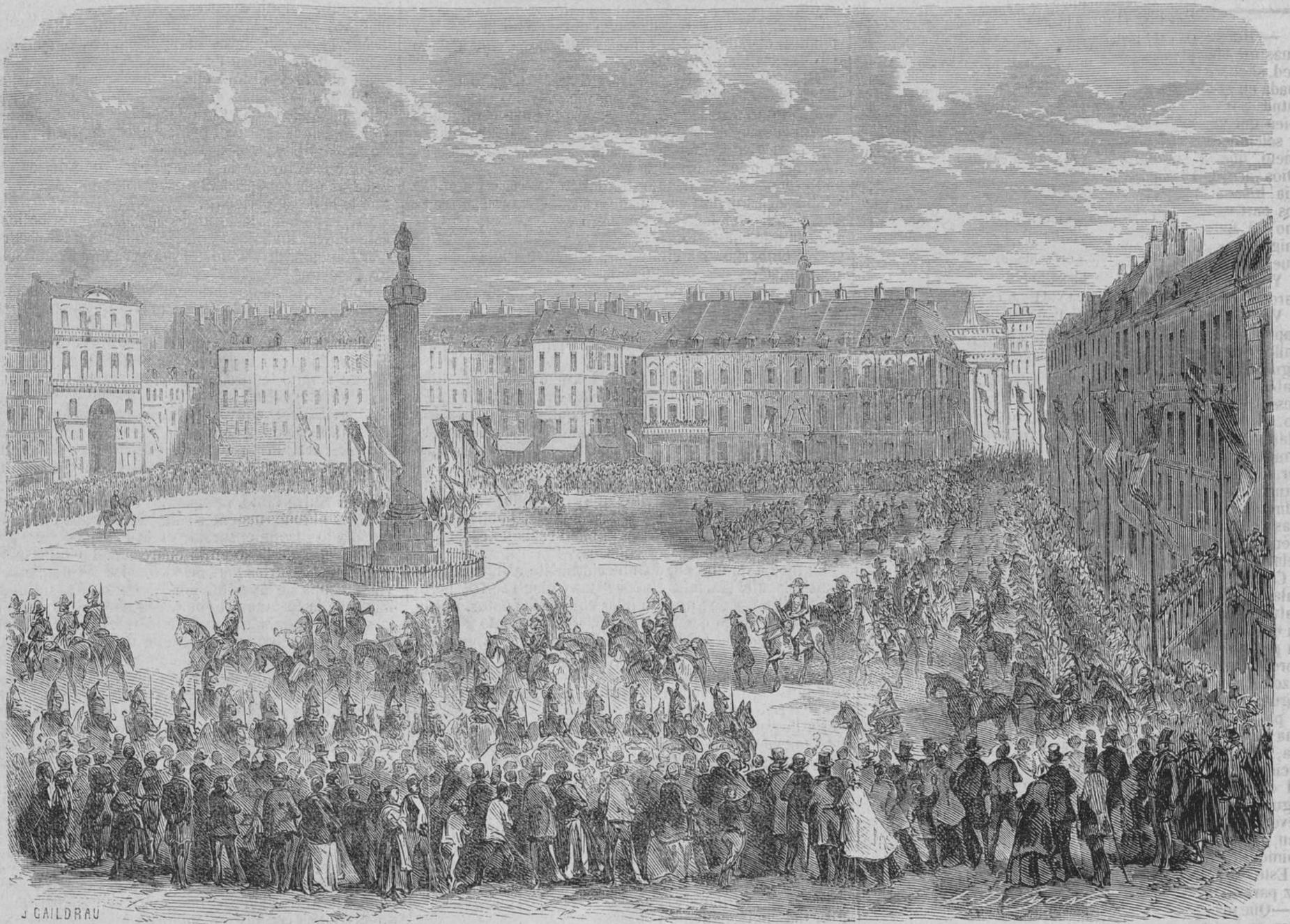
— ¡Gracias, hermano mio, gracias! No sabe Vd. todo el bien que me ha hecho: mis fuerzas se han restablecido, mi cabeza se ha despejado un poco, ya veo mas claro, y me horroriza la profundidad de la sima que se abria á mis piés.

— ¿Qué intentaba hacer?

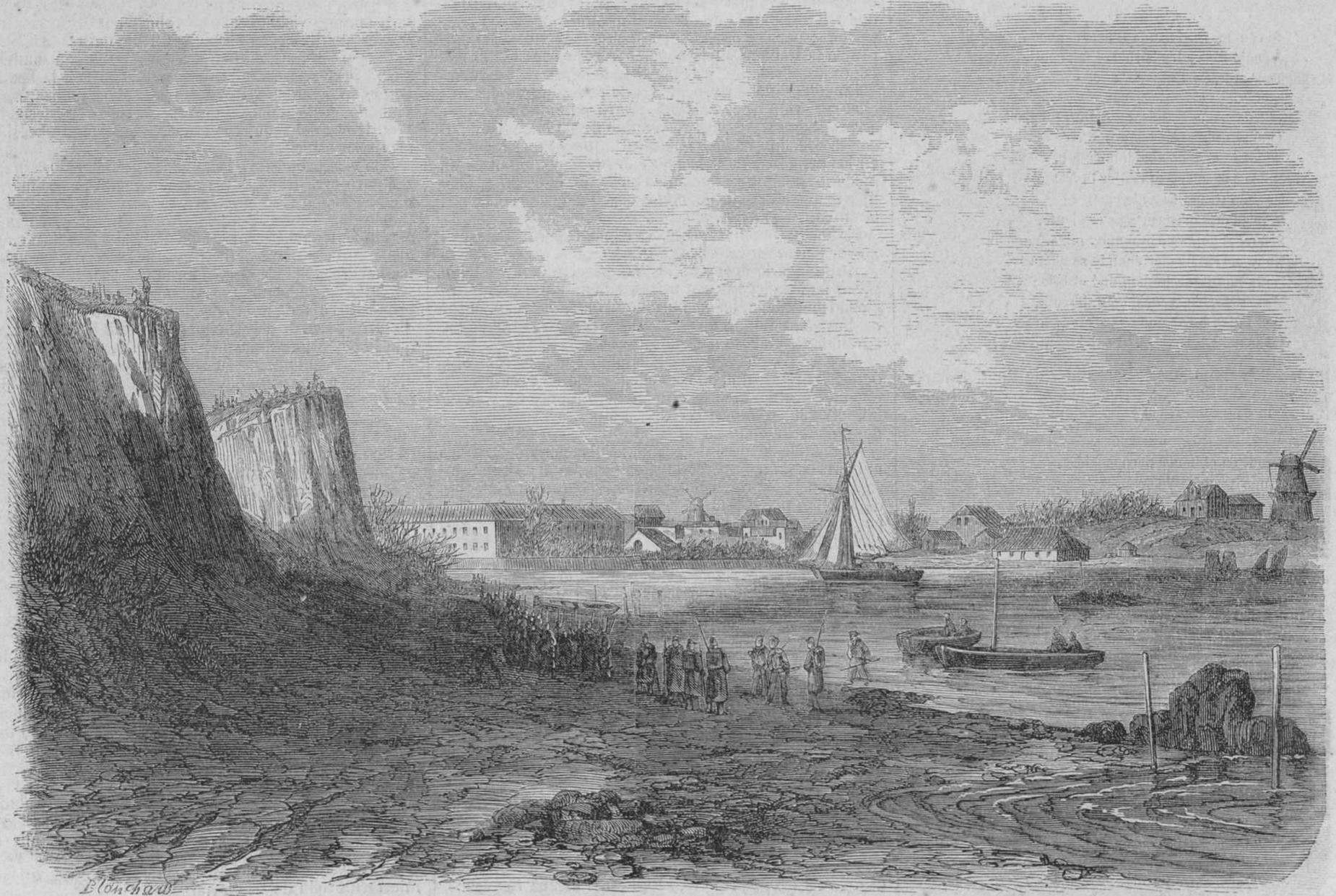
— Buscar la muerte, repuso Calvillo con espantados ojos. La miseria habia extinguido casi por completo el fuego de la fe que animaba mi corazón, dudaba de Dios, y...

— Jamás se debe dudar de su misericordia, dijo su interlocutor sin dejarle terminar la frase.

Despues de averiguar su nombre y las señas de su domicilio, añadió Calvillo:



Entrada de S. E. el mariscal Forey en Lila el 28 de febrero.



DINAMARCA. — Vista de Sonderburgo (isla de Alsen).

— Hermano mio, jamás me olvidaré de usted, siempre llevaré grabada en el alma la gratitud por el inmenso bien que me ha hecho, y solemnemente le prometo, que si se digna Dios acordarme algún día bienes de fortuna, los partiré con Vd. como Vd. ha partido conmigo ese pan bendito al que debo mi salvación.

Y dicho esto se separaron.

Volvió Calvillo á la capital, y en una de sus calles encontró á un antiguo amigo, á quien habia perdido de vista desde hacia largo tiempo. Se saludaron, hablaron un rato, y su amigo, despues de informarse de su precaria situacion, le propuso la administracion de loterias de Chamberí, ofreciéndole proporcionársela en seguida.

Cumplió en efecto su palabra; y apenas se vió Calvillo en posesion de su destino, se acordó de su promesa y buscó al pordiosero. Por mas que hizo no pudo hallarlo, y algun tiempo despues al pasar por delante de una casa de beneficencia, vió salir en corporacion á los niños que en ella se albergaban, algunos de los cuales devoraban un pedazo de pan, resto de su frugal comida.

Este fué un rayo de luz para Calvillo.

— Qué mas da, se dijo para sí propio; no he podido hallar á mi ángel salvador, pero en su lugar salen á mi encuen-



El general de Gondrecourt en el campo de batalla de Oversée.

tro otros pobres á quienes socorre la caridad. ¿Y no son todos hermanos? ¿No pertenecen á una misma familia? Pues cumpla yo con ellos mi promesa.

Desde entonces envié fiel y religiosamente para la beneficencia la mitad de las utilidades que le dejaba su destino, que fué mejorándose.

Calvillo consideraba la aparicion y desaparicion del pordiosero como un milagro, y aprovechó la inspiracion divina hasta sus últimos momentos.

Muchas bendiciones le han acompañado al sepulcro, y creo que aun sin conocerle le bendecirán tambien mis lectores.

Empieza el mes cristiano por excelencia, el mes en que la Iglesia conmemora la pasion del Hombre-Dios.

Mas tarde, y como imagen de la esperanza, asoma la risueña primavera adornada de lilas.

Entonces cesará la tregua, y podré reemplazar las historias de los salones con las de las hermosas campiñas. No faltaré á mi deber.

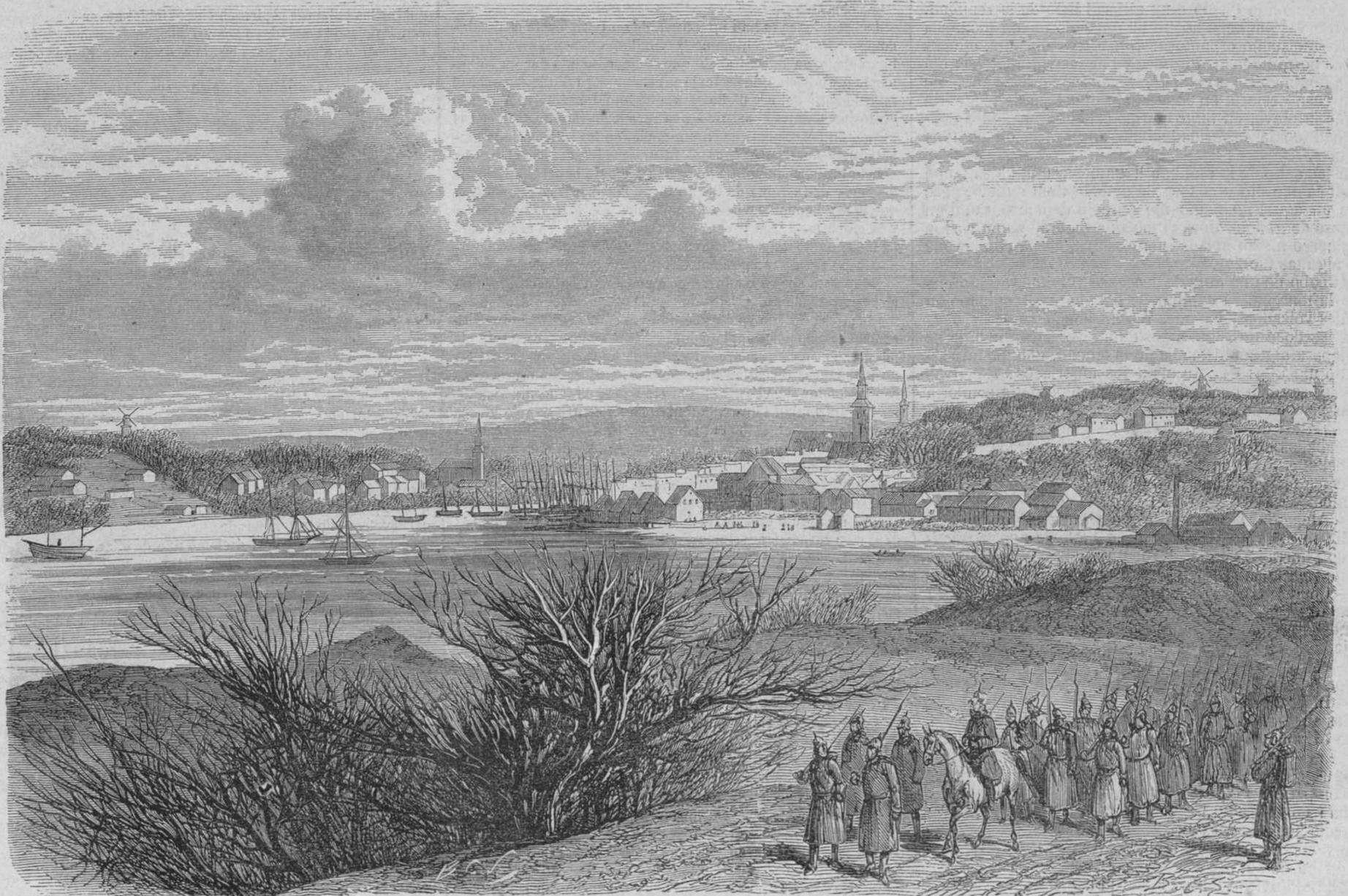
JULIO NOMBELA.

Madrid 29 de febrero de 1864.

Llegada

DEL MARISCAL FOREY A LILA.

El mariscal Forey llegó el domingo 28 de febrero á Lila y fué re-



DINAMARCA. — Vista de Flensburgo.

cibido en la estación por el general Raoult. El mariscal montó en seguida a caballo, y precedido de la música de un destacamento de dragones, hizo su entrada en la ciudad.

En el cuartel general esperaban al mariscal M. Richébé, alcalde de Lila, y el ayuntamiento. A la una y media comenzaron las recepciones de los funcionarios y de los cuerpos constituidos. Después de haber comido en el *Hotel de Gand*, el mariscal acompañado del prefecto y de un brillante estado mayor, pasó al teatro, en el que fué saludado a su entrada por una doble salva de aplausos.

Concluida la representación de los *Dragones de Villars*, se alzó el telón y se vió un panorama de la ciudad de Méjico; los coristas vestidos de soldados ejecutaron una cantata en honor del ejército francés y del nuevo mariscal.

H. C.

Sucesos de Dinamarca.

Hé aquí un dibujo que representa el campo de batalla de Oversée, copiado de los apuntes de un testigo ocular, y las vistas de Flensburg y de Sonderburgo. En esta acción de Oversée rayó en heroísmo el valor del primer regimiento de infantería dinamarquesa que protegió el solo la retirada del ejército, y sostuvo el choque de todas las fuerzas enemigas. Formado en cuadro sobre una altura que dominaba el camino, se mantuvo firme durante muchas horas contra la artillería, resistió a más de veinte cargas de caballería, y no se retiró hasta que fué de noche. Pero este bizarro regimiento que había salvado al ejército dinamarqués sufrió grandes pérdidas. Llegado a Sonderburgo le hicieron desfilar al frente de las divisiones, que le saludaron con hurras frenéticos inclinando las banderas.

Un soldado de ese valeroso regimiento cuenta sobre el combate de Oversée en una carta escrita a su familia; los siguientes detalles que creemos serán leídos con interés:

« El viernes a las nueve de la noche me hallaba yo en medio de mis camaradas, felicitándonos de haber salido sanos y salvos del combate sangriento que había tenido lugar durante el día. Las pipas estaban encendidas, y hablabamos de la batalla de Bustrup, en la que tomé parte, como ya sabeis.

De repente un sargento gritó: — ¡A vuestras filas! Al instante todos nos hallamos listos. Nuestra compañía se componía de 4 oficiales, 10 sargentos y 181 soldados. Nuestro valiente coronel Bek se hallaba ya a caballo al frente del regimiento, y nos dijo:

— Muchachos, vais a tener que trabajar, pero sé que puedo contar con vosotros. ¡Flanco derecho, marchen!

Yo estaba mudo, esperandome escenas horribles; pero la imaginación quedó muy atrás al lado de la realidad. Lo que pasó aquella noche ha quedado en mi memoria como un sueño espantoso. Hacía tres días que apenas había dormido cuatro horas, y por consiguiente seguía maquinalmente a la compañía. Solo recuerdo vagamente una casa desierta en donde bebí una taza de leche fría como la nieve, en tanto que los caballos y cañones desfilaron en la oscuridad como una procesión de fantasmás.

A las ocho de la mañana llegamos a una aldea; una anciana me dió una taza de café bastante malo, pero que en aquel momento me pareció delicioso. Comí un pedazo de galleta, dura como una piedra, y una ración de puerco medio helada, pero esta modesta comida me dió algunas fuerzas.

Al cabo de una hora de descanso volvimos a emprender la marcha. El camino se hallaba interceptado con carros volcados y cañones inutilizados.

A las doce nos detuvimos de nuevo. Mi compañía se hallaba a alguna distancia de la ciudad, cuando mi sargento me dijo: — ¿No oís a los austriacos? Efectivamente, se oía a cierta distancia el ruido de la artillería y las pisadas de los caballos.

— ¡Alto! dicen los oficiales. ¡A galope los carros! Si los caballos no pueden tirar de ellos, cortar las correas y adelante.

Así se hizo. El cañon enemigo se acercaba por momentos, y resonaba a nuestros oídos como el trueno.

— Atención, la infantería frente al enemigo.

El 9º y 11º regimiento pasan delante de nosotros gritando ¡hurra! Toda la división se dirigió hacia el Norte, quedando solos nosotros.

— Camaradas, nos dijo el coronel Bek, el general cuenta con nosotros. Si resistimos aquí tres horas, salvamos el resto del ejército. No hagais fuego sino a boca de jarro, y en seguida entrad a la bayoneta.

— Contad con nosotros, coronel, haremos nuestro deber.

— Hijos míos, lo sé.

Nos situamos en una pequeña eminencia que dominaba el camino. Los alemanes se acercaron con un regimiento de caballería, y una batería de artillería llegaba a galope. ¡Bueno! Una bala pasa silbando entre mi compañero y yo: un grito de dolor nos prueba que no ha sido tirada en balde.

Media hora después formábamnos en cuadro, y los dragones austriacos se arrojaban sobre nosotros sable y pistola en mano.

— ¡Quietos! ¡Apuntad bien! ¡Fuego!

Una línea de llamas cubre el cuadro sobre el cual se estrellan las cargas de caballería, en tanto que las bayonetas taladraban sus filas.

Esta lucha duró dos horas. Nuestras filas empezaban a aclararse. El enemigo, cansado, nos dejó descansar un momento. A mi espalda una voz dulce murmuró: — ¡Adios, mi buena María; adios, mis pobres hijos!

Era un valiente compañero, uno de nuestros vecinos de Boeskilde. Todos los días recibía una carta, a la que contestaba con la misma puntualidad; le cogí la mano y le dije:

— Dios no abandona nunca a la viuda ni al huérfano.

— Gracias, me contestó.

Un momento después había espirado.

La noche llegaba; el enemigo multiplicaba sus cargas. Una de nuestras compañías fué destruida por completo: aquel fué un inconveniente terrible; los sables se chocaban contra las bayonetas, y nos batíamos cuerpo a cuerpo.

El cuadro permaneció sin embargo firme como una muralla: el enemigo cargó sobre nosotros más de veinte veces. Yo había gastado todos mis cartuchos, y tuve que vaciar las cartucheras de los compañeros muertos.

En fin, llegó la noche, la nieve caía con más fuerza que durante el día. Atravesamos bosques y aldeas, y de tiempo en tiempo nos volviamos para tirar sobre los dragones alemanes que nos seguían.

Entre ocho y nueve de la noche llegamos a Flensburg; allí descansamos dos horas, y un vapor nos condujo a Sonderburgo.

De nuestro esforzado regimiento solo quedaban algunos restos; más de 50 hombres faltaban en mi compañía. Pero a Dios gracias, muchos de mis camaradas han vuelto ya a las filas.

Un coronel ha salido a nuestro encuentro, y nos ha dicho: — Que Dios os bendiga, valientes soldados del primer regimiento. Y al pasar por delante de las divisiones reunidas, exclamaban: — ¡Hurra! y las banderas se inclinaban ante nosotros.

Flensburg, donde se halla actualmente el cuartel general del ejército austro-prusiano, se encuentra en el fondo del golfo y está rodeado de altas colinas que protegen su excelente puerto; tiene una gran población, y es la plaza comercial más importante del Schleswig, del que puede considerarse en cierto modo como capital, pues el elemento alemán prepondera allí menos que en otras partes: por último, es la residencia de la asamblea de los Estados y la de todos los altos funcionarios.

La ciudad que consiste, digámoslo así, en una sola calle de media milla de largo, y de la cual arrancan otras veinte calles más pequeñas, está bien edificada, y su aspecto es hermoso: el comercio y la industria son muy importantes.

D. S.

Revista de Paris.

Las reuniones se han interrumpido en Paris hasta el domingo de Pascua. El archiduque Maximiliano y la princesa Carlota han dejado ya la capital sin que se haya podido dar en su honor la gran fiesta que se tenía proyectada en Tullerías, por el fallecimiento del rey de Baviera, que impidió también a los augustos personajes el asistir a una recepción improvisada con el mismo fin de solemnizar su presencia, en los salones de la embajada de Austria. Apenas el futuro emperador de Méjico ha dejado Paris, cuando hé aquí que se anuncia la próxima llegada del rey y de la reina de Portugal, así como se dice igualmente que el rey Leopoldo visitará también a SS. MM. el emperador y la emperatriz, con lo cual no faltará motivo para fiestas, tanto más cuanto que ya habremos salido de esta temporada de abstinencia y de recogimiento.

No es esto decir que durante la cuaresma haya en Paris un rigor extremado; muy lejos de eso, las reuniones continúan como hemos apuntado ya más de una vez en estas revistas, y únicamente cesan por completo durante la semana santa. ¡Qué diferencia entre estas cuaresmas y las de los tiempos pasados! En otros tiempos, dicen los historiadores, era preciso contentarse con la comida de viernes en toda la época de la abstinencia, y los que infringían esta regla tenían en su contra no solo los cánones de la Iglesia, sino el poder civil. Una ordenanza real del tiempo de Carlomagno castigaba con pena de la vida a todo el que violara sin motivo legítimo los preceptos de la Iglesia sobre este punto, y se añade que los terribles efectos de esta disposición se aplicaron algunas veces. A fines del siglo XVI Enrique IV reprodujo casi textualmente esta ordenanza, prohibiendo comer carne en cuaresma sin dispensa, bajo pena de castigo corporal, que era de muerte para los carniceros que la vendieran. En el día los carniceros y los tocineros no tienen otra vacación forzosa que la del día de viernes santo. Durante la primera mitad del siglo XVII se hizo en Paris un artículo de contrabando con la carne. Un carnicero de Charenton, que era protestante, la vendía, y los parisienses iban a su casa a celebrar banquetes clandestinos que descubrió y cortó la policía en 1659.

Hasta la época de la revolución confiscaron, a beneficio de los hospitales, la carne que encontraban no solo en las tiendas, sino en las casas particulares. En las curiosas páginas de donde tomamos estos apuntes, se conserva el pormenor de un embargo operado en casa de la marquesa de Beauvremont en 1746, y que se componía de las partidas siguientes: quince cuartos de cordero, sesenta y nueve aves muertas, tres conejos, cuatro perdices, dos faisanes, cuatro cabezas de cordero y dos pedazos de tocino. Si en el día se practicaran visitas domiciliarias con el mismo fin, es probable que la cuaresma daría alimento a los hospitales de Paris para todo el año, y sea dicho con perdón de los parisienses que observan con todo rigor las prescripciones eclesiásticas.

Esta época de expiación y de penitencia es muy propia para

recordar y llorar culpas pasadas. Hé aquí un episodio carnavalesco, la verdadera historia de un extravío que vino a tener un funesto desenlace.

— ¡Son ya las seis de la mañana, y mi hija no ha vuelto aun! exclamaba con voz doliente una pobre viuda anciana y enferma, dirigiéndose a una hermana suya con quien vivía en una miserable guardilla. Es preciso que vayáis a ver a su maestra para decirle que Adriana no puede trasnocharse así continuamente. Ese exceso de trabajo es muy nocivo a su salud; al vivo encarnado de sus mejillas ha sucedido una palidez que me da miedo, y repetidas veces he sorprendido lágrimas que caían silenciosamente sobre su labor mientras me velaba y me creía dormida.

— Sin embargo, no debes alarmarte de ese modo: bien sabes que en su obrador se reciben encargos urgentes que exigen el auxilio de Adriana, y así habrá sucedido ayer.

La que hablaba así, constituida en enfermera hacia más de dos años de su infeliz hermana, no obstante la tranquilidad que afectaba, era presa igualmente de una grande inquietud. También ella había notado la alteración de las facciones de su sobrina, también había sorprendido sus lágrimas sin poder descubrir la causa de tal cambio, pues Adriana se había mostrado impenetrable. Teresa, que así se llamaba la tía de la joven ausente, añadió con su calma fingida:

— Tu hija no puede tardar; procura dormir un rato, y el tiempo te parecerá más corto.

— No podría dormir, respondió la viuda; nunca me he sentido más débil, mas oprimida que hoy. Un vago presentimiento me trastorna... ¡Ay! No sabes, hermana mía, qué alucinaciones tan extrañas produce la fiebre en un cerebro debilitado... Esta noche he tenido un sueño horrible, y una voz me dice en mi corazón que este sueño es verdad... Mira, siéntate ahí, quiero contártelo, pues creo te parecerá como a mí una advertencia del cielo.

Teresa, aunque acostumbrada a tales escenas, experimentó sin embargo una impresión penosa.

La viuda continuó diciendo:

— Ayer, después de haber tomado la bebida que me ordenó el médico, me encontré un poco mejor y me quedé dormida. Muy luego se hizo en mi derredor un gran vacío, un vacío inmenso, sin fondo, sin límite... yo estaba como suspendida en el espacio; un calor sofocante me quemaba el rostro... luego oí clamores confusos, y de repente oí un ruido de voces y de instrumentos que partía de un centro luminoso; quise huir, y una fuerza irresistible me clavaba en aquel lugar maldito, donde comencé a ver figuras sumamente extrañas que saltaban, gritaban, aullaban como demonios, hasta que del centro de aquella confusión surgió una persona conocida: ¡era mi hija, era Adriana que luchaba con desesperación en aquel infierno!... Me desperté, y hé aquí que me encuentro sin mi hija. ¡Ah! hermana mía, una gran desgracia la amenaza.

— ¡Madre mía! ¡Madre mía! gritó en la escalera una voz querida.

La enferma se estremeció.

— ¿Has oído?

— Sí; pero esta vez no es un sueño, dijo Teresa corriendo a la puerta; ¡ella es!...

Más las palabras espiraron en sus labios al ver a la joven, que con los ojos extraviados y los vestidos en desorden, se lanzó en el aposento; algunos harapos de seda azul pendían todavía de sus hombros.

— ¡Oh, madre mía! exclamó cayendo sin aliento en sus brazos.

— ¿No era una ilusión de la fiebre? repuso la infeliz madre. Brevemente contaremos ahora lo que había pasado.

Era el día siguiente al de media cuaresma, esa postdata del carnaval parisiense, y en el momento en que pasaba la triste escena que acabamos de trazar, se oía aun en la calle la gritería de las máscaras.

Adriana trabajaba en una lencería, y había debido pasar dos noches en el almacén, porque el trabajo apremiaba. ¿Qué hacer y qué decir para estar en vela tantas horas? Se habló de las fiestas del carnaval y de la diversión que todas las costureras se prometían en los bailes de la media cuaresma.

Adriana tomaba una parte muy escasa en estas conversaciones, y si cruzaban por su mente algunas ideas locas, muy luego, y sin hacer un grande esfuerzo, las ahuyentaba.

Sus compañeras habían formado empeño en hacerla participe de sus placeres. Adriana se mantuvo firme, aunque, preciso es confesarlo, el atractivo de los gozos que tanto la ponderaban había concluido por hacer mella en su imaginación.

Ahora bien, cuando el día de la media cuaresma, rendida de cansancio y de sueño se disponía a volver a su casa, quiso la fatalidad que encontrara al salir del obrador a sus locas amigas que se preparaban para celebrar alegremente la última fiesta carnavalesca de la temporada.

— ¡Aquí está Adriana! exclamó una de ellas.

— ¿Al fin te has decidido? dijo otra.

— ¿Qué queréis decir? preguntó Adriana.

— Se hace la inocente, añadió otra vestida de italiana, que daba el brazo a un payaso. Amiga mía, sé franca. Te habíamos dicho que te esperaríamos hasta las seis, y acaban de dar ahora; llegas a punto.

— ¿Para qué?

— Para pasar la noche en las máscaras.

— Ea, ea, no se está bien en la calle, exclamó un arlequin; por el pronto vamos a entrar en un café.

— Sí, sí, exclamó la cuadrilla.

— Divertíos pues, y hasta otro día, repuso Adriana.

— Pero mujer, entra con nosotras, replicó una de sus compañeras; si no quieres ir al baile, te marcharás a tu casa; mas entre tanto tomarás alguna cosa.

Y hablando así la tomó del brazo y rompió la marcha.

Con efecto, bebieron abundantemente, y luego Adriana, entre por grado o por fuerza, se dejó llevar a un almacén de trajes, donde la disfrazaron con un dominó de seda azul, después de lo cual la encaminaron a la Opera.

Adriana iba muy resuelta a no permanecer sino algunos instantes, justo el tiempo suficiente para satisfacer su curiosidad;

pero aquella atmósfera embriagadora, aquella música infernal, aquella locura comunicativa la hicieron olvidar las horas, y cuando apareció la primera luz del día, Adriana, avergonzada de sí misma al verse entre aquella turba desenfadada, se arrojó su disfraz y huyó helada de espanto y de remordimientos.

La hemos visto caer en brazos de su madre; aquella misma mañana, piadosamente arrodillada cerca del lecho de la viuda, imploraba su perdón; mas era tarde: la infeliz anciana había exhalado su último suspiro.

Quisiéramos hallar ahora una transición para hablar de un hombre, que según el dicho de Alejandro Dumas, «había hecho mas por la literatura dramática que todos los ministros juntos.» Este hombre es una figura original, uno de esos tipos que solo se encuentran en París, y que por lo tanto nos parece digno de la atención de nuestros lectores.

Días pasados se anunció su muerte, que ha causado honda sensación en la literatura. Llamábase Juan Bautista Porcher, y no era ciertamente ni por su posición ni por su nombre uno de aquellos grandes señores de otros tiempos que se transformaban en Mecenas á beneficio de un poco de oro repartido en el mundo de las letras.

Este no daba su dinero, pero le prestaba á los jóvenes que se dedicaban á escribir para el teatro, sobre la hipoteca de sus triunfos futuros.

En cuanto un autor había conseguido que un teatro cualquiera le tomara alguna de sus producciones, si no quería morir de hambre mientras llegaba el día á veces muy remoto de la representación, iba á buscar á M. Porcher, quien por su cuenta y riesgo le adelantaba sobre sus derechos de autor una cantidad que representaba aproximadamente el producto de los billetes que á este correspondían durante las funciones.

Si la pieza gustaba, el prestamista podía reembolsarse, y si no, esperaba consolándose filosóficamente con la estimación en que sus clientes le tenían, y su clientela se componía poco mas ó menos de todos los que trabajaban para el teatro.

Un día en un banquete de dramaturgos se echó un brindis á la salud de M. Porcher, y este exclamó con énfasis:

— ¡Que se levante aquel que no me deba dinero!
Nadie se levantó.

En cierta época M. Porcher tuvo la ambición de que le tutelara Alejandro Dumas, y manifestando una vez su deseo á este célebre escritor, recibió la siguiente respuesta:

— Con mucho gusto, y para principiar, préstame mil francos.

Una muchedumbre considerable ha seguido hasta el campo santo á este buen hombre, que ha hecho tantos servicios enriqueciéndose. M. Feliciano Mallefille pronunció sobre su tumba algunas palabras en nombre de sus compañeros, y al concluir propuso se grabara en su lápida este epitafio: «A Juan Bautista Porcher, los autores y compositores dramáticos agradecidos.»

Está próxima á abrirse la Exposición de bellas artes, y todos los pintores se apresuran á dar la última mano á sus lienzos.

A propósito de noticias artísticas, concluiremos con dos palabras sobre las novedades que va á ofrecer al público el museo del Louvre. En la actualidad este rico museo posee una colección china que ocupa tres salones, en la que se han reunido todos los tesoros del arte chino, porcelanas, esmaltes sobre conchas, lacas, bronceos, cristales de roca, armas, muebles, estatuas y telas, colección notablemente aumentada desde la reciente expedición al Celeste Imperio. En el gran salón de mármol del museo de Carlos X se ha colocado sobre un pedestal una estatua de divinidad egipcia, de basalto negro, que según aseguran, es una preciosidad. También ocupan ya sus puestos respectivos los armarios de caoba y hierro bruñido destinados á las alhajas del museo Campana; y finalmente, se están terminando los armarios y las pinturas del gran salón llamado de las Ciencias, donde se hallaban los cuadros de Lebrun. Aquí figurará la bella colección de objetos de barro cocido del museo Campana, y no se abrirá al público hasta principios de mayo.

MARIANO URRABIETA.

Las mujeres de nuestro siglo.

CARTAS DE TRES AMIGAS RECOPIADAS

POR MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Continuación.)

VII.

Dos años mas tarde casó José, haciendo así infructuoso el enorme sacrificio de su hermana y de su cuñado.

Quedaron solos en la casa el viejo Marcial, la anciana Isabel y Mariquita, que ya tenía veinte años, y era cada día de peor carácter y de peor salud.

Conviniéronse todos los hijos en dar cada uno un poco para sostener á los tres, porque aunque cada uno por sí se hubiera llevado con mil amores á su padre en su compañía, había dos razones para que no lo hicieran, ni lo propusieran siquiera.

La una era el temor de cada cual de cargar con Mariquita: la otra el de sacar á su padre de su casa, á la que tenía tanto apego y tanto amor.

Cada noche se reunían todos en la cocina de Marcial y se formaba la tertulia al rededor del gran fogón, haciéndole compañía hasta las nueve.

Otros vecinos acudían tambien; y el señor cura gustaba asimismo echar su cuarto á espaldas, y pasaba muchos ratos con aquella honrada y bien unida familia.

Teresa se llevaba á sus tres chicos: Benito oía la conversación con toda la formalidad de seis años, hasta

que el sueño le derribaba sobre las rodillas del abuelo. Juan se dormía sobre las de su padre, y Feliciano se entregaba á las dulzuras de Morfeo en las faldas de Teresa.

— ¡Qué manía de llevar siempre cosidos á los chiquillos! decía Mariquita que no podía vivir sin regañar por todos.

— Si no los trajese, no vendría, contestaba Teresa.

— ¿No vienen Simona, Juana y Catalina, y los dejan dormidos?

— Pues hija, yo no podría: si incomodan acá, no vendría yo tampoco.

Entonces una gritería unánime se alzaba en favor de los hijos de Teresa.

— ¿Porqué le haces caso? decía uno.

— Trae á los chicos si viéndolos estás mejor, añadía otra.

— ¡Esa nació rabiando!

— ¡Ha de poner peros á todo!

— Si se casa, ¡pobre marido! decía Pascual.

— No me casaré, no, respondía Mariquita encarnada de ira: y eso por no llevar siempre los chicos como pendientes ó encerrarme en casa, que es lo que se debía hacer cuando se tienen.

Los hijos de Teresa se criaron pues en las faldas de su madre, y los tres salieron modelos de muchachos de su edad; sobre todo Feliciano, que es aquella suave y dulce niña que escribía á Irene de Montalban la sencilla y encantadora carta que encabeza este libro.

Irene fué á Santa Cruz de Tobar, atacada de una enfermedad de languidez: su madre, amiga de una familia que poseía algunas tierras en aquel ameno rincón del mundo, fué allá á pasar un verano y quedó prendada de la dulzura y bondad de Teresa, de la honradez y formalidad de su marido, y de la graciosa humildad de la niña Feliciano: así, no sabiendo qué hacer cuando los médicos mandaron á su hija los aires puros del campo, la llevó allí, y llamándola un negocio imprevisto á Madrid, no titubeó en dejar á Irene encomendada á los cuidados de Teresa.

Una tierna simpatía unió bien pronto á las dos niñas: todos los días, al rayar el alba, la pequeña campesina despertaba á la infantil madrileña. Teresa les daba á cada una un vaso de leche caliente, y se iban á correr por el campo.

Los pastores las conocían y les hacían ramilletes de flores silvestres; cazaban mariposas, bebían agua de la fuente, y en los huertos las hacían entrar las muchachas y las ancianas y les daban frutas; los labradores dejaban el arado para verlas correr: uno les ofrecía un pedazo de su pan negro: otro, un poco de arroz: otro, un trozo de queso: todo lo tomaban, é Irene daba gracias con tanta dulzura y tan tierna y delicada expresión, que cautivaba todas las voluntades.

Feliciano era un poco gruesa, como una de esas frescas pastorcillas de Boucher: sus ojos azules eran dulces y alegres: sus cabellos peinados en un lujoso moño, eran rubios como el oro: era blanca y rosada, de megillas abultadas, redondas y frescas, de boquita acarminada con gruesos labios, que dejaban ver, al reírse, sus dienteillos blancos y sanos como apretada nieve: era una aldeanita de lo mas gracioso, florido y jugueton que pudiera imaginarse: su faldilla de percal de ramos dejaba ver sus piés gorditos, pero cortos, calzados con medias de algodón azul y zapatos negros de cordobán: su diminuto jubón de indiana de cuadritos señalaba su pecho infantil, nevado y de alta tabla, sobre la que caía una sarta de corales: un pañuelo de pita, los días de trabajo, y blanco los domingos y fiestas, completaba su atavío.

Feliciano sabía ordeñar las cabras, tejer calcetas, cuidar del puchero, y hacer medianamente algun zurcido; pero sabía además lo mejor que puede saber una niña de diez años: rezar muy bien el rosario, el trisagio, la estación, la corona del Salvador y la de la Virgen, y ser dócil, humilde y cariñosa para todos; pero especialmente para sus padres y su abuelo.

Este estaba loco con ella: decía que era la única de sus hijas y nietas que se parecía á Lucía en cuerpo y alma.

Irene formaba con su amiga el mas perfecto contraste: era una flor bella y tan delicada, que parecía muy difícil de conservar su frágil vida.

Mas alta que Feliciano, tenía su pura tez la blancura y transparencia del nácar: sus ojos grandes y rasgados, lejos de reír, como los de la hija de Teresa, tenían una mirada triste y profunda, que se elevaba hacia el cielo, como si tuviese para ella mas atracción que todas las cosas de la tierra: su frente despejada descubría un mundo de talento en su forma alta y abovedada; dos cejas finas, sedosas y dibujadas con maravillosa pureza sombreaban sus párpados de nevada blancura y orlados de largas pestañas de seda rizada; en sus megillas pálidas, pero frescas con el admirable satinado de la infancia, que se resiste á la misma enfermedad y que solo desaparece con las primeras lágrimas, había dos blandos hoyuelos, como para atestiguar la suavidad y dulzura de su carácter.

Irene se sonreía con frecuencia, pero no se reía jamás: la ruidosa y pueril alegría de la infancia no la había acompañado nunca, y el *arado fatal del pensamiento* (1) había trazado desde muy temprano el primer surco en aquel rostro infantil, tan placido, tan hermoso, tan suave, tan inteligente y tan triste.

El vulgo pasaba al lado de Irene sin ver en ella mas que una niña muy bonita, muy distinguida y muy de-

(1) Victor Hugo, Odas.

licada; pero los que sentían y pensaban hallaban un placer triste y mezclado de un asombro profundo contemplándola.

Era un ser tan superior á la humana naturaleza, que no cabía en el mundo, y tan noble é inocente, que podía creérsele un ángel que se había dejado las alas en el cielo para hacerse igual á los mortales entre los que tenía que vivir.

Peró volvamos á Teresa y su familia, objeto principal de esta nota, para dar á conocer la progenie de Feliciano, que ya tendremos lugar de hallar á Irene en la inmediata.

Algun tiempo despues de haber llegado Irene á Santa Cruz, murió la buena Isabel, madre de Pascual, y á quien toda la familia lloró como á una segunda madre: la aflicción de Pascual fué tan extremada, que su mujer llegó á temer por su vida, y solo el amor á sus hijos consiguió calmarla.

Quedaban solos Marcial, ya muy anciano, y Mariquita que aun estaba soltera: todos los hijos se disputaban al padre; pero todos los hermanos rehusaban á la hermana.

Esto era muy natural, atendido el carácter de aquella joven.

Jamás se la había visto un día entero contenta: de los pretextos mas fútiles sacaba motivos para estar de mal humor, y era tal la irascibilidad de su carácter, que ni su bueno y anciano padre se libraba de ella.

Conociendo Marcial lo que pasaba en el ánimo de sus hijos, y cuando temía cada uno que le tocara en suerte la compañía de Mariquita, les persuadió de que era lo mejor que se quedasen en su casa los dos, puesto que Mariquita no era ninguna niña que no supiera cuidarle: ofrecióle que casi todos los días los pasaría ya con uno, ya con otro, y que lo mas acertado era dejar las cosas del mismo modo que estaban.

De esta suerte, el pobre padre, siempre generoso y tierno, pudo evitar á un mismo tiempo el que Mariquita sufriese las reconvenções de sus hermanos, y el que estos sufriesen los efectos del mal carácter de Mariquita.

Peró ¡ay! ¡á qué suplicio tan cruel se condenaba á sí mismo! Tenía miedo á la tiranía de su hija; ¡pero un miedo doloroso y que participaba del débil terror de la víctima y del sufrimiento del padre á quien se le falta siempre y de todos modos! En tanto que vivió Isabel, esta había sido su protectora; pero solo ya con su hija, debía resignarse á todos sus caprichos coléricos, á todas sus extravagantes injusticias.

¡Triste dominio el que ejercen los caracteres descolos! Jamás será envidiado por ninguna alma buena; y para la mujer debe ser mil veces preferible el papel de víctima al de verdugo, cualquiera que sea su estado y su posición.

VIII.

Un mes hacia apenas que se hallaba Irene en Santa Cruz de Tobar, cuando empezó á mejorar rápidamente.

Vistiéronse sus megillas de un lindo color de rosa, y sus grandes y dulces ojos parecían reanimarse con raudales de luz.

Su madre volvió á su lado así que le fué posible, y al ver á la niña alegre y sonrosada, apenas podía creer á sus ojos.

— ¿Qué es lo que ha hecho Vd. con ella? preguntaba á Teresa: ¡jamás la he visto así, y Vd. ha alcanzado mas que los médicos de mas fama!

— Pues señora, el médico no he sido yo, respondió Teresa: ha sido Feliciano, y las medicinas han consistido en comer pan negro y migas con los pastores, en correr por el campo, en madrugar con el alba y acostarse con las gallinas: ya ve Vd., que no han podido ser mas baratas.

Mientras así hablaba la buena aldeana, Irene se había desprendido de los brazos de su madre y se había ido al corral con Feliciano.

Las gallinas y los pavos, creyendo que iban á darles grano, la rodearon cacareando las unas y los otros saludándola con estrepitosos graznidos; pero la niña, sin hacerles caso, se sentó pensativa en una vieja silla de madera que había bajo el cobertizo.

Feliciano se acercó á ella y se apoyó en el respaldo, cubriéndose los ojos con el delantal.

— No te pregunto lo que tienes, porque lo sé, dijo Irene á su amiga con acento grave, y tienes razón: no tardaremos en separarnos, querida Feliciano, pero no por eso dejaremos de querernos.

La aldeanita contestó solo con un gemido.

— ¡Canastos! dijo una voz á la espalda de Irene: ¡ya que nos la trajeron tan enferma, bien podían dejarla ahora que esta buena la señorita!

Las dos niñas se volvieron y se hallaron con Benito, el hermano mayor de Feliciano.

Era un muchacho de catorce años, alto y robusto, con grandes ojos negros y fisonomía grave y chispeante de inteligencia.

— Mama necesita volver á Madrid, dijo Irene, y estando buena, ni ella querría dejarme aquí, ni yo tampoco querría quedarme, Benito.

El muchacho abrió la boca para responder; pero ni una sola frase salió de sus labios, y bajó la cabeza como aterrado de lo que iba á decir.

Irene se volvió á Feliciano que no dejaba de llorar, y le dijo tomándole una mano con ternura infinita:

— Hay un medio, querida Feliciano, para que hablemos á pesar de estar separadas.



Casa donde nació Galileo.

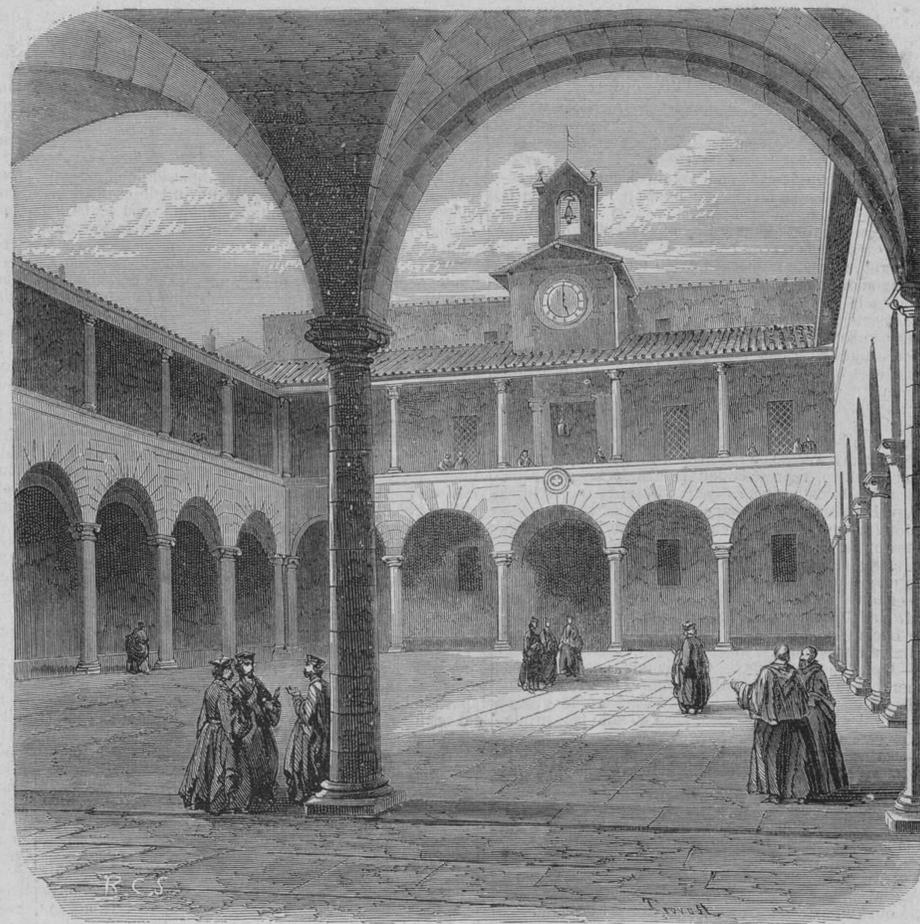
— ¡Un medio! repitió Feliciano.
 — Si, amiga mía: el de que tú aprendas a escribir.
 — ¡Yo, Dios mío! ¿Y quién ha de enseñarme? ¡Aquí no hay escuela!
 — Yo misma te hubiera enseñado, a no hallarme enferma; pero ya que no me es posible hacerlo, yo rogaré al señor cura que te enseñe, y no dudo que lo hará, siendo tan bueno: de este modo sentiremos menos el dolor de la separación, y nos contaremos todo lo que nos suceda.
 — ¡Ay, señorita! exclamó Benito: ¡Vd. no puede sentir el dejarnos! ¡Vd. va a Madrid, que dicen que es tan hermoso y que hay en él tantos coches y tanto lujo y tiendas que parece que están alumbradas por el sol! ¿Qué le puede importar el dejar esta pequeña aldea, donde no hay mas alumbrado que el de la luna, donde no hay señores, ni tiendas, ni nada?... ¡nosotros si que sentiremos que Vd. se vaya, porque Vd. se llevara toda nuestra alegría!... ¡Ojala que nunca hubiera venido aquí!
 — ¡Benito! ¿Qué es lo que dices? exclamó Feliciano indignada: ¿con que te pesa que haya venido la señorita?
 — ¡Si! respondió Be-

TERCER ANIVERSARIO SECULAR DEL NACIMIENTO DE GALILEO.

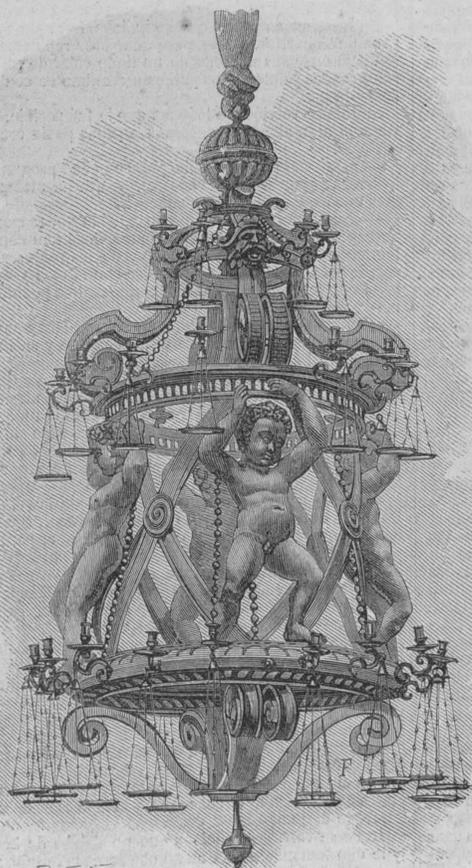


Estatua de Galileo en el patio de la universidad de Pisa.

nito: ¡como me pesa que el sol se anule al medio día! ¡como me pesa que se deshoje la mejor rosa del huerto! ¡como me pesa que se coman los gorriones la fruta sazónada! ¡asi me pesa que haya venido!
 Benito, dichas estas palabras se llevó los puños a los ojos, y se alejó de allí para poder llorar a sus anchas sin testigos.
 Feliciano queria de otro modo a Irene: su cariño tierno y profundo estaba en analogia con su caracter suave y activo al mismo tiempo como el de su madre: el día siguiente rogó al señor cura que le enseñase a escribir, a lo que el buen sacerdote accedió con el mayor gusto.
 Pero aun se hallaba muy poco adelantada cuando salió Irene con su madre de Santa Cruz: ya se ha visto cuanto sintió toda la familia aquella separación: casi habian llegado a persuadirse de que Irene era cosa suya, y de que nadie ni nada podia arrebatarla.
 No eran ellos solos los que sentian la falta de aquella niña encantadora: todo el pueblo lloraba su ausencia; tal es el prestigio de la bondad y los encantos de un buen caracter.
 Los pastores busca-



Patio interior de la universidad de Pisa.



Lámpara que dió a Galileo la idea del péndulo.

ban muchas veces al bajar al llano el vestido blanco de Irene: el señor cura se detenía a veces a la entrada del bosquecillo, creyendo escuchar su dulce voz: Pascual, durante muchos días, al entrar conduciendo a sus yuntas en el patio de su casa, preguntaba a su mujer:
 — ¿Han vuelto las chicas, Teresa?
 Y el viejo Marcial decía que no dormía bien desde que no oía leer cada velada a la señorita Irene las oraciones de la noche.
 A veces pasaba cantando un niño por delante de la casa de Pascual, y el gran perro Leon meneaba la cola y se levantaba dando ladridos de alegría creyendo que era Irene; pero el niño que cantaba comprendía el idioma del fiel animal, y se detenía para decirle:
 — ¡Calla, Leon; que se ha ido!
 En una palabra, todos sentían la pérdida de Irene: Juan, gran comilon de migas, decía que no le sabían bien desde que no las comía con la señorita; y Benito aseguraba que la luna parecía triste, que las ranas no cantaban, y que habían huido los ruiseñores del bosque desde que faltaba la señorita Irene.
 Benito empleaba este lenguaje dulce y casi poético, porque sentía la falta de la elegante niña de otro modo muy distinto que todos los demás: devoraba un afán interno a que no sabía dar nombre: a veces soltaba el escardillo con que su padre le hacía remover la mala yerba y se quedaba inmóvil largo rato: luego dos anchas lágrimas rodaban por sus mejillas: no comía, no podía dormir, en mas de una ocasión su madre le vio dejar el lecho silenciosamente y apoyarse en la ventana mirando al cielo y buscando en él algo que ansiaba y que no sabía, en medio de aquel dolor, a la vez terrible, desolador é inocente, de qué modo llamar, algo que calmase aquella angustia inexplicable que desgarraba su corazón.
 Benito buscaba en la tierra y en el cielo la sombra triste y hermosa de la enferma Irene.

FIN DE LA NOTA PRIMERA.

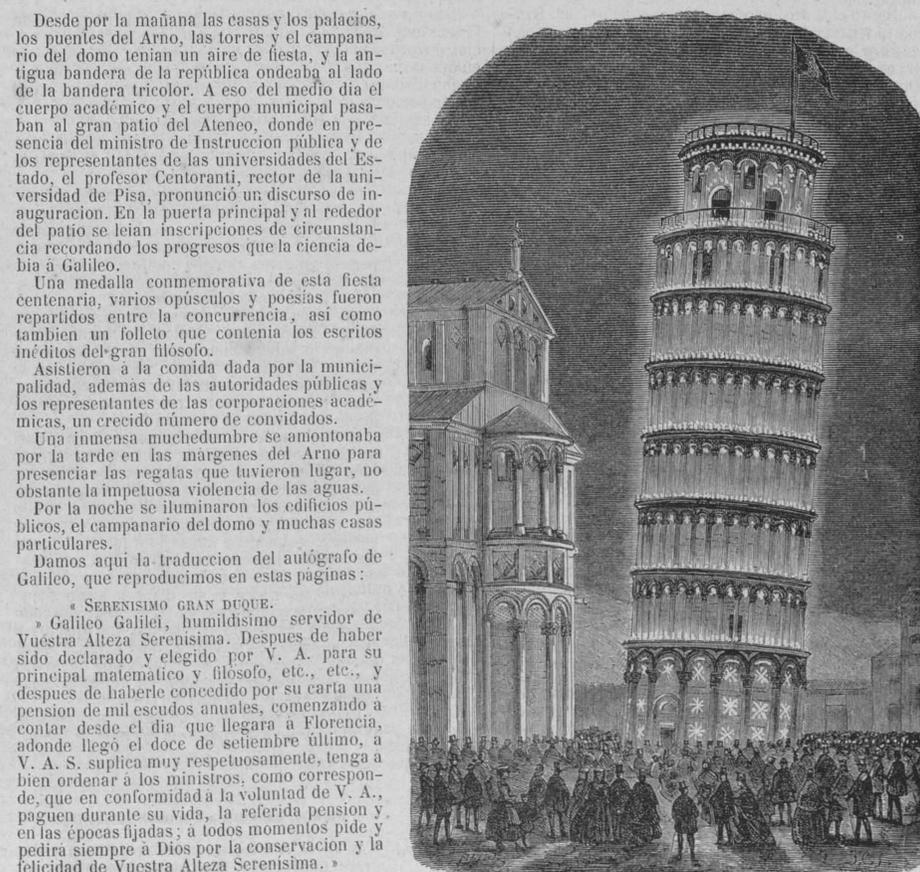
Fiestas en Pisa en honor de Galileo.

El 18 de febrero ha habido en Pisa grandes fiestas organizadas para celebrar el tercer aniversario secular del nacimiento de Galileo Galilei.

Sergo G & P

Galileo Galilei Humilissimo Servo di V.A.S. dopo essere stato dichiarato, et eletto da V.A. per suo Primario Matematico et filosofo etc. Et dichiaratogli con sua Lettera provisione di mille scudi l'anno da cominciaregli a pagare dal dì che arriuerà in Firenze, doue orriuò fino alli dodici di Settembre prossimo passato; Supplica reuerentemete V.A.V. à ualere far dare ordine a i Ministri, a chi aspetti, che in conformità della uolontà di V.A. gli sodisfacino durante sua uita la detta provisione per i suoi tempi: che prega et pregherà sempre l'addio per la conseruatione, et felicità di V.A.S.

Autógrafo de Galileo.



Illuminacion de la torre torcida en Pisa.

Desde por la mañana las casas y los palacios, los puentes del Arno, las torres y el campanario del domo tenían un aire de fiesta, y la antigua bandera de la república ondeaba al lado de la bandera tricolor. A eso del medio día el cuerpo académico y el cuerpo municipal pasaban al gran patio del Ateneo, donde en presencia del ministro de Instrucción pública y de los representantes de las universidades del Estado, el profesor Centoranti, rector de la universidad de Pisa, pronunció un discurso de inauguración. En la puerta principal y al rededor del patio se leían inscripciones de circunstan- cia recordando los progresos que la ciencia debía a Galileo.
 Una medalla conmemorativa de esta fiesta centenaria, varios opúsculos y poesías fueron repartidos entre la concurrencia, así como tambien un folleto que contenía los escritos inéditos del gran filósofo.
 Asistieron a la comida dada por la municipalidad, además de las autoridades públicas y los representantes de las corporaciones académicas, un crecido número de convidados.
 Una inmensa muchedumbre se amontonaba por la tarde en las margenes del Arno para presenciar las regatas que tuvieron lugar, no obstante la impetuosa violencia de las aguas.
 Por la noche se iluminaron los edificios públicos, el campanario del domo y muchas casas particulares.
 Damos aquí la traducción del autógrafo de Galileo, que reproducimos en estas páginas:
 « SERENISSIMO GRAN DUQUE.
 » Galileo Galilei, humilissimo seruidor de Vuestra Alteza Serenissima. Despues de haber sido declarado y elegido por V. A. para su principal matematico y filosofo, etc., etc., y despues de haberle concedido por su carta una pensión de mil escudos anuales, comenzando a contar desde el día que llegara a Florencia, adonde llegó el doce de setiembre último, a V. A. S. suplica muy respetuosamente, tenga a bien ordenar a los ministros, como corresponde, que en conformidad a la voluntad de V. A., paguen durante su vida, la referida pensión y en las épocas fijadas; a todos momentos pide y pedirá siempre a Dios por la conseruacion y la felicidad de Vuestra Alteza Serenissima. »

París y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

Hubo una pausa; cada cual siguió el compás con estrépito; la masa se dividió en líneas a lo largo de la calle, y los danzantes de ambos sexos corrieron de frente con la cabeza baja y las manos levantadas lanzando espantosos alaridos.

Ningún combate hubiera ofrecido un espectáculo tan desgarrador como esta diversion degenerada que pasaba de la inocencia a la embriaguez infernal, como este pasatiempo saludable convertido en un medio de azotar la sangre, de extraviar el alma y de endurecer el corazón. La gracia que se encontraba aun en él lo hacía mas repugnante, demostrando hasta qué punto habian podido descender y pervertirse las cosas mas puras. Aquel pecho virginal, del cual estaba desterrado el pudor, aquella linda cabeza casi infantil, estremecida por la convulsión de una alegría rencorosa, y aquel pié delicado bailando con paso ligero en medio del cieno ensangrentado, representaban la demencia de aquella época de descomposición.

Aquel baile era la Carmañola.

Mientras se alejaban dejando a la pobre Lucia helada de terror en la puerta de la barraca del serrador, la nieve caía con tanta calma y pureza como si hubiera sido un sueño aquella odiosa vision.

— Padre mio, ¡qué cuadro tan horrible!

M. Manette estaba al lado de su hija en el momento que Lucia alzaba la cabeza y se descubria los ojos que se habia tapado con las manos.

— Lo he visto muchas veces, hija mia, pero no debes temer, porque ninguno de esos hombres querrá hacerte mal.

— No tiemblo por mí, padre, pero cuando pienso que Carlos está a merced de esa gente...

— Te prometo que muy pronto no lo estará. Cuando me he separado de él se dirigia a la ventana y he venido para avisarte. Estamos solos; puedes enviarle un beso hacia aquel torreón que domina a los demás.

— Lo hago con placer, padre querido, y le envío toda mi alma.

— Tú no puedes verle, hija mia.

— ¡Ah, no! dijo ella llorando mientras se besaba la mano mirando el torreón donde debia estar el preso.

Se oyó rumor de pasos en la nieve.

Era la tabernera.

— Os saludo, ciudadana, dijo el doctor al verla.

— Salud, ciudadano.

Y pasó sin volver la cabeza y se deslizó como una sombra sobre la nieve.

— Dame el brazo, ángel querido, y ten valor. Disimula tu tristeza, y por lo mucho que le amas sonriete. Bien, hija mia.

Se alejaron.

Después de algunos momentos de silencio, el doctor dijo a Lucia:

— No sin motivo te he suplicado que te sonrieras. Debemos estar contentos porque mañana comparece Carlos ante sus jueces.

— ¿Mañana?

— El tiempo urge. He hecho todos mis preparativos, pero se han de tomar ciertas precauciones, y no podian tomarse antes de saber exactamente el día del proceso. Aun no se lo han notificado, pero sé por buen conducto que mañana es la vista y que será trasladado esta noche a la Conserjería. Animate; tengo esperanza de salvarle.

— Confío en tí, respondió la pobre Lucia con voz trémula.

— Tienes razon, ángel mio. Van a terminar todos nuestros pesares; mañana por la noche abrazaremos a Carlos. Pero es preciso que vea...

El doctor se interrumpió, porque llegó a sus oídos y a los de su hija un rumor fúnebre que reconocieron.

Tres carros mortuorios pasaban a corta distancia cargados de victimas.

— Es preciso que vea a Lorry al momento, continuó el doctor tomando un camino diferente.

Constantemente fiel a sus deberes, el anciano estaba en su puesto que nunca abandonaba. Expuestos él y sus libros a continuas pesquisas con motivo de una multitud de haciendas que habian pasado a ser bienes nacionales, salvaba todo lo que podia en beneficio de sus antiguos propietarios, y es indudable que ningún otro hombre hubiera defendido así sin tregua ni descanso los intereses importantes que custodiaba Tellson, ni lo hubiera hecho con menos ostentación y menos palabras.

El tinte rojizo que coloraba las nubes y la niebla que se alzaba del Sena indicaban el término del día, y era casi anochecido cuando el doctor y su hija llegaron al magnífico palacio. El aristocrático edificio, a la vez profanado y desierto, ostentaba tambien estas palabras escritas sobre un montón de inmundicias y ceniza que habia en el patio: Propiedad nacional. República francesa, una é indivisible. Libertad, igualdad, fraternidad ó muerte.

¿Quién estaba con M. Lorry? ¿A quién pertenecía la capa de viaje que se veía sobre una silla? ¿Quién era el personaje del que se acababa de separar el anciano cuando se acercó conmovido a Lucia para estrecharla en sus brazos? ¿A quién dijo las palabras que ella habia balbuceado cuando, volviendo la cabeza hacia la

puerta del aposento de donde él salía, repitió alzando la voz:

— Trasladado a la Conserjería para ser juzgado mañana?

CAPITULO VI.

TRIUNFO.

El tribunal revolucionario, compuesto de cinco jueces, del acusador público y de un jurado cuyas decisiones no tenían apelación, tenía audiencia todos los días. La lista de los acusados que debían comparecer ante este tribunal se enviaba el día anterior a cada cárcel y la leía el carcelero a los interesados.

— ¡Acercaos todos y oid! Aquí está el periódico de la tarde, repetía el carcelero para quien esta frase era su chiste favorito.

— ¡Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay!

Con este nombre principiaba el diario de la tarde en la Force el día en que la pobre Lucia habia visto bailar la carmañola.

Cuando era llamado un preso, este debia salir de la sala común y trasladarse a un sitio reservado. Carlos tenía tristes razones para no ignorar esta costumbre, pues durante quince meses habia visto desaparecer a todos sus compañeros de infortunio después de ser sometidos a esta formalidad.

El carcelero obeso miró por encima de sus anteojos para cerciorarse de que dicho Evremont habia ido a colocarse en el sitio reservado para los que iba llamando, y continuó su lectura, parándose del mismo modo a cada nombre que pronunciaba. La lista contenía veinte y tres, pero solo veinte presos respondieron; los tres restantes habian muerto, uno en la misma cárcel y los otros dos en el cadalso, mas lo habian olvidado.

La lectura de esta lista fatal se verificaba en la sala donde Carlos habia sido introducido el día que entró en la Force. Todos los que habia encontrado allí en aquella época habian sido asesinados en setiembre, y desde entonces los amigos que viera partir solo habian salido de la cárcel para subir al cadalso.

Se despidieron los presos incluidos en la lista, pero la separación se terminó muy pronto, porque era un incidente cotidiano al cual se habian acostumbrado, y precisamente aquella noche la sociedad de la Force se preparaba a distraerse con juegos de prendas y debia haber un pequeño concierto.

Todos se asomaron a las rejas para ver salir a los acusados, derramándose algunas lágrimas por los desventurados que se alejaban; pero como quedaban veinte puestos vacíos, era preciso llenarlos para que no se frustrase la diversion que se habia dispuesto. Por otra parte, se hacia tarde, y muy pronto vendria el alcaide que cerraria las puertas y entregaria la sala común y los corredores a los carceleros que vigilaban durante la noche.

Esto no quiere decir que los presos de que hablamos fuesen insensibles; su indiferencia procedía de la situación en que se hallaban y de la índole misma de la época en que vivían, mas no de dureza de corazón. La especie de fanatismo ó de embriaguez que impulsó entonces a varias personas a arrostrar la guillotina y hasta a buscar el suplicio, no era una simple bravata, sino el efecto contagioso del frenesí público. Se ha visto en tiempo de peste que ciertos individuos eran atraídos por el mal en medio del vértigo y deseaban morir, y todos tenemos en nosotros mismos algunas de esas extrañezas misteriosas que necesitan para manifestarse una circunstancia que las evoque.

El paso de la Force a la Conserjería era corto y tenebroso.

La noche fué larga y fria para los veinte acusados en sus nuevos calabozos llenos de inmundicia.

Conducidos al tribunal por la mañana, comparecieron quince de ellos delante de los jueces antes que Carlos Darnay, y todos fueron condenados a muerte.

Su interrogatorio, su acusación, su defensa y su sentencia solo habian ocupado hora y media al tribunal.

— ¡Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay! gritó el ujier.

Los magistrados llevaban sombrero con plumas, pero dominaba en todos los puntos del salón el gorro frigio adornado con la escarapela tricolor.

El acusado hubiera podido creer, dirigiendo una mirada a los jurados y al auditorio, que se habia invertido el orden natural de las cosas, y que los criminales juzgaban a los hombres de bien. Todo lo mas vil y mas atroz que hay en el populacho de una gran ciudad dirigía los debates, hacia estrepitosos comentarios, desaprobaba y anticipaba y precipitaba el fallo sin la menor oposición por parte del tribunal.

Casi todos los hombres estaban armados, y algunas mujeres llevaban puñales y cuchillos, viéndose entre ellas no pocas que comían y bebían mientras miraban lo que pasaba en la audiencia, y otras que hacían media. Una de estas tenía una faja de punto debajo del brazo, y no era la que trabajaba con menos actividad. Colocada en primera fila, estaba a su lado un hombre que el acusado no habia visto desde su llegada a París, pero en quien reconoció inmediatamente al ciudadano Defarge. La mujer de la faja habló una ó dos veces al oído de su vecino, de lo cual dedujo Carlos que era la tabernera, y lo que mas le llamó la atención fué la afección con que dirigían la mirada hacia los jurados sin hacer caso de él a pesar de hallarse muy cerca.

Debajo del presidente estaba sentado el doctor Manette con su traje ordinario, y en cuanto Carlos Darnay

pudo juzgar, él y M. Lorry eran los únicos en el auditorio que no habian adoptado las insignias revolucionarias.

Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay, comparecía ante el tribunal como aristócrata acusado de emigración, y el acusador público pedía su cabeza en nombre del decreto de destierro que prohibía bajo pena de muerte entrar en Francia a los emigrados. Importaba poco que el regreso del acusado hubiese sido anterior al decreto invocado; dicho Evremont estaba allí, le habian preso en Francia, existía el decreto y era forzoso que se le aplicase.

— ¡Que le corten la cabeza! gritó el auditorio; es un enemigo de la República.

El presidente agitó la campanilla, y preguntó al acusado si era cierto que habia vivido muchos años en Inglaterra.

— Es cierto, respondió Darnay.

En tal caso era un emigrado. ¿Y cómo se calificaba?

Decía que era francés que vivía en Inglaterra, pero no emigrado en el sentido que se daba a esta calificación.

— ¿Y porqué? le preguntaron.

Porque habia renunciado voluntariamente a una posición y a un título que le eran odiosos, y si habia partido de su país, lo cual habia hecho antes que la palabra emigrado tuviese la significación que le daba el tribunal, era porque habia preferido vivir de su propio trabajo en Inglaterra que a costa del pueblo en Francia.

¿Qué pruebas aducía?

El testimonio de Luis Gabelle y de Alejandro Manette.

El presidente le recordó que sin embargo se habia casado en Londres.

— Sí, pero no con una inglesa.

— ¿Con una ciudadana de Francia?

— Sí.

— ¿Su nombre?

— Lucia Manette, hija del doctor Manette, ex-presó de la Bastilla.

Esta contestación produjo el mejor efecto en el auditorio.

Resonaron en toda la sala gritos en elogio del buen doctor, y era tal la inconstancia del pueblo que corrieron las lágrimas sobre algunos de aquellos rostros feroces que un momento antes expresaban el furor.

Carlos habia seguido hasta entonces las instrucciones reiteradas de su suegro, cuya vigilancia habia allanado todos los obstáculos de la senda peligrosa en que habia penetrado el esposo de su hija.

— ¿Porqué regresó el acusado a fines del año anterior? ¿porqué habia esperado hasta entonces para volver a su patria? le preguntó el presidente.

— Si no he regresado antes, respondió Darnay, fué porque no tenía en mi país otros medios de existencia que el señorío a que habia renunciado, en tanto que en Inglaterra me ganaba el sustento enseñando la lengua y la literatura francesas. Si partí de Londres fué a ruego de uno de mis compatriotas, cuya vida ponía en peligro mi ausencia. Vine para salvar la existencia de este ciudadano y para declarar la verdad exponiéndome a la muerte. ¿Es esto un crimen a los ojos de la República?

— ¡No! ¡no! gritó el auditorio con entusiasmo.

El presidente agitó en vano la campanilla, y los gritos continuaron hasta que el populacho tuvo a bien guardar silencio.

— ¿Cómo se llama ese ciudadano? preguntó el presidente cuando se apaciguó el tumulto.

El ciudadano en cuestión era el primer testigo en pro.

El acusado se refería con confianza a la carta de este ciudadano, carta que le habian quitado en la barrera al entrar en París, pero que se encontraba indudablemente en los autos que tenía a la vista el tribunal.

El doctor habia tenido cuidado de hacerla incluir en la causa, y en efecto fué leída por el presidente.

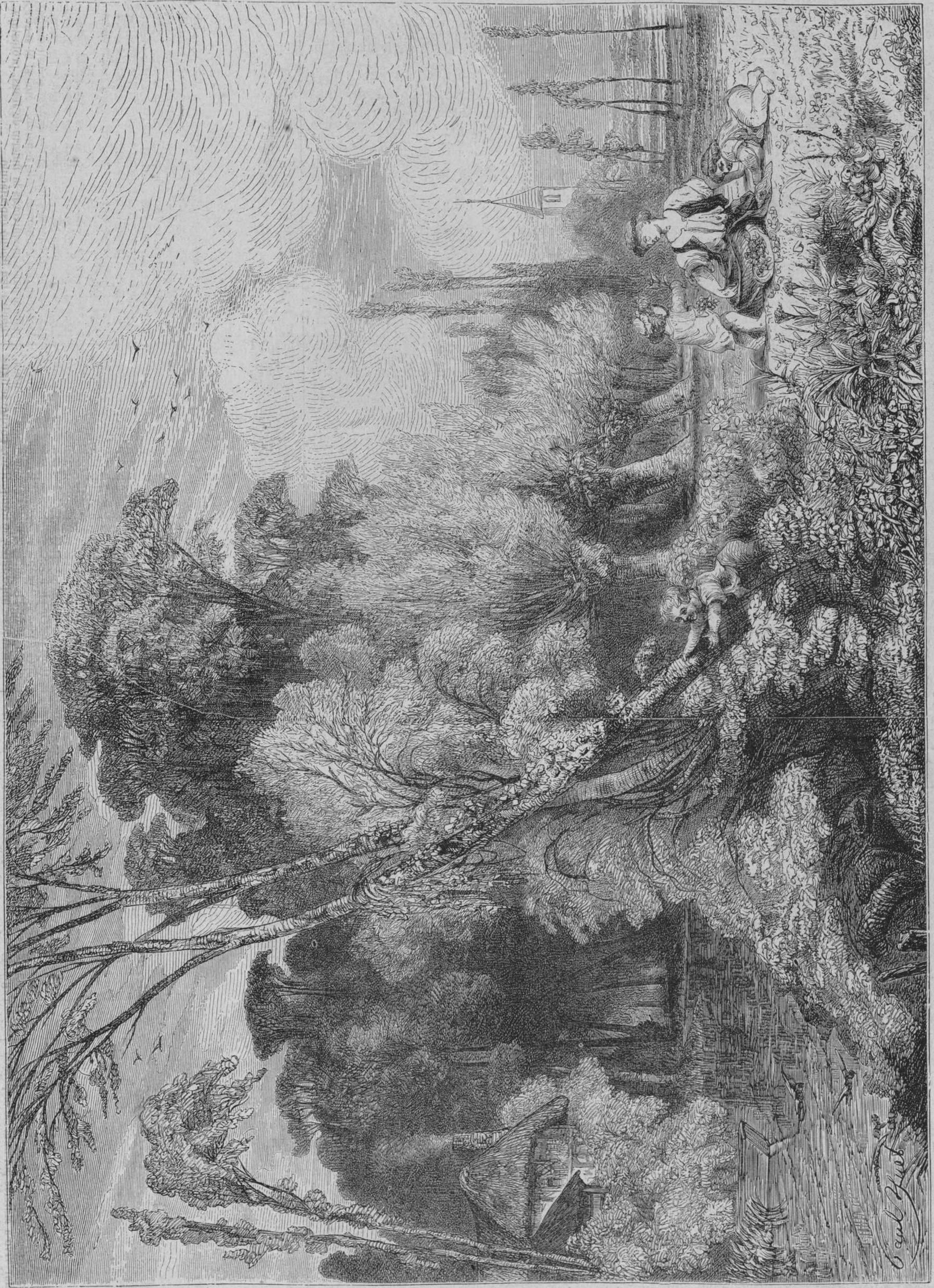
Habiendo sido llamado el ciudadano Gabelle para prestar declaración, confirmó, no tan solo todo lo que habia dicho el acusado, sino que insinuó con extrema delicadeza que en medio del cúmulo de negocios impuestos a la justicia por los numerosos enemigos del pueblo, habia permanecido durante tres años en la Abadía, completamente borrado de la memoria patriótica del tribunal, hasta los últimos días de la semana anterior en que habia sido llamado a comparecer, y que se le habia puesto en libertad por respuesta de jurado, declarando que la acusación dirigida contra dicho Gabelle quedaba anulada con la presencia del ciudadano Carlos Darnay.

Fué interrogado después M. Manette.

La popularidad que habia alcanzado y la precisión de sus contestaciones produjeron desde el principio un efecto notable; pero cuando demostró que el acusado habia sido su primer amigo cuando salió de la Bastilla; que no habia cesado de protegerle y amarle desde entonces en su destierro, y que lejos de ser mirado con favor por el gobierno aristocrático de Inglaterra, Carlos Darnay habia sido procesado como enemigo de la Gran Bretaña y como amigo de los Estados republicanos de América, el tribunal participó de los sentimientos del auditorio. Finalmente, cuando apoyándose en todos estos puntos con la fuerza y el entusiasmo de la verdad, invocó el testimonio de M. Lorry, ciudadano de Londres, actualmente en la sala, y que habia prestado declaración en el proceso de que habia hablado antes, el jurado declaró que habia oído bastante y estaba dispuesto a dar su fallo si el presidente se dignaba recibirlo.

Cada voto (los jurados votaban verbalmente y en alta voz) fué acompañado de entusiastas aclamaciones. To-

sia, se siente con mayor fuerza la necesidad de acercarse al santuario, de levantar nuestro espíritu hacia las regiones etéreas, y de estrechar las misteriosas relaciones que mantiene el alma con la divinidad. ¡Desgraciados de aquellos que al ver el templo cubierto de luto y la tristeza retratada en el semblante de los ver-



LA PRIMAVERA.

daderos fieles, no reconocen, poseidos de santo fervor, el irresistible imperio de la religion. Vosotros, los descreidos y escépticos, que dominados

por un ciego materialismo dudais del poder de las convicciones, entrad en el templo de Dios, donde se halla de manifesto la imagen del Salvador crucificado, para

aprender los milagros que hace la fe, viendo el triunfo del Evangelio conseguido á fuerza de abnegacion y como premio del martirio.

Vosotros los soberbios, que os juzgais con el derecho de oprimir y despreciar á vuestros semejantes, entrad dentro del templo en tan sagrado aniversario, para que recordéis con saludable arrepentimiento, que el Hijo de Dios fué un modelo de humildad y mansedumbre.

Vosotros los engreídos y procaces, que os considerais señores del mundo por vuestra condicion ó vuestro rango, entrad en el templo contritos y penitentes, si no quereis perderos, porque segun las palabras del Divino Maestro, *á los pobres de espíritu pertenece el reino de los cielos*.

Vosotros los discolos, que os dejais arrebatar por la cólera y la violencia, entrad en el templo para que en vista del espectáculo de la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, victima resignada é inocente, no olvidéis que *los pacíficos serán llamados por Dios*.

Vosotros los que os alimentais de odios, resentimientos y venganzas, entrad en el templo, y sobre el rostro del Redentor, cubierto con las sombras de la muerte, hallareis escrita esta sublime máxima: *Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen*.

Vosotros los licenciosos y libertinos, que os entregais á todos los excesos de la concupiscencia, entrad en el templo, y si no se ha podrido vuestro corazon, saldreis de allí purificados por el espíritu de Dios y los misterios de una religion pura, inmaterial, que hace de la castidad una virtud.

Vosotros, en fin, que dudais de la Providencia, porque soleis ver á la maldad triunfante, á la verdad oscurecida por el error y la impostura, á la inocencia proscribida y agobiada bajo los golpes de la injusticia, al despotismo favorecido por la fortuna y á tantas criaturas desheredadas que arrastran la pesada carga de una existencia miserable por el Calvario del mundo, entrad, entrad en el templo para recobrar la fe que os abandona, la resignacion que os falta, el consuelo que necesitáis, la esperanza que se extingue en vuestro corazon, y el convencimiento de que fuera de este valle de lágrimas, donde estamos condenados á sufrir y llorar desde el primer sollozo de la cuna, hay otra vida eterna, en que el bueno encuentra el premio de sus virtudes y la recompensa de sus sacrificios.

FERNANDO CORRADI.

Procesion del viérnes santo en Sevilla.

De tiempo inmemorial se celebra la semana santa en Sevilla con una pompa extraordinaria. Las procesiones deslumbran á fuerza de riqueza, sobre todo la del viérnes santo. El oro, la plata, las piedras preciosas, el terciopelo y el brocado de oro brillan por todas partes. El extranjero se queda confundido ante esa riqueza oculta en las diferentes parroquias todo el año, y que aparece como un sueño en los días de la semana santa. Nuestro dibujo representa la procesion en el momento en que pasa por la plaza de San Francisco y se detiene ante el balcon de S. A. R. el duque de Montpensier, para seguir su carrera hasta la catedral en medio de una muchedumbre maravillada y de una lluvia de flores que cae de los balcones, vistosamente engalanados. D. E.

El corredor de playa.

(Continuacion.)

— ¡Apenas! Lo que yo sé es demasiado cierto: no es un mal imaginario el que me produce esta desesperacion... pero punto en boca: os he prometido no ocuparme de M. de Milval, aunque lo que he visto hoy me autoriza á faltar á mi promesa; yo no puedo como los demás dejar que el lobo devore al cordero sin intentar protegerle.

Estas palabras, aunque oscuras, hicieron una profunda sensacion en José, que exclamó con acento alterado:

— Parece que os complacéis en alarmarme; ¿porqué no habláis claro con la mano sobre el corazon?

— Bien lo haria, pero me interrumpís á cada paso, y quien sabe si con vuestro genio de pimienta, no me maltratareis cuando os lo diga.

— Estad tranquilo: sabré contenerme.

— ¿Puedo fiarme?

— ¡Hablad, por amor de Dios!

— ¿Vais á Adinkerke, no es verdad? iré con vos, y os diré por el camino la causa de mi pesar; pero os advierto que en cuanto yo vea que vuestra frente se colora y vuestros ojos se animan, salto á las dunas, y no me veis en quince días.

El pescador procuró dominar su impaciencia y continuó su camino mientras Ko le decía:

— ¿No es verdad, José, que Bella es una niña hermosa y buena? Venturoso aquel que la hubiera obtenido por esposa antes de que el infierno hubiese enviado á vuestra casa á M. de Milval.

— Ko, ved lo que decís: medid vuestras palabras.

— Bien decía yo: voy á dejaros...

— No, continuad: me contendré.

— Vuestra cólera es natural. José, era necesario que hubiérais sido ciego para no sospechar antes de ahora lo que os digo; mucho mas que vos amais á vuestra prima, ¿no es verdad? ¿Cuántas veces no habeis dicho que nadie mas que vos seria su marido si tuviérais diez años menos! Yo que los tengo, y que poseo además di-

nero para hacerla dichosa, estaba bien seguro que acabaria por ser mi mujer.

— ¿Bella vuestra mujer? repuso José con sonrisa de desprecio. No deliréis: sois demasiado feo.

— El dinero lo embellece todo; pero dejemos esto, porque en el estado á que han venido las cosas, no seria yo quien aceptase á Bella por mujer.

José retrocedió un paso y fijó sus ojos inflamados por la cólera en Ko exclamando:

— ¿Qué os atreveis á pensar de mi prima? ¡Estais cansado de vivir!

Ko Sael retrocedió con terror murmurando:

— Vamos, es imposible hablar con vos, ¿porqué no aguardais al menos para juzgar el fin de lo que tengo que deciros? yo no acuso á Bella; es la misma inocencia, pero lo que acabo de ver no lograrán borrarlo vuestros arrebatos. Tranquilizaos, y puesto que no quereis escucharme, cumpliré por mi solo el deber que me impone el afecto que la profeso.

— Venid, acabad, repuso el pescador pudiendo apenas dominar su agitacion.

— Volveré; pero haced por escuchar la verdad por desagradable que sea: yo trataré de elegir las frases que menos puedan herir vuestra susceptibilidad. ¿Pero no os parece extraño que Bella pase dias enteros en las dunas sola con ese jóven caballero? ¿Que no tenga tregua ni descanso en su ausencia, como dice la tia Clara?

— ¿Y no es mas que eso? repuso José tranquilizándose: pues de ello vos teneis la culpa; si por vuestra imprudente indiscrecion no hubiérais causado un cruel dolor á ese pobre jóven, diciéndole la muerte de toda su familia, mi prima no hubiera tenido que hacer tantos esfuerzos para salvarle de una enfermedad mortal ó del extravio de la razon. Si le ha salvado la vida, si aun tiene necesidad de sus consuelos, ¿ha de abandonar su obra caritativa antes de terminarla?

— No niego que será verdad cuanto decís respecto á Bella; pero no podreis menos de confesar que un hombre y una mujer que son jóvenes y agraciados, ella humilde y sencilla como hija de un pescador, él sagaz como un cortesano, no han de hablar durante meses enteros de la lluvia y del buen tiempo. Además, José, un noble considera á los que no lo son ni mas ni menos que al polvo que cubre sus botas, y cuando ha causado la desgracia de una pobre niña, se aleja sin cuidarse mas de ella. ¡Pobre padre Stock! Si una desgracia semejante debiera emponzoñar sus últimos dias.

El pescador lanzó un grito ronco, se lanzó sobre el charlatan, y sacudiéndole fuertemente por el brazo, exclamó:

— Tiempo hace que tengo gana de aplastarte la cabeza como á una vibora. Vas a probarme al punto que tienes siquiera una apariencia de prueba de lo que has dicho contra M. de Milval; de lo contrario te arranco esa lengua venenosa.

— No diré una palabra mientras no me solteis, repuso Ko. Las pruebas que me pedís eran las que iba á daros; pero no creais que voy á dejarme matar por deciros una verdad que no quereis oír. Si no quereis á Bella lo bastante para oír con calma lo que se refiere á la dicha de toda su vida, es inútil que hable; dejadme partir.

— Habla, dijo José soltando su brazo. Di, ¿qué pruebas tienes?

Ko lanzó una mirada oblicua á las dunas para ver por dónde podria escapar, y despues murmuró:

— La casualidad me ha hecho ver muchas cosas que están claras como la luz del dia; pero yo no os diré mas que lo que he visto; ahora podeis romperme los huesos si quereis, pero vuestra cólera no impedirá que lo pasado, pasado está. Hace una media hora volvia de la playa al través de las dunas, cuando de repente veo al pié de una á M. de Milval, y sentada á su lado á vuestra prima, de cuyos ojos corrian abundantes lágrimas. Este encuentro me causó tristeza... ¿y cómo no, cuando yo amo sinceramente á Bella? Permaneci escondido, pareciéndome que iba á sorprender un secreto importante. ¿Sabeis lo que he visto, José?

El pescador le miró sobresaltado.

— Les he visto estrecharse las manos con pasion.

— ¿Y es eso todo?... ¿qué mas sabeis?

— ¡Ah! ¿no es bastante para haceros comprender que se aman? He visto además á M. de Milval pasar los brazos al rededor del talle de vuestra prima, estrecharla contra su corazon, y... no os digo mas, exclamó saltando por entre las dunas para escapar á la ira del pescador.

José, aniquilado con aquella revelacion, parecia olvidar al corredor, y dejarse arrastrar á sombríos pensamientos.

No obstante, despues de haber permanecido algunos momentos inmóvil, con los ojos fijos en el suelo, sacudió la cabeza y adelantó por el sendero que conducia á Adinkerke.

— ¡Qué estúpido soy! murmuró. Creer en las calumnias de esa vibora. Mi prima tiene un corazon cándido, y no turbará el reposo de los últimos dias de su padre. Además, M. de Milval es un cumplido caballero. ¿Iria á pagar con una cobarde seducción las pruebas de abnegacion que ha recibido de mi prima? No: todo ello es un cuento que ese maldito cuervo de la playa ha inventado para mortificarme. No lo conseguirá; me rio de su grosera invencion.

José aceleró el paso, como si con la rapidez de su marcha quisiera huir de los pensamientos que le perseguian: pocos minutos despues se detuvo de nuevo; sus mejillas estaban pálidas, su vista extraviada, y murmuró:

— Sin embargo, el amor es ciego y hace olvidar todo respeto humano. Y yo, que por consideracion oculto mi amor hace tantos años, ¿veré á Bella victima de ese hombre? ¡Oh!... no, ¡horrible pensamiento! No creo lo que me ha dicho ese hombre, y sin embargo no puedo calmar mi angustia. ¡Oh! ¡es que ahora conozco cuánto la amo! Parece que el corazon me le cogen con tenazas ardiendo.

Y en su furor cogió un puñado de yerba y la arrojó en su camino, continuando su marcha y deteniéndose de vez en cuando á reflexionar. Por fin se fué tranquilizando y siguió avanzando con abatimiento, pero sin que el menor gesto violento revelase su agitacion.

Así llegó á las fértiles llanuras que separan á Adinkerke de las dunas.

Cuando penetró en la calle principal que sirve de mercado á la ciudad, no pudo menos de llamar su atencion el movimiento que allí reinaba.

Ante la puerta de San Sebastian habia un grupo de hombres y mujeres, que los primeros hablaban acaloradamente, y las segundas levantaban al cielo los ojos como lamentando una gran desgracia. Creyó que acaecia algun accidente, y se convenció al ver á algunos comerciantes pasar con paquetes, como si los quisieran preservar de un incendio.

El pescador se acercó al grupo, y tocando á uno de sus conocidos en el hombro, exclamó:

— ¡Juan! ¿qué sucede?

— Una desgracia, José. Que los franceses están en Furnes: toda la ciudad está llena de soldados y cañones... Pregúntale al maestro de escuela, que viene de allí.

José se acercó mas, oyendo en efecto al maestro de escuela explicar que los franceses habian derrotado al ejército aliado en las cercanias de Fleurus, y que de seguro á aquella hora los franceses se habian ya apoderado de Bruselas.

José quedó sumido en profunda meditacion: comprendia que aquel suceso amenazaba á M. de Milval; pero la revelacion de Ko habia hecho nacer en su pecho un germen de odio, y se preguntaba si debia inquietarse por la suerte de un hombre que pagaba con la mas negra traicion la abnegacion de todos.

No obstante, al cabo de algunos minutos triunfó su generosidad: arrojó un mal pensamiento de sí, y empezó á preguntar con interés todos los detalles referentes al asunto de aproximacion de los franceses, proponiéndose despachar en breve las compras que tenia que verificar en Adinkerke y regresar á su casa, prevenir á M. de Milval y ayudarle á salvar si era necesario.

Mientras así discurría, llegaron á su oido voces lejanas, y un grupo de gente del pueblo invadió la calle, arrollándolo todo á su paso y gritando:

— ¡Huid, huid! ¡Los franceses!

Y todos corrieron, y las puertas se cerraron con estrépito, y solo algunos mas serenos permanecieron en el pórtico de San Sebastian.

Dos soldados franceses aparecieron en efecto al extremo de la calle, y eran los dos de figura marcial, con largos y negros bigotazos. Llevaban anchos sombreros de tres picos con pluma flotante, pistolas en el cintoy sables arrastrando, que al andar ellos hacian un ruido infernal. Una faja tricolor que les ceñia el talle, parecia querer indicar que eran oficiales, el uno de mas edad y mas elevada estatura, si bien el otro no le cedia en expresion altanera.

— ¡Qué estúpidos aldeanos! decía el segundo al primero al pasar por delante de San Sebastian. Huyen al solo aspecto de un soldado francés; ¿nos tomarán por antropófagos?

Y una sonrisa desdeñosa entreabrió sus labios.

— Se asustan porque no penetran nuestras intenciones.

— Decid mas bien que porque son partidarios de los tiranos. Vergüenza es que la Francia esté luchando contra la Europa entera, para proporcionar á esos ignorantes una libertad que rechazan con insistencia.

— ¿Lo creéis así? dijo su interlocutor con una mirada de orgullo: pues os engañais: ningun pais ha vertido por la libertad mas sangre que este heroico pueblo. Toda su historia es una noble lucha por el sostenimiento de sus libertades; pero desde hace algun tiempo se han tenido que someter á la fuerza del número, y han perdido su independencia; además á sus ojos no somos mensajeros de la libertad, sino invasores que venimos á couquistar sus propiedades.

Durante este dialogo los dos oficiales llegaron ante el cementerio de la ciudad. El de mas edad se detuvo á la vista de una cruz de madera que se destacaba de las demás por su tamaño: una nube de tristeza cubrió su rostro y quitóse su sombrero respetuosamente.

— ¿Qué haceis? repuso el otro asombrado.

— Saludo la tumba de mis padres.

— Nuestros camaradas se reirian de tal demostracion.

— ¿Y porqué? la religion del recuerdo no tiene nada de risible, repuso el otro con acento grave. Ahora seguid; aun nos quedan tres cuartos de hora antes de llegar al mar, y luego volveremos á estos sitios que me recuerdan mi infancia y mi juventud.

Siguieron hasta el fin de la ciudad, y despues el camino que costea el canal de Dunkerque, tomando luego el que se perdía entre las dunas. El jóven oficial manifestó gran asombro al ver llanuras cubiertas de mieses, mientras á su lado se destacaban áridas montañas de arena. Su compañero le explicó que aquel contraste de fertilidad y dunas estériles era debido á que en otro tiempo las aguas interiores retenidas por las dunas, habian ido formando durante muchos siglos un vasto lago

que habia dejado su germen de fertilidad sobre la arena estéril del mar. Este mismo contraste, añadió, se observa no solo en el suelo, sino en el lenguaje y costumbres de los habitantes, porque los pescadores de Adinkerke forman una familia aparte que no se enlazan con los demás de las costas, ni aun por el matrimonio.

Hablando así ambos oficiales se internaron entre las dunas. La marcha era difícil, porque á cada instante se veían obligados á ascender sobre una montaña para volver á bajar y volver á subir.

— ¿Y es este el camino que hemos de seguir? repuso el mas jóven.

— Si tal, el viento que aquí reina suele hacer desaparecer una de las dunas, elevando otra en el sitio que antes estaba llano: hay sin embargo montañas elevadas que parecen inmutables, porque hace siglos que sirven de amparo á los pescadores dejándolos reposar á su pié. Dase el nombre de Páune á cada llanura colocada entre las dunas, y á toda cuesta Hill. Cuando yo habitaba en América, me sorprendió encontrar ese mismo nombre con la misma significacion en la lengua inglesa.

Los dos oficiales se detuvieron en una pequeña elevación para contemplar el extraño espectáculo que presentaba aquel suelo, dividido entre si como si un temblor de tierra le hubiera cubierto de numerosas grietas. De repente el mas jóven exclamó:

— Ved, alguien nos sigue: parece un pescador, á juzgar por su traje y su gorro.

La aparicion de un pescador con su traje característico pareció causar honda impresion en el mas anciano.

— Si, murmuró, es un pescador. Yo he pasado los mas bellos años de mi vida con una camisa encarnada como esa; me parece contemplarme á mi mismo en ese hombre.

— Es original; parece que no tiene firme la cabeza, segun los vaivenes que da á uno y otro lado del camino.

— A la mayor parte de los pescadores les pasa lo mismo: el balanceo del barco les deja esa costumbre de andar.

— Se diria que tiene miedo de nosotros; ved cómo oculta su rostro al acercarse.

El pescador, al tiempo de pasar por delante de los dos oficiales, volvió el rostro y los cruzó sin mirarlos.

— ¡Dios os guarde, camarada! exclamó el mas anciano en el dialecto del pais.

El pescador, sorprendido al verse saludado en su propio idioma, se detuvo y volvió el rostro; pero una reflexion rápida como el rayo le aconsejó seguir su camino y anunciar al padre Stöck la llegada de los franceses. La vida de un hombre dependia de su celeridad; continuó pues rápidamente su camino, desapareciendo en breve de la vista de los oficiales.

— ¿Lleva el diablo en el cuerpo? Son amables los pescadores de este pais.

— Lo extraño, porque no suelen ser adustos; por el contrario, los pescadores de esta costa son citados por su amabilidad para con todo el mundo. Pero seguidme, aceleremos el paso, no sea que ese estúpido vaya á hacer extensivo á los demás su necio terror.

— Decid lo que se os antoje, vuestros compatriotas no tienen nada de héroes. Son corazones de liebre y cuerpo de gigante: la naturaleza ha querido marcar aquí uno de esos contrastes.

— Os engaños: esas gentes sencillas que os parecen tímidas, se crecen en el momento del peligro y viven en continua lucha con las olas y la tempestad; arriesgan con mucha frecuencia su vida por salvar la de otro, y su heroismo no tiene otro móvil que la generosidad de su alma, porque su abnegacion queda casi siempre ignorada.

— Entonces será que olvidan todas sus buenas cualidades cuando saltan en tierra, murmuró el mas jóven apretando el paso para seguir á su compañero.

VIII.

Aquel mismo dia, en la morada del padre Stock estaba la familia reunida en torno de la mesa despues de comer. M. de Milval habia anunciado su resolucion de partir dentro de tres dias, alarmándose todos del viaje que iba á emprender aun en la convalecencia, y tratando Bella de dominar su propia tristeza para combatir la del jóven. La buena Clara, con la misma intencion, profetizaba el triunfo de los ejércitos aliados, dando por seguro la entrada del jóven en su patria con la recuperacion de sus bienes.

La puerta de la cabaña se abrió en aquel instante, apareciendo en ella José, fatigado y con la frente bañada en sudor.

Su mirada cayó al punto sobre M. de Milval y Bella sentados uno al lado de otro, y este espectáculo pareció causarle viva impresion cortando la frase en sus labios.

— ¿Qué mosca te ha picado? repuso con tono gruñon la tia Clara, caes en la casa ni mas ni menos que una bomba; ¿cuándo has de proceder con juicio?

El pescador sacudió su cabeza como queriendo arrojar de ella un triste pensamiento, y dijo vivamente:

— Os traigo noticias graves: los franceses han derrotado al ejército aliado, todo el pais está ocupado por ellos. Bruselas está en su poder, Furnes lleno de soldados de caballeria y de cañones.

— ¡Imposible! esas son nuevas falsas, exclamaron todos dejando la mesa.

— ¿Falsas? yo mismo he visto dos soldados.

— ¿En Adinkerke?

— No, mas cerca; en las dunas, casi á un tiro de flecha de aquí. Y el camino que traen es el que atraviesa por delante de esta casa; por eso he corrido para advertir á M. de Milval que se aleje antes que lleguen.

— ¿Y qué hacemos? exclamó Bella pálida de temor.

— Ocultaos en la cueva, repuso Clara.

— No, por el contrario, en el granero, dijo la jóven; ¡venid, venid!

— ¿Porqué ese terror? repuso el jóven con calma: esos soldados se dirigiran á la playa; no es probable que entren aquí, y mucho menos que entren y me reconozcan; estad tranquilos y sentémonos como si nada tuviéramos que temer.

— No, es preciso ocultaros, señor, repuso José; tengo motivos para creer que esos soldados vienen aquí con intencion de buscaros. El corredor Ko me dijo no há mucho que se vendria de vos.

— ¡De mí! ¿Porqué?

— No sé... respondió José con embarazo.

— No lo creais, repuso la tia Clara que iba y venia á la puerta para espiar. Ko se complace en atormentar á José, pero es incapaz de hacer mal á nadie.

— Pues yo afirmo que delatará á M. de Milval si ya no lo ha hecho: por favor, ocultaos, y pronto, porque ya no deben estar lejos.

El jóven, como si hubiera tomado una resolucion de repente, asió á la vez la mano del ciego y de su hija, y dijo con profunda emocion:

— ¡Adios, adios, amigos míos! ¡No olvidaré nunca cuanto habeis hecho por este desgraciado!

— Pero ¿qué intentais? ¿á dónde vais? exclamó Bella derramando llanto.

— Voy á partir inmediatamente; si han denunciado mi escondite, si los soldados me encuentran en vuestra casa, podriais ser molestados por causa mia. Dios me libre de envolveros en mi desgracia.

A estas palabras M. de Milval se dirigió rápidamente hácia la puerta del establo para ganar por ella las dunas; Bella le detuvo por el brazo, y José cerrándole el paso exclamó tambien:

— Lo que intentais es imposible: de Furnes á Bruges, el pais hormiguea de soldados: correis sin remedio á vuestra perdicion.

— ¡Pronto, pronto! repuso la tia Clara entrando con espanto: ¡ahí están! ¡ahí están!

— Id, José, dijo entonces el ciego, dirigid á M. de Milval á la choza abandonada de Pedro Mulla, allí se sabe que no hay nunca nadie, y cuando los soldados hayan partido veremos lo que se ha de hacer: yo os lo pido, señor, ¡no os detengais ni un instante!

— ¿Podré acompañar á José, padre mio? murmuró la jóven con acento suplicante; pero no, ¡me quedo á vuestro lado!

— ¿Teméis que hagan mal á un pobre viejo? No, hija mia, no temas nada.

— Entonces volveré en cuanto le haya dejado en salvo.

Y corrió detrás de José que conducia al jóven por la puerta del establo.

La tia Clara se habia retirado al fondo de la estancia con la palidez de la muerte en el rostro, y tenia los ojos clavados en la puerta: el ciego se habia ido á sentar cerca de la mesa, esperando con calma lo que pudiera sobrevenir.

Un grito se escapó en breve del pecho de Clara, que retrocedió hasta el muro al ver que los dos oficiales entraban por la puerta de la cabaña.

— ¿Teneis miedo de mí? ¿no me reconocéis? repuso el mas viejo en tono triste aunque afectuoso.

El ciego se levantó de su asiento y tendió las manos con acento delirante exclamando:

— ¡Mi hermano! ¡la voz de mi hermano! ¡Luis! ¡Luis!

El capitán, pues tal era su graduacion, cayó en los brazos del anciano estrechándole con ternura sobre su pecho.

— ¡Es mi hermano! murmuraba el anciano, ¡es mi querido hermano! ¡vive aun!

— ¡Dios os bendiga! exclamó á su vez Clara abalanzándose al cuello del oficial.

Durante algunos minutos los tres permanecieron abrazados, formando un interesante grupo.

— ¿Me creiais muerto? murmuraba conmovido el oficial; pues os he escrito muchas veces; ¿no habeis recibido mis cartas?

Mientras él hablaba, su hermano el ciego examinaba su traje y palpaba sus pistolas; entonces fué cuando el oficial se apercebíó de la falta de vista de su hermano y murmuró:

— ¡Dios mio! ¡ciego! Decidme que me engaño, que no es verdad.

— En efecto, mi vista se ha ido debilitando de tal modo que apenas distingo; pero no tengas cuidado, ¿quién sabe si aun recobraré la vista? añadió tratando de sonreír para disminuir el pesar de su hermano. No te cuides de eso y déjame dar gracias á Dios porque te vuelve á mis brazos. ¡Oh! ¡cuanto he sufrido desde el dia de tu partida; pero el Señor me ha dejado un ángel de consuelo!

El oficial, en quien estas palabras despertaron otros pensamientos, exclamó:

— ¿Y tu mujer? Simon, ¿y mis sobrinos? ¿y mi querida Bella? Ya estará hecha una jóven encantadora.

El anciano bajó la cabeza y permaneció mudo; la tia Clara lanzó un suspiro doloroso.

— ¡Me haceis temblar! repuso el capitán aterrado; hermano mio, ¿porqué hay lagrimas en tus ojos? Bella, quizá...

— Bella es en efecto una hermosa jóven, repuso el anciano, y qué placer recibirá al verte; habla de tí todos los dias.

— Pero ¿y los otros? ¿y sus hermanos?

— Dios los ha llamado á si, murmuró el ciego.

— ¿Y tu mujer?

— En el cielo con sus hijos.

— ¡Muertos! ¡todos muertos! pobre hermano mio. Ciego y llorando sobre la tumba de una familia entera.

— El tiempo cicatriza todas las heridas, hasta aquellas que abre en el corazon la muerte de sus hijos. Además, morir es el destino de todos los hombres; yo encontraré á mi mujer y mis hijos en la otra vida.

Aunque el jóven oficial que acompañaba al capitán no hubiese comprendido lo que acababan de decir en un idioma extraño, comprendió que su camarada estaba dolorosamente afectado, y se acercó á ofrecerle sus consuelos.

— ¡Oh! Es horrible, le dijo entonces el capitán en francés; considerad que despues de doce años que vuelvo al seno de mi familia, que yo creia numerosa, me encuentro con mi hermano ciego y con que la muerte ha arrebatado á su mujer y á sus hijos; de cuatro solo uno le queda para cerrar sus ojos.

— Pero si supierais, Luis, qué tesoro de bondad, de virtud y de amor encierra el corazon de Bella, comprenderiais cómo, á pesar de tantas desgracias, puedo aun considerarme dichoso.

(Se continuará.)

Viaje de las campanas á Roma

EL DIA DE JUEVES SANTO.

Leyenda.

— Abuelita, abuelita, exclamé, hé aquí el pastelero, ven pronto, que he sido buen muchacho.

Con efecto, oia á lo lejos en la calle de la aldea la matraca del pastelero; pero no venia lentamente como de costumbre, ni tampoco se paraba de puerta en puerta, y la matraca, que por lo comun sonaba de un modo incierto, no alternaba con el grito trémulo del pobre vendedor, sino que se oia fuerte y sin descanso. Los pastelillos venian en derecha á mi, que soy su amigo mas constante, y yo me decía:

— Nadie los toma al paso, y asi es que nadie me quitará el que yo prefiero.

Pero á medida que el ruido se acercaba, una duda cruel tomaba cuerpo en mi mente: mi anciano pastelero no tenia un paso tan precipitado ni un brazo tan firme.

— ¡Dios mio! exclamaba yo; ¿no será él? ¿Vendrá otro en su lugar y traerá en vez de los exquisitos pastelillos dorados que tanto me gustan, las tortas pesadas que come todo el mundo?

Y me daban ganas de poner mala cara á los nuevos pasteles; sin embargo, eran pasteles, se acercaban, y yo atravesando el patio, corri á la calle llamando á mi abuelita.

¡Ay! Mi alegría habia sido muy grande para que no ocultara una cruel decepcion. Nada de pastelillos ni de pastelero; era un monaguillo con una inmensa matraca que recorria la calle parándose un momento delante de cada puerta; y fuera que quisiese rendir un homenaje á mi abuelita, ó que deseara añadir el sarcasmo á la burla, el caso es que delante de mí hizo una pausa mas larga que las otras y un ruido mas desaforado.

Yo entré en casa rabioso y me arrojé en los brazos de mi abuela.

— ¡Picaro! exclamé; lo ha hecho para reirse de mí. Y comencé á derramar gruesas lagrimas.

— Hijo mio, repuso mi abuela sacando un dulce de su bolsillo que me calmó de repente; el monaguillo no pensaba en tí: ¿olvidas que es hoy juéves santo? No tenemos campana y nos anuncia la hora de las visperas.

— ¡No tenemos campana! Esta mañana la he oido...

— Esta mañana, si, pero se ha marchado esta tarde.

— ¿A dónde, abuelita?

— A Roma.

— ¡A Roma! ¿Y porqué?

— Porque va todos los años el dia de juéves santo.

— ¿Y qué hace allí?

— Muchas cosas; va á ver al papa.

— ¿Y las otras?

— ¿Qué otras?

— Las campanas de la ciudad, las de las demás iglesias?

— Van tambien á Roma.

— ¿Todas, todas?

— Todas.

— ¿Y cuándo volverán? añadí con inquietud.

— La vispera de Pascua al medio dia, y entonces sonarán muy fuerte para ganar el tiempo que han perdido.

— ¡Oh! me alegro mucho, entonces podré reconocer al pastelero.

Y mi abuela, acabando de enjugar mis lágrimas con un beso solemne, me tomó de la mano y me llevó á la iglesia.

Desde aquella vez todos los años cuando llegaba el juéves santo recordaba yo la matraca del monaguillo, mis pastelillos y el viaje de la campana. Muy á menudo miraba con la mayor sencillez al campanario para ver si el puesto de la campana estaba vacío; y para decirlo todo, poniendo en duda la afirmacion de la abuelita, pre-



Viaje de las campanas á Roma el día de jueves santo. — Dibujo de Grandville.

gunté en repetidas ocasiones al sacristan, al bedel y al repartidor de agua bendita, á dónde iban las campanas el día de jueves santo, y todos me contestaban :

— Van á Roma.

Un día, me acuerdo bien, el cura párroco hizo una visita á mi abuela, y yo le pregunté con mi aire mas malicioso é incrédulo :

— Señor cura, ¿es verdad que vuestra campana...

El buen sacerdote me interrumpió sonriendo :

— Sí, hijo mio, nuestra campana va á Roma.

Mas tarde, cuando pude comprender yo otras tradiciones populares, quise saber el origen y el sentido de esta; pero nadie, ni aun en Paris, me pudo enseñar otra cosa que lo que me habia enseñado mi abuela.

Pero vosotros, todos los que habitais esta gran capital, ¿sabeis siquiera lo que es una campana? ¿Ois á veces esa voz de bronce que difunde las advertencias del Señor y podeis un dia al año notar su silencio? No; vosotros que ni un instante vivis sin ruido, ignorais lo que tiene de solemne en la aldea ese silencio que dura dos dias.

En la aldea la campana se agita sin cesar como la arteria en el corazon del hombre; saluda al sol cuando asoma y cuando desaparece; alegre y viva cubre los vagidos del recién nacido; lenta y lúgubre alterna con los últimos suspiros del agonizante; señala á los trabajadores de los campos la hora de la tarea y el momento del reposo; habla por do quiera y siempre se la oye.

Y de repente un día se calla; de repente viene á faltar á las armonías de la naturaleza esa nota vibrante que las domina y las vivifica; todo se queda silencioso como la tumba, lúgubre como la fiesta que celebra la Iglesia: en lugar de la campana vespertina, solo canta el gallo, el gallo á cuya voz Pedro renegó á Jesus; en vez de la campana de la tarde, resuena solamente en los espacios el grito siniestro del pájaro de los sepulcros, eco de las últimas palabras del Salvador espirante: *Eli, Eli, lama sabachthani?*

Todas las campanas callan, y en cuanto el Señor va á morir, órganos de la palabra divina, marchan á Roma cerca del representante del Señor.

¡Las campanas van á Roma!

Venid, venid conmigo á lo alto del templo... Las campanas se mueven, se sueltan de las ligaduras, sus pare-

des las abren paso y parten... ¡Oh! Partamos con ellas, acomodémonos en ese nuevo vehículo; ¡vamos, y que Dios nos proteja!

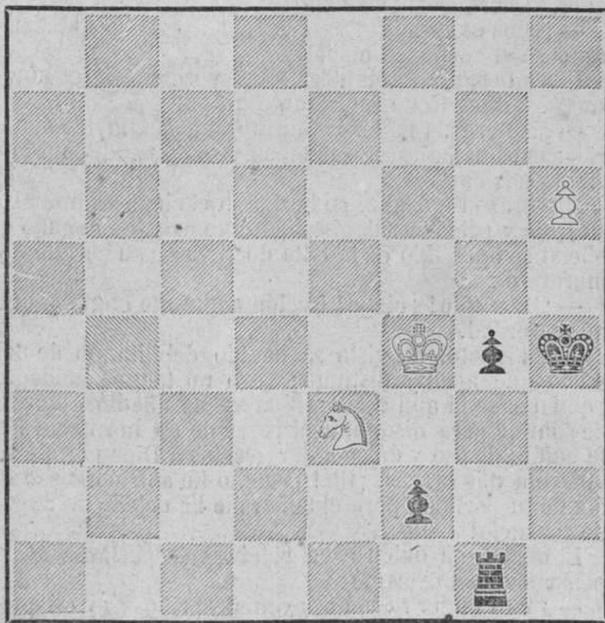
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 104.

- 1 T 8ª CRª jaque R come T
- 2 Ra 6ª TRª Lo que se quiera
- 3 Ra 8ª ARª jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 105, POSICION DADA POR LOLLI.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas ganan fácilmente.

Ya el templo queda lejos, la poblacion tambien, luego la tierra; henos aqui en medio del espacio, elevándonos siempre hácia esa bóveda inmensa que siempre se eleva: solos en el silencio. ¡Oh! qué carrera tan precipitada. La luz, el pensamiento no pueden elevarse con mayor rapidez, y debajo, á nuestros piés, las ciudades corren como espantadas á esconderse detrás del horizonte.

Observad por todas partes esos puntos negros que abandonan la tierra como una nube de aves de paso y que crecen al acercarse á nosotros. Su número es infinito, y la tierra ha desaparecido bajo sus filas compactas y sombrías... ¡Son las campanas, todas las campanas del mundo!

Estas pesadas y majestuosas como el águila de alas grandes, aquellas ligeras y delgadas como la alondra. Todas están de viaje: las campanas de las catedrales, las campanas plateadas de los castillos, las campanas de hierro de las aldeas, las campanas idolatradas por Cuasimodo y las de Trotty-Weeck! ¡Y entre ellas distinguo yo la pobre campana rajada de mi pueblo!...

Y esta inmensa emigracion de metal vuela en derechura hácia el mismo objeto... ¡Roma! A cada segundo el número se aumenta, las filas se multiplican; y el sol baja en el horizonte, la tierra se oscurece, la luz vacila un instante mas en el espacio, y luego se apaga. Solo el silbido del aire nos advierte que seguimos corriendo.

Por fin resuena un choque terrible... nos detenemos. ¡Ahi está Roma!... Y procedentes de todos los puntos del globo, todas las campanas cristianas se encuentran en el mismo instante, se tropiezan, se acumulan y forman sobre la ciudad santa y sobre las nubes una pirámide incommensurable, cuya cumbre toca al firmamento.

Y allí asisten á las plegarias que dirige el representante del Señor; allí oyen las lúgubres lelanias: allí, en fin, recogen esa bendicion solemne que desde el balcon de la basilica de San Pedro el pontifice soberano otorga á la ciudad y al mundo, *urbi et orbi*.

Luego, emisarias fieles y rápidas se vuelven, esparcen á su paso la santa bendicion que han recibido, y anuncian con estrépito á la cristiandad el gran día de la resurreccion.

R. S.

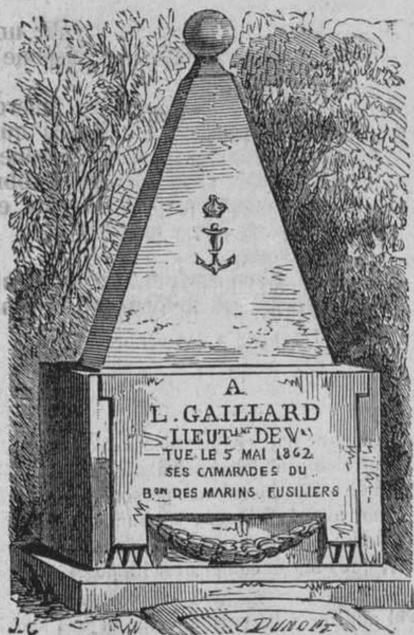


Recepcion de M. de Montholon, ministro de Francia en Méjico, por el general baren Neigre.

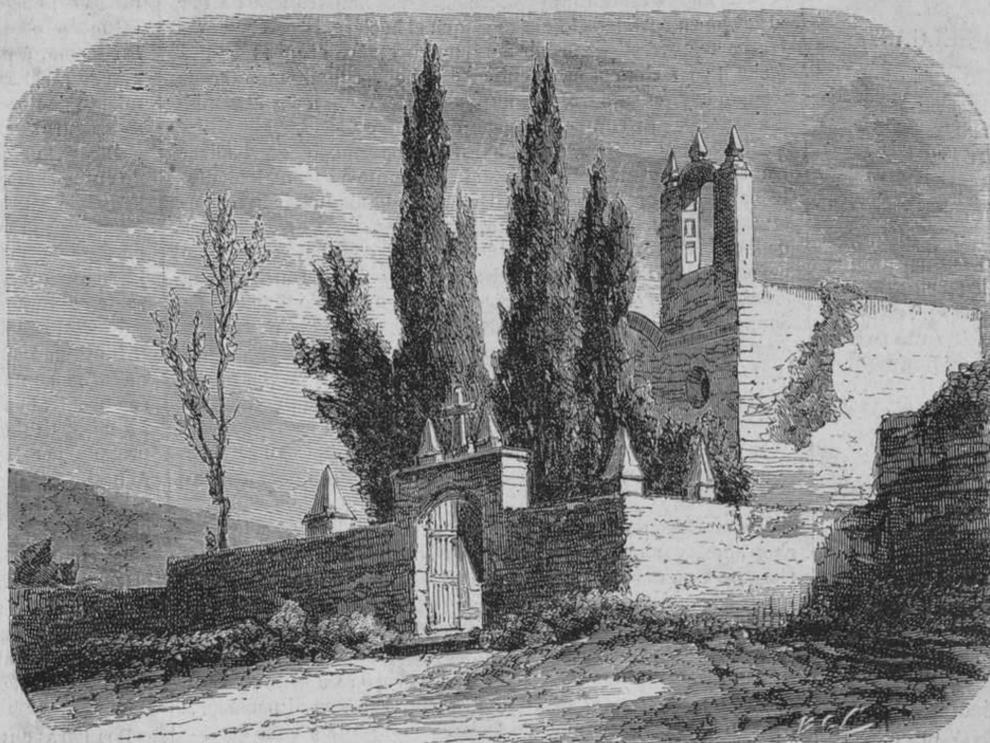
naciones de la tierra, y que anuncia los movimientos de la temperatura. Es como un espejo que reflejara objetos que no se sabe dónde están.

En las conversaciones como en el semblante se marcan los indicios de la enfermedad. Las conversaciones son los latidos del pecho que de-

termina los grados de calentura. Cuando se habla de todo, es evidente que no hay nada de que hablar; pero cuando no se habla mas que de una cosa, entonces la



Tumba del teniente de navío Gaillard.



Cementerio de los Alamos cerca de Puebla.

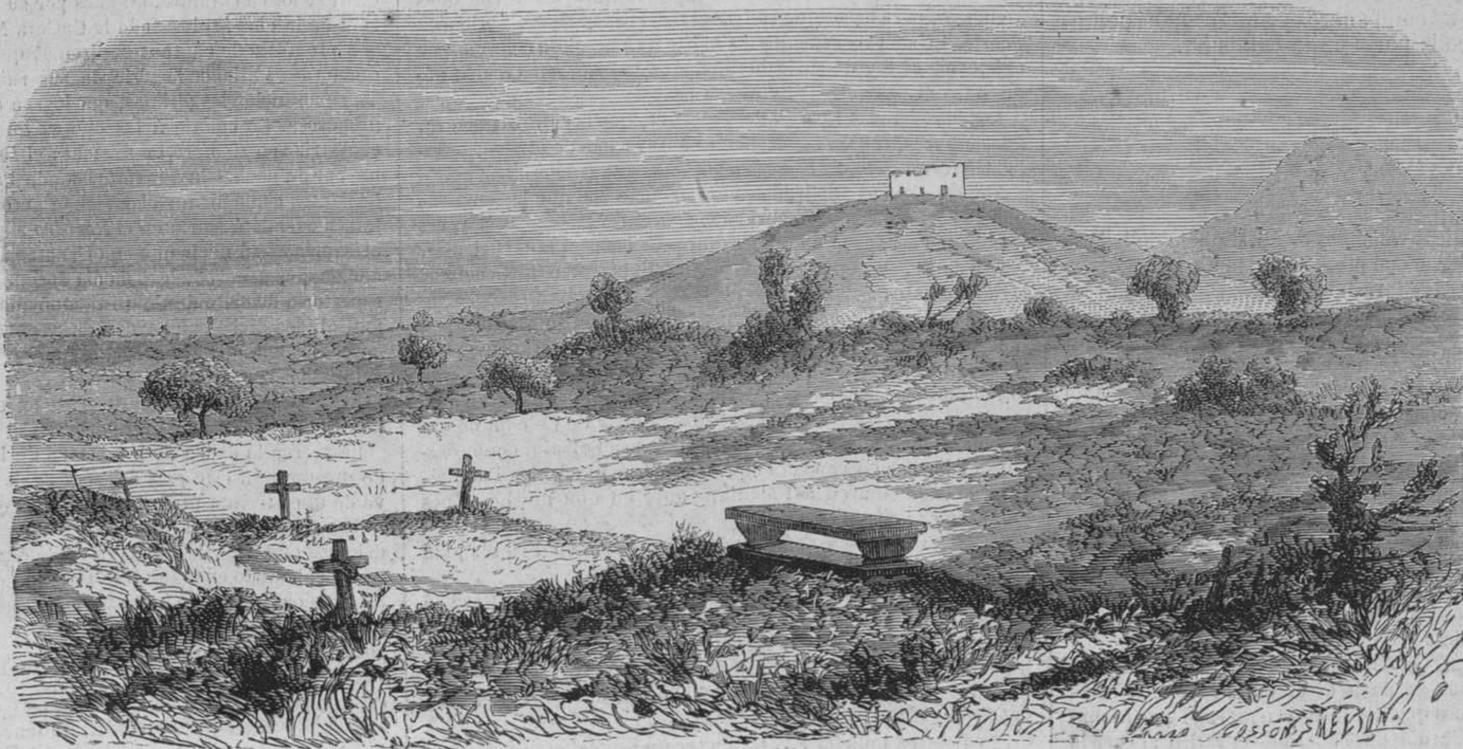


Tumba del cirujano Godefroy.

conversacion parece una profecia repetida á un mismo tiempo por millares de bocas. No es, por lo tanto, la conversacion una cosa tan fri-

vola, tan ligera y tan insustancial como parece á primera vista. Ese eco continuo que nos persigue por todas partes,

que se mete en nuestras casas y hace sus instrumentos de nuestros criados, de nuestra mujer y de nuestros hijos, es irresistible.



Cementerio de las Animas cerca de Puebla.

Es la gota de agua que rompe la piedra.

El hombre, tan formal, tan serio, tan grave y justo cuando es juez, ó ministro, ó banquero, médico ó diputado, cómico ó padre de familia, es cruel, injusto y frívolo cuando se entrega al vicio, al placer y á la necesidad de la conversacion.

En el seno de la confianza, en el recinto privado de una conversacion, se hacen horribles sacrificios.

¡Pobre amigo, pobre vecino, pobre familia que sirve de pasto á la conversacion!

La conversacion es una diosa implacable que no se sacia de victimas.

La mujer, tan tímida, tan pudorosa, tan sensible, desuella con la risa en los labios á la que fué su compañera de colegio, desnuda sin avergonzarse á la que tiene la desgracia de no saberse vestir, y hiere con mano segura á todas las que se atreven á disputarle los cabellos negros, la mirada dulce ó el aire distinguido.

Es una cosa muy seria, que hemos convenido en llamar pasatiempo.

Seguidla con atencion, y la vereis que por todas partes va dejando un rastro de sangre.

Es un crimen que no está penado en el código, porque todos lo cometemos.

Elijanse seis personas, pónganse al rededor de la mesa de un café, ó en el pasillo de un teatro, ó en el tocador de una mujer elegante, ó en la antesala de un ministro, ó al rededor de una chimenea de una casa particular.

Colóquese cerca de ellas un taquígrafo, oclito como un mal pensamiento, y que copie integra la conversacion en que se enreden esas seis personas.

Tradúzcase, y ¿á que no hay uno de los seis que se atreva á poner su firma al pié de esa conversacion escrita?

Hé aquí lo que es la conversacion.

Ved lo que se escribe y por ahí sacareis lo que se charla.

JOSE SELGAS.

Expedicion á Méjico.

De Méjico escriben con fecha 27 de enero:

«La expedicion al interior está terminada, y el general en jefe, despues de haber establecido guarniciones en diferentes puntos, regresa á la capital, en donde entrará al cabo de pocos dias. El cuerpo de ejército de Uruga, Berriozabal y otros ha sido completamente exterminado, y hoy solo quedan algunos restos dispersos del ejército de Juárez.

» El conde de Montholon, ministro plenipotenciario de Francia en Méjico, entró en la capital el 14 de enero en medio de una afluencia considerable; el general baron Neigre, comandante en jefe del departamento de Méjico, habia salido á su encuentro fuera de la ciudad con su numeroso estado mayor, acompañado del comisario imperial de Hacienda y de un miembro de la regencia, en cuyo carruaje tomó asiento M. de Montholon. El cortejo recorrió la ciudad, escoltado por los cazadores de África y la guardia imperial mejicana, hasta el palacio de la legacion francesa, donde se apeó el ministro. — V. P. »

Los dos cementerios cuyas vistas publicamos se encuentran en las inmediaciones de Puebla, y encierran los restos de los oficiales y soldados del ejército de Méjico muertos durante el sitio de la plaza. El primero es el de los Alamos, cuya iglesia sirvió, el 5 de mayo de 1862, de hospitalillo de sangre provisional; y el segundo es el del puente de las Animas. Entrambos dibujos son obra de uno de los oficiales del batallon francés de marinos fusileros, que antes de su salida de Puebla han querido conservar un recuerdo de los lugares donde reposan aquellos de sus compañeros y amigos que sucumbieron durante aquella parte de la campaña.

Revista de Paris.

No obstante los fatídicos vaticinios de M. Mathieu de la Drome, ese astrólogo moderno que proporciona tanto trabajo á las prensas de M. Plon con sus invariables predicciones de horribles diluvios, que afortunadamente se cambian aquellas veces que mas acierta en humildes chaparrones, Paris está disfrutando desde hace algunos dias de un tiempo digno de los paises mas favorecidos por el cielo. Rara vez ha habido un mes de marzo tan hermoso como este año; y si el invierno ha sido cruel, la primavera le ha sucedido de repente. Bajo la influencia de estos primeros calores, la vegetacion ha tomado un vuelo quizá demasiado precoz, y hé aquí porque esta temporada el árbol fenomenal del jardin de Tullerías no es el único que goza del privilegio de ostentar sus hojas de un verde esmeralda el dia 20 de marzo. Este árbol célebre es un castaño situado en uno de los ángulos de la alameda principal del jardin, árbol de historia, como van á ver nuestros lectores.

Era el 19 de marzo de 1811 y el dia habia estado sombrío y lluvioso. Se sabia en Paris que la emperatriz María Luisa iba á ser madre, de cuyo modo quedaria asegurada la suerte del Imperio, y la muchedumbre que desde muy temprano por la mañana se apiñaba en el jardin de Tullerías, se retiró al caer la tarde muerta de frio, sin que nadie hubiese parado su atencion en el castaño.

Pero hé aquí que al dia siguiente 20 de marzo, el sol se alzó radiante y esplendoroso, y apenas se abrieron las verjas del jardin, cuando cien mil personas se extendieron por los terrados, la alameda y el parterre que da frente al edificio.

Todos hablaban en voz baja y andaban despacio como en el cuarto de un enfermo.

— ¿Será varon ó será hembra?

Esta pregunta circulaba por todas partes y agitaba los ánimos.

En el primer caso se oirian cien cañonazos, y veinte únicamente en el segundo.

En medio de la atencion general, el reló del palacio de Tullerías dió las once, y casi inmediatamente resonó el primer cañonazo.

La gente se calla y permanece inmóvil contando cada cual para sí aquellos disparos. Pasado el vigésimo se habria dicho que la muerte pesaba en aquella multitud.

Por fin otro estampido claro y sonoro hace prorumpir á la multitud en una aclamacion inmensa.

Cien mil voces gritan á la vez: ¡Viva el emperador!

Pero cuál no fué la sorpresa de algunas personas cuando al volverse vieron un castaño (el que hemos designado anteriormente), todo cubierto de hojas de un verde brillante.

Durante la noche habian brotado sus botones que se habian abierto por la mañana, como si este árbol hubiese querido tambien ofrecer su homenaje al recién nacido.

De 1811 á 1815 continuó floreciendo prematuramente y en la misma época; pero hay mas aun: solo él entre los hermosos árboles de Tullerías se heló durante el invierno de 1812, y en 1814 no ofreció ya á la vista esa riqueza de follaje que debia ostentar el 20 de marzo del año siguiente al regreso de Napoleón.

Despues de aquel tiempo el árbol fué decayendo de año en año, y por fin cesó de adelantarse á sus iguales.

Pero sobrevino el año 1849 y volvió á reproducirse en cierto modo el fenómeno de 1811: el castaño que el año anterior tenia un aspecto triste como si estuviera en vísperas de morir, apareció de repente el 20 de marzo mas floreciente y frondoso que nunca.

Sean cuales fueren las explicaciones que han tratado de dar al hecho en cuestion, lo cierto es que el hecho existe; por nuestra parte, podemos afirmar que muchos años despues de esta fecha hemos visto el árbol cubierto de hojas cuando ninguno de los que hay en su derredor, aunque pertenecen todos á la misma especie, presentaba ni asomo de retoños.

Diríase que los franceses han formado empeño en rivalizar con sus vecinos de la Gran Bretaña en punto á excentricidades. El baron de Forestier, cuyo fallecimiento han anunciado recientemente los periódicos, ha sido, con efecto, uno de esos tipos de hombres raros, cuya exclusiva propiedad habia parecido pertenecer hasta hoy á los ingleses. Este señor baron habitaba en el Mediodía de la Francia un magnífico palacio llamado de Soupiseau, donde se habia dado por compañía toda una legion de gatos. Ni el cardenal de Richelieu le aventajaba en su pasion á la raza felina; por turno los gatos alternaban en su mesa, y los criados tenian órden de no tocar jamás á ninguno de estos animales.

Al hacerse el inventario en el palacio de Soupiseau se han podido observar una porcion de particularidades á cual mas curiosas.

Los muebles de ciertas piezas no se habian abierto hacia muchos años, y algunos estaban llenos de ropa blanca muy deteriorada. Una densa capa de polvo cubria todos los objetos.

Los aposentos que habitaba el baron no se encontraban en mejor estado. Dícese que entre papeles y trastos sin valor, así como en los vestidos del difunto, se han hallado una suma de cien mil francos en oro y en billetes de banco; un bono de cincuenta mil francos del banco de Francia pagadero al portador, y que tenia ya cinco años de fecha, y cincuenta y ocho acciones del mismo Banco, que al precio actual valen poco menos de doscientos mil francos. Además de estos valores y de sus muebles, el baron Forestier poseia varias fincas tasadas en un millon.

En el palacio hay cuartos donde jamás los criados han puesto los piés. Parece ser que en la segunda puerta de un gabinete de tocador que da á una escalerilla falsa, habia una pistola de chispa cargada, cuyo gatillo estaba en comunicacion con unos alambres, para hacer que saliese el tiro si intentaban abrir esta puerta. En una de estas piezas existe una preciosa coleccion de objetos de arte y de curiosidad, donde figuran en crecido número las armas antiguas y modernas.

Los herederos del baron de Forestier, que segun se asegura, no son pocos, sabrán seguramente aprovechar de otro modo estas riquezas.

Siempre hemos admirado la inteligencia con que los empleados de correos saben descifrar los sobres de las cartas á veces mas enmarañados que los geroglíficos de las pirámides egipcias. No obstante, su perspicacia no es infalible, como lo prueba el siguiente caso:

La señora de un afamado artista de Paris quiso escribir á su marido que se encontraba momentáneamente en Colonia. Las señoras francesas suelen tener la costumbre de no formar muy distintamente las letras mayúsculas de su enredado carácter de escritura. Ahora bien, como la primera letra de Colonia no era mas que un garabato, el mensaje salió para Bolonia, donde despues de buscar en vano el nombre del sugeto á quien iba dirigida, le encaminaron á Polonia, punto en que mucho menos pudieron dar con el individuo.

— Este sobre está equivocado, se dijeron en Polonia; sin duda se trata de una ciudad de Francia.

Y hé aquí á la carta viniendo á Boulogne, esto es, á Paris, ó mejor dicho, recorriendo un verdadero círculo vicioso.

Sin embargo, al cabo se reconoció el error, y la carta pudo llegar á su destino.

En los periódicos belgas hemos hallado estos dias un hecho análogo.

El consejero judicial F... L... posee un inmueble situado en el pueblecillo de B... (Austria). Hace poco tiempo uno de sus inquilinos le suplicó por escrito mandara poner una estufa nueva

en su habitacion, y sin duda miraba la cosa con empeño, pues declaraba en su carta que de no hacerse así, estaba resuelto á mudarse.

La carta fué dirigida á..., ciudad donde el magistrado residia ordinariamente; pero ocurrió que en aquel momento habia ido á Sadowa, para arreglar algunos negocios.

Un empleado de correos creyó descubrir un error en el sobre, y envió la carta no á Sadowa, sino á Padova (Pádua). No encontrando en esta ciudad ningun nombre que correspondiese al de F... L..., un funcionario consultó el mapa, y observando en la Polonia austriaca cerca de las fronteras de Rusia una pequeña localidad llamada Sadowa, encaminó á este punto la carta.

La pobre epístola estaba muy lejos aun de haber concluido sus peregrinaciones. En Sadowa no habia tal M. F... L... Examinaron el sello y vieron que era de Italia.

— ¡Aquí hay gato encerrado! hubo de decirse el autor de este descubrimiento.

Y al punto despachó á Viena un correo encargado de no entregar la carta, que á su juicio contenia algun secreto importante, sino al ministro de la Guerra en persona.

Este dignatario la abrió con toda la formalidad propia de un caso tan grave, y no hay para qué decir cuál seria su asombro al enterarse de la pacífica peticion que contenia.

La conspiracion no era otra cosa que una estufa solicitada por un inquilino que tenia miedo, y con razon, al invierno de 1864.

El resto de la historieta es fácil de adivinar. El mensaje cerrado y vuelto á sellar con el selló ministerial, marchó esta vez á su destino, y M. F... L..., comprendiendo cuán justa era la reclamacion, se apresuró á satisfacerla; pero ¡ay! demasiado tarde, pues el inquilino creyendo desestimada su peticion, habia realizado su amenaza.

Esta semana hemos tenido en Paris un acontecimiento musical de alta importancia: se ha cantado una misa manuscrita de Rossini, en el suntuoso palacio que acaba de hacerse construir el conde de Pillet-Will, uno de los banqueros parisienses mas acaudalados. Los críticos especiales apuran todos los términos del elogio para hablar de esta produccion que el inmortal maestro ha negado á todos los que conocian el secreto de su existencia, á todos, excepto al conde de Pillet-Will, y que segun se asegura, nadie volverá á oír hasta despues del fallecimiento de Rossini. Tal es su expresa voluntad, segun de público se asegura.

Dícese que en el ensayo general un empresario trasportado de entusiasmo, se acercó al autor de tantas obras maestras, y le dirigió estas palabras tentadoras:

— Esa misa es soberbia; jamás ha mostrado Vd. mas genio, mas gracia, mas juventud, y para probarle que no es una lisonja, le ofrezco á Vd. por su misa, si quiere venderme la partitura, la cantidad de 300,000 francos.

Rossini aceptó la lisonja, pero desechó la oferta.

Inútil será añadir que en los salones del conde Pillet-Will adornados con una riqueza y un gusto de que hay pocos ejemplos, se encontraban las principales notabilidades artísticas de Paris. La misa, titulada por Rossini *Pequeña misa solemne*, fué interpretada por las señoritas Marchisio y los señores Gardoni y Agnesi.

Todo el acompañamiento consistia en dos pianos y un órgano.

La composicion de la mayor parte de las piezas es de un estilo elevado y severo, aunque siempre elegante y distinguido. El público, que se componia de unas doscientas personas, no pudo contener su entusiasmo, ante la riqueza y abundancia de las melodias, la grandeza de los pensamientos, y ese modo particular de tratar las voces, que ningun compositor ha poseído como Rossini.

Dos horas enteras el auditorio ha permanecido bajo el hechizo de esa concepcion magistral, que en concepto de muchos supera en mérito al *Stabat*; de esa misa que al cabo de treinta años de silencio nos muestra á Rossini como en los mejores dias de su fecundidad y de su gloria.

Rossini sentado al lado de M. Mathias, profesor del Conservatorio, que tocaba el piano principal, parecia enteramente extraño á los aplausos frenéticos que interrumpian á cada momento á los ejecutantes, quienes por su parte estuvieron á la altura de la obra, sobre todo la Carlota Marchisio y Gardoni.

A propósito de cantantes, diremos que la Adelina Patti continúa en los Italianos la serie de sus ruidosas representaciones. Ya se anuncian las últimas, que logran atraer una concurrencia numerosa. En cuanto á las óperas que ejecuta la afortunada cantatriz son siempre las mismas: el *Barbero*, *Don Pasquale*, y un par de noches la *Traviata*, donde ha alcanzado lauros tan brillantes como alcanzó en Viena; pero ¿qué importa? ¿no estamos oyendo á Mario en el *Barbero* años y mas años? Casi nos atreveríamos á decir que en el Teatro Italiano de Paris no hay aficionados á novedades; media docena de óperas componen su repertorio favorito desde un tiempo que ya va pareciendo inmemorial, sea dicho con perdon de las partituras de Verdi, aunque en conciencia no afirmariamos que se hallan verdaderamente aclimatadas. Fraschini, á quien se espera uno de estos dias, vendrá á sostener la afluencia de gente en los Italianos, una vez que la Patti haya marchado á Lóndres.

Se acerca la época de la libertad de los teatros, y como era de presumir en este pais de especulacion y de negocio, se habla ya de unos treinta proyectos fundados en bases sólidas, pues si hubiéramos de contar los que estriban en probabilidades, tendríamos que decir lisa y llanamente que su número es infinito. Se ha calculado que muy luego tendremos en Paris lo menos dos teatros por barrio. No hay café-concierto que no aspire á la gloria de teatro lírico. Se habla de teatros diurnos donde se trabajará por la tarde, como se ve en varias ciudades de Italia. El conocido banquero nuestro compatriota, don José de Salamanca, se propone, segun dicen, elevar un teatro en el hermoso boulevard Malesherbes, para ópera italiana, y si este plan se lleva á efecto, desde luego nos atrevemos á afirmar que no será este el menos suntuoso de los templos que se proyectan levantar al arte. Las imaginaciones están tan exaltadas con este porvenir

de libertad ofrecido á la industria teatral, que un arquitecto, M. Hector Horeau, acaba de exponer en una tienda de la calle Scribe, debajo del Jockey Club, el modelo de un nuevo teatro que puede servir de sala de fiestas y de conciertos, digno de llamar la atención de los mas ambiciosos de los futuros empresarios. El teatro, así como la sala de los espectadores, está alumbrado por la luz diurna en todas sus partes. El edificio, construido con los materiales que se usan casi exclusivamente en la actualidad, ladrillo, hierro y fundición, puede costearse con una suma muy inferior á la que exigen los edificios de piedra. Por último, el producto de las entradas será crecido, pues habrá capacidad para 4,500 espectadores, 8,000 oyentes en los grandes conciertos, 10,000 espectadores en las representaciones extraordinarias, y 40,000 personas en las grandes fiestas. — Hé aquí un proyecto colosal; vamos á ver si se anima y le adopta alguno de los nuevos empresarios.

MARIANO URRABIETA.

Predicciones fatídicas.

Entre los famosos horóscopos y predicciones inéditas del alquimista y filósofo mallorquin Raimundo Lulio, que recientemente se han hallado por casualidad en un barato de libros de Barcelona, ha adquirido un amigo nuestro (dice el periodico la *España*) las siguientes profecías, que por su novedad é interés práctico nos han parecido dignas de que vean la luz pública. Hélas aquí.

UN CELEMIN DE VERDADES, PARA EL FUTURO SENTIDO
COMUN DE ESPAÑA.

Los caliches madrileños degenerarán tanto física y moralmente de sus predecesores los *manolos*, á causa de la higiene pública y privada, que llegará un día en que se vean sustituidas las tabernas por otras tantas tiendas de aceite de higado de bacalao.

España se convertirá, andando el tiempo, bajo el punto de vista higiénico y de policía municipal, en una gran casa de Tócame-Roque, cuyo patio de vecindad será la Coronada Villa.

Los agujeros de yeso (vulgarmente nichos) de todos los camposantos españoles, pero muy especialmente los de Madrid, serán otros tantos peveteros, que lanzarán sin interrupcion hediondos y mortíferos gases sobre los infelices habitantes de la villa, que al fin acabarán por hacer el oso ante la ciencia futura, á fuerza de tenerle por tanto tiempo pintado en su heráldica municipal.

El pan estará amazotado y falto de peso. Los alimentos serán bravios y de difícil digestión por los malos ganados, ó lo que es lo mismo, por las malisimas prácticas agrícolas, gracias á la ignorancia oficial y consultiva que sobre este punto dominará en el país.

Breve reseña, en prueba de esto, de lo que acontecerá entre un individuo que coma y el pedazo de carne comible.

Caracteres del manjar: duro y fibroso; color rojo de chocolate; diez pulgadas de espesor, y consistencia de suela. Acto del sacrificio: toma el paciente con el tenedor el adoquin en cuestión, y llevándosele á la primera oficina del gobierno digestivo, entáblase allí desesperada lucha entre los dientes y la terca piltrafa, que á fuerza de sobo y mas sobo con los incisivos, concluye por dejar un despojo de esparto muscular, y aquí te quiero ver escopeta; el prójimo, que en este momento se cambia en rumiante, siente el instinto de extraer por masticación algo mas de sustancia nutritiva de aquel estropajo, y redobla el esfuerzo, hasta que fatigado de tan sin igual pelea dice para sus adentros: *á Roma por todo*, y se traga la pelota; que por supuesto se queda en el tejado, es decir, en el estómago, y allí es ella, sobre todo para las personas de débil constitucion. En fin, sufre con la fiebre del boa repleto los horrores de la digestión, hasta que por último sale la susodicha pelota del tejado de marras, causando el mismo destrozo, poco mas ó menos, á la salida, que originó al caer en él.

En todos los países civilizados se sacrificará al interés general el individual: en España sucederá lo contrario: se harán de las aceras públicas patios, tiendas, ó salones de conversacion, obligando al transeunte á que se vaya por medio del arroyo, y por supuesto todo ello sancionado por la presencia de los agentes de la autoridad que estarán allí y en las esquinas como la estatua del condestable en el *Convidado de piedra*.

No sabrán andar los habitantes de la Coronada Villa; por cuya razon habrá cada codazo y encontron que cantará el misterio.

El análisis probable de una arroba de carbon será en el año 64 del siglo XIX la siguiente:

Análisis centesimal.

Agua.	60,00
Tierra y piedras.	20,00
Tizos.	10,00
Carbon.	5,00
Merma de peso.	5,00
Total.	100,00

El vino contendrá además del agua bautismal histórica, plomo, yeso y campeche.

El vinagre, pimienta, aceite de vitriolo y un poquito de arsénico.

La manteca amarilla, ocre, cromato de plomo ó yoduro de idem.

Los cigarros, creosota y alcali volátil.

La grasa blanca llevará el sello de toda la suciedad emblemática del bondadoso animal, antitesis de la higiene; en efecto, cuanto mas rodeado de porquería *mas rollizo y feliz se encuentra el cerdo*.

En muchos casos, dependerá la salud de un enfermo ó la vida de un niño de una copa de leche; y sin embargo la falta de vigilancia en la alimentación pública hará que el enfermo sucumba y el niño muera; porque en vez de llevar á su organismo los elementos nutritivos que el médico juzga que hay en la leche, la inocente picardía del rústico expendedor habrá hecho de ella un brebaje indigesto, cuando no altamente nocivo. Entiéndase que todo esto será sin contar las leches que ya por si vienen alteradas, bien sea por la enfermedad de las reses que las secretan, ó bien por las malas condiciones higiénicas en que viven.

Siendo España un faldoncito de la extensa camisa de Africa, serán siempre mis compatriotas algun tanto holgazanes, y sustituirán en política la ciencia y la virtud pública y privada por las condiciones naturales del país, esto es, *la fuerza muscular del brazo, la cháchara meridional, ó la coplera literatura*. Las consecuencias de este sistema serán: el atraso, la teocracia militar ó la de golillas, y por último, una barbarie con intermitencias de lucidez ideal.

El alumbrado público será uno de los mas caros y malos de Europa, originando por su defectuosa depuración no escaso número de enfermedades.

Los árboles de Madrid y sus contornos (exceptuando el Retiro), serán preciosos ejemplares botánicos de sífilis vegetal.

Se gastarán millones en cuarteles, pero en cambio no tendrá edificios ni medios de enseñanza la primera facultad científica de España.

Habrà embajadores á quienes se les dará con largueza 10 ó 12,000 duros para dietas: en contraposición de esto habrá profesores de las ciencias físicas y químicas, que son las verdaderas fuentes de la riqueza pública, que estarán á dieta de medios de enseñanza, ó bien los tendrán tan escasos y mezquinos, que solo podrán adquirir con ellos fósforos ó cordilla para el gato que haya de mantener sus desalquilados gabinetes libres de fecundos roedores.

Habrà planes de enseñanza, que serán la degeneración física é intelectual de los niños españoles, quienes tendrán que sostener en la mas tierna y critica edad un duelo á muerte entre su limitado desarrollo físico juntamente con su temperamento meridional, en donde todo es imaginación, y la aridez, tensión y dificultades sin cuento de los estudios que deben adquirir. Por eso se les verá serles casi insuperables el latin y las matemáticas, que exigen otra edad ó temperamento, mientras que correrán como con patines por la geografía é historia, muchísimo mas en armonía con sus condiciones infantiles y raza meridional.

Los pollos serán en el siglo XIX una variedad de citrato de magnesia: la degeneración de la especie será muy notable. En 1801 se vestirán de frailes ó de cautivos en las minervas; en 1837 de milicianos nacionales; despues de trobadores; y en 1864 tomarán la forma de periodistas hortericiformes.

Por último, y esta es la mas triste predicción: muchos de los males que anuncio en este mi escrito tendrán tardía cura; siendo en no escaso número los que jamás hallarán remedio.

RAIMUNDO LULIO.

Menorca año 1225.

Paris y Lóndres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

La excelente aya tenia costumbre de afectar una gran indiferencia por todo lo que le interesaba vivamente, y de aventurar el objeto de sus inquietudes como por casualidad y en medio de una multitud de digresiones que demostraban que lo que tenia que decir era de escasa importancia.

— Quisiera saber, doctor, si saldremos pronto de esta maldita ciudad.

— Temo que no, señora Pross, porque nuestra partida precipitada podria ser peligrosa para Carlos.

— Bien, bien, dijo con rostro risueño la anciana que reprimió un suspiro dirigiendo una mirada á los cabellos dorados de Lucia. ¡Cómo ha de ser! Tendremos paciencia; llevaremos la cabeza levantada y derrocaremos al enemigo, como decia mi hermano Salomon. No os movais, niña, no os movais.

Y salieron dejando á Lucia, á Carlos, al doctor y á la niña cerca de la chimenea, esperando de un momento á otro á M. Lorry.

La señora Pross habia encendido una luz antes de salir, pero la habia colocado en un ángulo para que la familia pudiera disfrutar de la claridad de la llama de la chimenea. La tierna Lucia estaba al lado de su abuelo, cuyo brazo tenia entre los suyos, y el doctor, hablando en voz baja, principió á contarle la historia

de una hada poderosa que habia hecho caer las paredes de una cárcel para libertar un cautivo que en otro tiempo le habia prestado un servicio.

La calma reinaba, no tan solo en la habitacion del doctor, sino tambien en toda la vecindad, y Lucia principiaba á tranquilizarse.

— ¿Qué es eso? preguntó de pronto.

— Hija mia, dijo el doctor que interrumpió su historia y tomó le mano de Lucia, no te dejes dominar así por tus impresiones. Nunca te he visto tan nerviosa; el ruido mas insignificante te hace estremecer. ¿Qué se ha hecho el valor que tenias en otro tiempo?

— He creído oír pasos en la escalera, dijo excusándose con voz trémula.

— No, hija mia; nunca ha estado la casa tan quieta. Mientras pronunciaba estas palabras llamaron con fuerza á la puerta.

— ¡Oh! ¡padre, ocultémosle! ¿Le salvarás, padre mio?

— No temas, dijo el doctor levantándose; le salvaré. Pero ¿quién puede amenazarle? Déjame que vaya á abrir.

Tomó la luz, cruzó los dos aposentos que precedían á la sala y abrió la puerta de la escalera.

Se oyó entonces sordo rumor de pasos en el recibimiento, y cuatro hombres armados de sobles y pistolas entraron en la sala donde estaba Carlos con su mujer.

— ¿Quién es el ciudadano Evremont? dijo uno de ellos.

— ¿Qué queréis? preguntó Carlos.

— Le buscamos, respondió el patriota; pero eres tú, te conozco; estabas esta mañana en el tribunal. Eres preso de la República.

Los cuatro hombres rodearon á Carlos, á quien se asian Lucia y su hija.

— ¿En virtud de qué orden y por qué crimen se me prende otra vez?

— Lo sabrás mañana, porque mañana te juzgarán; pero por de pronto sigúenos á la Conserjería.

El doctor, que petrificado con tan inesperada visita parecia una estatua, se adelantó al oír estas palabras, puso la luz sobre la mesa, miró al patriota, y cogiéndole sin violencia por la pechera de la camisa, le preguntó:

— Le conoceis; pero ¿me conoceis á mí?

— Perfectamente, ciudadano.

— Todos te conocemos, ciudadano, repitieron los tres.

El doctor le miró con ademan distraido, y dijo en voz baja despues de un momento de silencio:

— ¿Porqué le prendeis?

— Ciudadano doctor, respondió el primer patriota con visible repugnancia, ha sido denunciado á la seccion de San Antonio.

Y volviéndose hácia uno de sus compañeros, añadió:

— Este ciudadano podrá decirnoslo que es del barrio. El ciudadano que indicaba hizo un ademan afirmativo.

— ¿De qué se le acusa? continuó el doctor.

— No lo preguntéis, ciudadano. Si la República exige de vos un sacrificio, sabemos que sois buen patriota para hacerlo sin vacilar. La República ante todo, y nadie ignora que el pueblo es soberano.

— Una palabra tan solo, repuso el doctor con voz suplicante: ¿quién le denuncia?

— Es contra la regla, pero preguntásele al patriota del barrio.

M. Manette miró al vecino del arrabal de San Antonio que se frotó el dorso del pié derecho con el pié izquierdo, se estiró la barba y dijo por fin:

— En verdad que es contra la regla, pero os lo diré todo. Le han denunciado...

Se interrumpió, y tras algunos momentos de silencio, continuó con tono mas grave:

— En primer lugar el ciudadano y la ciudadana Defarge, y en segundo lugar... otra persona.

— ¿Quién es?

— ¿Vos lo preguntais, ciudadano?

— Sí.

— Pues bien, respondió el vecino de San Antonio con una mirada extraña, mañana lo sabreis, pero hasta entonces seré mudo.

CAPITULO VIII.

EL ESPIA.

La señora Pross pasó por las angostas calles que conducian al Sena, y cruzó el Puente Nuevo repasando en su memoria los objetos que tenia que comprar y sin sospechar la nueva desgracia de sus amos. Ferry iba á su lado con el cesto en la mano, y los dos miraban de derecha á izquierda en las tiendas, desviándose para no encontrarse con los individuos parados en la calle ni con los grupos donde se hablaba con animacion.

El frio era intenso, y en el rio cubierto de niebla las luces brillantes y el ruido de voces agudas indicaban la estacion de los barcos donde se fabricaban fusiles para los ejércitos de la República. ¡Desgraciado del que hubiera intentado hacer traición á estos ejércitos en los cuales el mérito no correspondia á la graduacion que se ocupaba! Mas le hubiese valido morir antes de llegar á la edad en que nace la barba, porque muy pronto le habria afeitado la guillotina.

Despues de hacer varias compras en la droguería, la señora Pross se acordó que le faltaba vino. Continuó pues su correría, y examinando con la mirada el fondo

de todas las tabernas, se paró en la de Bruto el buen republicano, situada a dos pasos del Palacio Nacional (que se llama hoy las Tullerías como antes de la revolución).

Reinaba en esta taberna una tranquilidad relativa, y aunque dominaban los gorros patrióticos, el interior estaba menos rojo que el de las otras tabernas que el aya había encontrado al paso. Habiendo consultado a Ferry, que fue de su misma opinión, la señora Pross entró seguida de su escudero en la taberna de Bruto el buen republicano sin hacer caso de los humosos quinques, ni de los hombres que, con la pipa en la boca y el gorro en la cabeza, jugaban con naipes sucios ó dominós amarillentos, ni del jornalero que, con los brazos desnudos, el pecho descubierto y la cara ennegrecida, leía en voz alta el periódico; sin mirar a los que le escuchaban, ni las armas que llevaban los bebedores ó que estaban arrimadas a la pared, y finalmente, sin ver a los dos ó tres hombres que, tendidos en el suelo y cubiertos con la chaqueta negra y peluda que era entonces de moda, parecían enormes perros de presa dormidos.

Mientras el tabernero llenaba las botellas, un hombre sentado delante de una mesa en el extremo opuesto de la tienda, se despidió del compañero con quien había bebido y se dirigió hacia la puerta. Para salir era preciso pasar cerca del mostrador, y cuando llegó a él, la señora Pross cruzó las manos y lanzó un grito penetrante.

Todos los que se hallaban en la tienda se levantaron al momento.

Suponian que acababan de asesinar a alguno; pero en vez de una víctima tendida en el suelo, vieron un hombre y una mujer que en pie y cara a cara se miraban con sorpresa. El hombre tenía el exterior de un excelente patriota, y la mujer, no era posible equivocarse, era una inglesa.

Las palabras vehementes que el chasco inspiró a los parroquianos de Bruto hubieran sido griego para la señora Pross y su escudero aun cuando hubieran prestado oído, pero ni uno ni otro oían ni veían nada, porque el asombro de Cruncher corría parejas con el del aya.

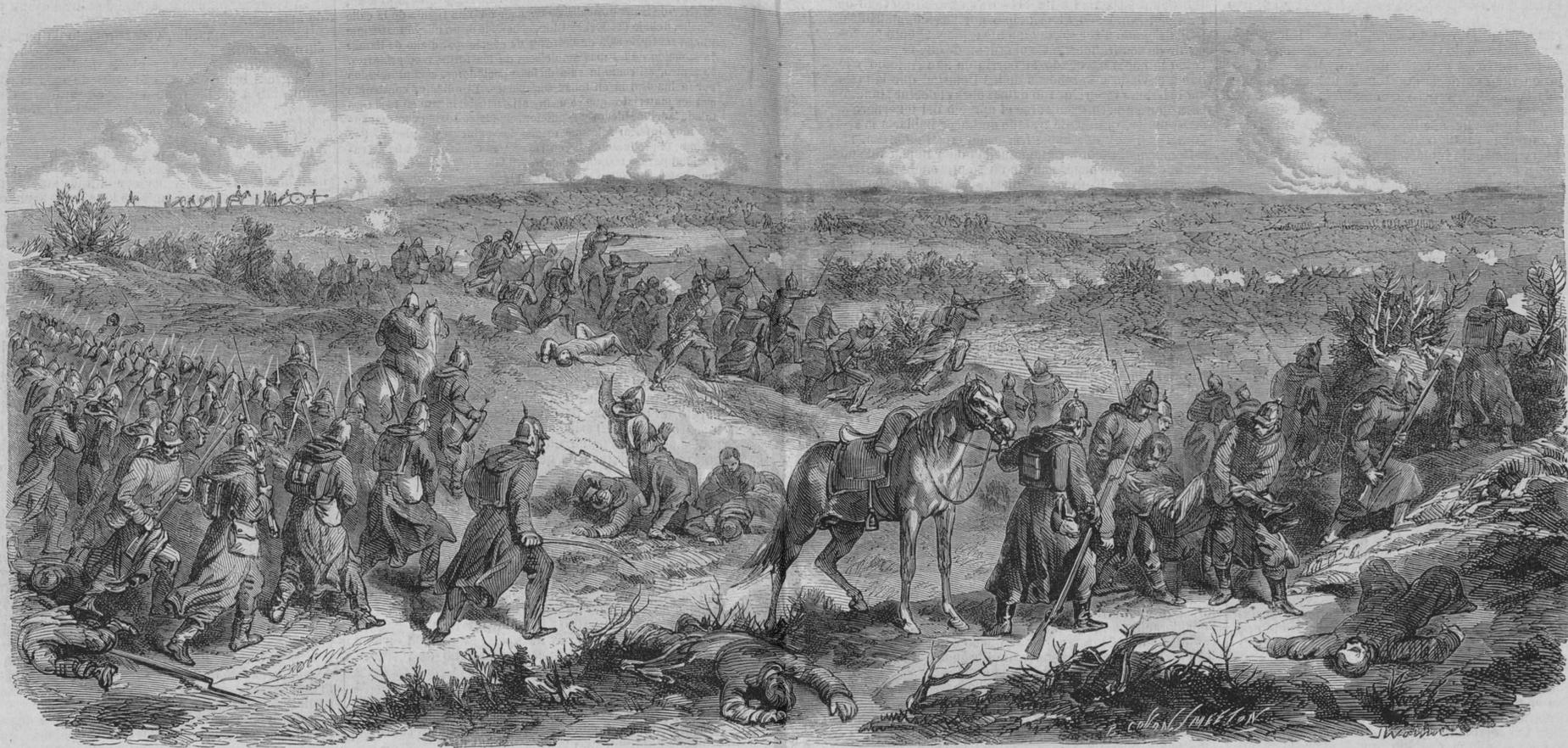
— ¿Qué tenéis? dijo en inglés y en voz baja el hombre que causaba su asombro.

— Querido Salomon? exclamó la señora Pross. ¡Encontrarte aquí después de tanto tiempo sin tener noticias tuyas!

— ¿Deseas mi muerte? dijo el hombre con terror.

— Hermano mio, repuso la anciana prorumpiendo en llanto, ¿merezo acaso que me hagas semejante pregunta?

— Deten al menos la lengua. Si tienes que decirme



SUCESOS DE DINAMARCA. — La batalla de Missunde.

alguna cosa, salgamos: me hablarás en la calle. ¿Quién es este hombre?

La señora Pross respondió moviendo la cabeza y mirando a su hermano con cariño:

— Es el señor Cruncher.

— Que salga con nosotros, dijo Salomon. ¡Cómo me mira! ¿Me toma acaso por algun fantasma?

Era muy posible.

Sin embargo Ferry no respondió, y examinando el aya los rincones del saco, acabó por hallar el bolsillo y pagó el vino que entregaba a Cruncher.

Salomon daba en tanto a los concurrentes una explicación que pareció satisfacerles, y cada cual volvió a su puesto y continuó jugando ó bebiendo.

— ¿Qué quieres? preguntó Salomon parándose en una esquina.

— ¡Qué doloroso es, exclamó la señora Pross, ser recibida así por un hermano a quien siempre he querido tanto!

— ¡Qué diablos! replicó Salomon abrazando a su hermana. Vamos... ¿estas contenta ahora?

La señora Pross movió la cabeza y continuó llorando.

— Si crees haberme sorprendido hace un momento, te equivocas, dijo el hermano; sabía que estabas en París, conozco a casi todos los habitantes de esta ciudad, y si no tienes intención de causar mi muerte, como estoy tentado a creer, sigue tu camino, ocúpate de tus negocios y déjame que me ocupe de los míos. No puedo perder tiempo, soy empleado público.

— ¡Mi propio hermano, exclamó la señora Pross alzando al cielo los ojos llenos de lagrimas, Salomon, el que podía prestar los servicios mas eminentes a su patria natal, admitir empleos en un pueblo extranjero! ¡Y qué pueblo!... Preferiría verle sin aliento...

— No me equivocaba, dijo Salomon interrumpiéndola, quiere mi muerte; va a hacerme sospechoso en el momento en que principiaba a prosperar.

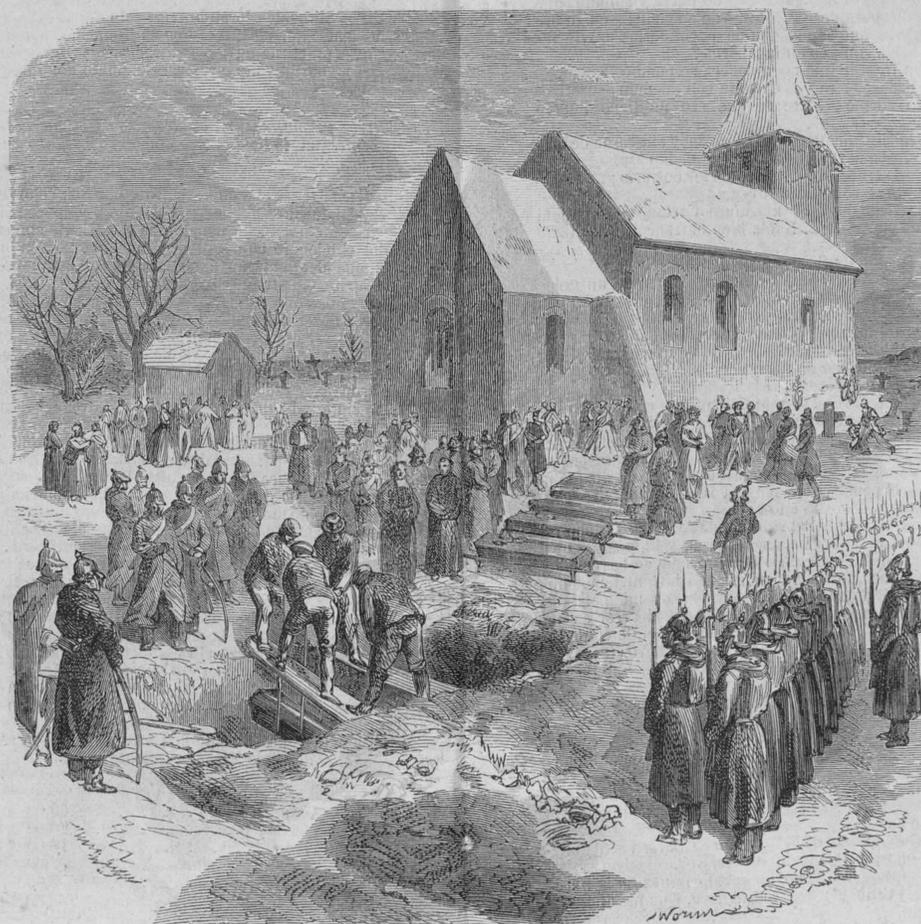
— ¡El cielo aleje de mí tal pensamiento! dijo la señora Pross. Preferiría no volverte a ver en toda mi vida, querido Salomon, y Dios sabe cuanta sería mi pena. Respóndeme una sola vez con cariño, dime que no estas enojado, y me alejo en seguida.

¡Excelente mujer! ¡Como si hubiera merecido el desden de su hermano, como si no se supiera que un día — habían pasado ya algunos años — el perillan había abandonado a su hermana después de gastarle todo el dinero que tenía!

Sin embargo, Salomon concedió la palabra cariñosa que le pedía su hermana, y acababa de decirlo con el aire de protección y condescendencia que hubiera tomado a haberse cambiado los papeles, cosa muy común en este mundo, cuando Ferry Cruncher le tocó en el



Heridos trasportados al hospital de sangre después de la batalla de Missunde.



Entierro de los soldados muertos en Missunde.



Entrada en Berlin de los cañones tomados a los dinamarqueses.

hombro y le dirigió con voz ronca esta pregunta imprevista:

— ¿Puedo preguntaros si os llaman John Salomon ó bien Salomon John?

El funcionario se volvió con presteza y miró al inglés con desconfianza.

— Hablemos con franqueza, señor mio, continuó Cruncher. Ella os llama Salomon, y debe saber lo que se dice porque sois su hermano, pero yo os conozco con el nombre de John: ¿cuál de los dos precede al otro? En cuanto al apellido Pross, me consta que ni siquiera en Londres lo usabais.

— No os entiendo; ¿qué queréis decir?

— ¿No me entendeis, eh? Pues lo confesaría inmediatamente si pudiera acordarme del nombre con que os conocían en Inglaterra.

— ¿Y qué nombre es ese? preguntó John burlándose de Cruncher.

— Era un nombre de dos sílabas.

— ¿No sabeis mas?

— Y el de vuestro compañero solo tenía una sílaba. Os conozco; serviais de espía y de testigo falso en el tribunal. En nombre del espíritu de la mentira vuestro padre, ¿cómo diablos os llamaban entonces?

— Barsad, dijo un individuo acercándose al grupo.

— ¡Barsad... sí, sí; Barsad! exclamó Ferry; ese es el nombre que buscaba.

El individuo que lo había pronunciado era M. Cartone.

Estaba al lado de Ferry con las manos debajo del gaban y cruzadas en la espalda, con tanta indolencia como en otro tiempo en Old-Bailey.

— No os asustéis, señora Pross; llegué ayer tarde con gran sorpresa de M. Lorry, y convenimos que no me presentaría en parte alguna, á no ser en un caso indispensable. Si me he acercado ahora á saludaros es porque necesito hablar con vuestro hermano. Siento, señora Pross, que no tenga otro empleo que el de *carnero* de los presos.

Se designaba así, y el apodo se ha perpetuado, á los individuos encargados en aquella época del espionaje de las cárceles.

John Barsad se puso pálido como un cadáver y balbuceó:

— ¿Cómo... os atreveis?...

— No os acaloreis, buena pieza, le dijo Cartone. Estaba mirando hace una hora las paredes de la Conserjería en el momento que saliais de la cárcel, y por una casualidad pasásteis por mi lado. Cuando he visto una cara una vez ya no se me despinta, y la vuestra es muy notable para que pueda borrarse de la memoria. Habiendo entrado en curiosidad, quise saber de qué clase eran vuestras relaciones con las cárceles francesas, y os seguí hasta la taberna. Allí me senté detrás de vos, y pude deducir de vuestras palabras y de los elogios que os hacían cuál era la categoría de vuestro empleo. Este descubrimiento ha convertido paulatinamente una idea vaga que había concebido en un proyecto en toda regla, señor Barsad.

— ¿Qué proyecto? preguntó el espía.

— Sería peligroso explicároslo aquí. ¿Me hareis el favor de acompañarme hasta un sitio seguro, á casa de Tellson por ejemplo?

— ¿Con amenaza de?...

— ¿Quién os habla de amenaza?

— ¿Porqué he de ir si nada me obliga?

— No sé si podreis negaros.

— Sabeis mucho mas de lo que decís, repuso el espía con inquietud.

— Teneis talento y penetración, señor Barsad; sé en efecto muchas cosas.

La indolencia de Cartone le servía poderosamente en esta circunstancia, tomados en consideración el designio que abrigaba y el hombre con quien tenía que tratar. Lo conoció y no dejó de aprovecharse.

— No en vano temía que me pondrias en un conflicto, dijo el espía mirando á su hermana; si esto para en mal, tú habrás sido la causa.

— Señor Barsad, repuso Cartone, no seais ingrato; á no ser por el respeto que me merece vuestra hermana, os hubiera tratado con menos miramientos y sabriais ya la proposición que tengo que haceros. ¿Venís á casa de Tellson?

— Sí; deseo saber lo que teneis que decirme.

— Acompañemos primero á la señora Pross á su casa. Señora Pross, aceptad mi brazo; sería peligroso dejaros volver sola, porque como Cruncher conoce á Barsad, importa que venga conmigo.

La señora Pross recordó hasta el último día de su vida que en el momento de apoyarse en el brazo que se le ofrecía y de mirar al señor Cartone implorándole por el indigno Salomon, vió en los ojos cuya mirada buscaba una firmeza y un entusiasmo que desmentaban la indolencia habitual del abogado y le trasformaban completamente; pero estaba entonces muy ocupada en su hermano para detenerse en hacer esta observación.

Cuando llegaron á la casa del doctor, se separaron de la señora Pross los tres individuos que la acompañaban, y se dirigieron al palacio que habitaba Tellson y que se hallaba á corta distancia.

M. Lorry acababa de levantarse de la mesa y miraba la llama clara y viva que chisporroteaba en la chimenea. Tal vez buscaba en sus lenguas de fuego el retrato de aquel agente de Tellson que en otro tiempo se había sentado delante del hogar de la fonda del Rey Jorge.

Volvió la cabeza cuando abrieron la puerta y manifestó alguna sorpresa al ver un extraño.

— El hermano de la señora Pross, John Barsad, dijo Cartone.

— ¡Barsad! repitió el anciano, ¡Barsad! Recuerdo vagamente haber oído ese nombre, y no me son desconocidas las facciones de este caballero.

— No en vano os decía que teniais una cara que no se olvida facilmente, repuso con indiferencia Cartone. Sentaos, John Barsad.

Y dándole una silla, añadió con ademan severo:

— Figuró como testigo en el proceso de alta traición. M. Lorry se acordó inmediatamente y miró al testigo falso con una repugnancia que no disimuló.

— La señora Pross ha encontrado en el señor Barsad al hermano de quien le habeis oído hablar con tanto cariño, y él ha reconocido el parentesco, dijo Cartone. Pero hablemos de negocios mas tristes: Darnay está otra vez preso.

— ¡Qué decis! exclamó el anciano lleno de consternación. Apenas hace dos horas que me he separado de él y estaba libre sin la menor inquietud, y ahora iba á verle.

— Pues está preso. ¿A qué hora han ido á prenderle, Barsad?

— Tal vez no ha llegado aun á la cárcel.

— John Barsad es sobre este punto una excelente autoridad, dijo Sydney, pues por él he sabido la noticia que comunicaba á uno de sus amigos con quien bebía una botella. «He dejado, decía, los cuatro hombres encargados de prenderle en la puerta de la casa que habita, y les he visto entrar.» Ya veis que la noticia es auténtica.

La mirada práctica de M. Lorry vió en el rostro de Sydney que era inútil insistir sobre este punto, y que la prisión era indudable. Conmovido con tan inesperada nueva, pero conociendo que tenía necesidad de toda su sangre fría, el excelente anciano dominó su agitación y prestó oído atento á las palabras de Sydney.

— Espero, repuso este, que el nombre y la influencia del doctor producirán mañana... ¿No habeis dicho que mañana se sentenciaría al preso, señor Barsad?

— Lo supongo.

— Espero que la influencia de M. Manette producirá mañana el mismo efecto que hoy; pero es posible que suceda todo lo contrario, y hasta me inquieta el pensar que no hayan avisado al doctor.

— Es probable que nada sabia, dijo M. Lorry, pues á no ser así...

— Eso es precisamente lo que me alarma; no comprendo porqué no le han dado parte de un negocio que le interesa tan personalmente.

— Es verdad, dijo el anciano que se llevó la mano trémula á la barba y miró con ansiedad á Cartone.

— En una palabra, hemos llegado á una época en que solo puede ganarse el juego haciendo esfuerzos desesperados, dijo Sydney. Dejemos al doctor las cartas mejores y me reservo toda la parte perdida. La vida es tan insegura que ya no tiene valor alguno. Esta noche os llevan en triunfo y mañana os condenan á muerte, y perdereis el dinero un momento despues de entregarlo por vuestro rescate. Mi puesta en el juego es la existencia de un amigo, y John Barsad es el adversario que me propongo ganar.

— Necesitais muchos tantos para ganar la partida, replicó el espía.

— Juguemos pues. Ya sabeis las cartas que tengo en la mano. Pero antes de principiar la partida, quisiera, señor Lorry, que me dierais con qué remojar la garganta, y que sea un licor fuerte... Ya sabeis que soy un gran bebedor.

Le presentaron aguardiente, bebió un vaso, despues otro, y alejó la botella con ademan pensativo.

— Señor Barsad, añadió como si verdaderamente tuviera cartas en la mano, *carnero* entre los presos, emisario de los comités de la república, hoy carcelero, mañana preso, delator siempre y tanto mas apreciado como espía en cuanto un inglés tiene menos probabilidades de ser seducido por quien se interesase en compraros, á pesar de circunstancias tan ventajosas habeis ocultado vuestro nombre á los que os ocupan. ¿Qué os parece de esta carta? Barsad, hoy al servicio de la república francesa, era en otro tiempo el alma condenada del gobierno aristocrático de Inglaterra, enemigo de la Francia y de la libertad. ¿No es excelente esta carta? Por lo cual es fácil probar como dos y dos son cuatro á los custodios vigilantes de la nación, que dicho John Barsad, pagado aun por el gobierno inglés, es un espía de Pitt, traidor á la república francesa y el agente de todos los males de que se habla sin saber la causa. Este triunfo no se mata con ninguna baza. ¿Habeis visto bien mi juego, señor Barsad?

— ¿Qué intentais? preguntó el espía con inquietud.

— Vais á verlo, respondió Sydney. He jugado el as: denuncia de John Barsad al comité mas inmediato. ¿Qué carta tirais? Examinad vuestro juego, señor Barsad.

Llenó el tercer vaso de aguardiente que apuró de un trago.

El espía tuvo miedo de que se embriagara y fuera inmediatamente á denunciarle. Cartone lo advirtió, y llenándose otro vaso, dijo despues de beberlo:

— Mirad vuestras cartas, señor Barsad, pero no os deis prisa sobre todo.

El juego que tenía Barsad era muy pobre, mas pobre de lo que se imaginaba Cartone, el cual no veía las cartas falsas de su adversario. Destituído del honorífico cargo que desempeñaba en Londres por haber sufrido muchos percances en materia de falsos testimonios (los motivos que tiene la Gran Bretaña para vanagloriarse de la superioridad de sus espías son de fecha reciente),

había pasado el estrecho para entrar al servicio de Francia. Empleado al principio por sus compatriotas, había llegado á ser gradualmente espía y agente provocador de los franceses. Se acordaba de que el gobierno caído le había agregado al barrio de San Antonio y le había enviado á la taberna de los Defarge, que la policía le había proporcionado datos sobre el doctor Manette para que pudiera granjearse el aprecio del tabernero y de su mujer, que había tratado de hacer hablar á la señora Defarge y que había fracasado en su empresa. Se estremecía al recordar que aquella mujer implacable no había cesado de hacer calceta en su presencia mientras le miraba con expresion siniestra, porque posteriormente la había visto muchas veces sacar su faja de punto de media en la seccion de San Antonio y leer en sus dibujos la acusación de individuos entregados á la guillotina. Sabía, como todos los de su calaña, que era imposible la fuga, que estaba enlazado al cadalso, y que á pesar de su adhesión al nuevo régimen, bastaría una sola palabra para hacer rodar su cabeza. Una vez denunciado, veía á la señora Defarge, cuyo carácter conocía, desplegar su fatal registro y descargarle el último golpe. Todos los espías se asustan fácilmente; pero es preciso confesar que había en las cartas de Barsad una aglomeración muy siniestra de puntos de un mismo palo para motivar el terror del que las jugaba.

— Me parece que no estais muy contento de vuestro juego, repuso Sydney con calma.

— Caballero, dijo el espía volviéndose á M. Lorry con expresion vil y rastrera, apelo á vuestra edad y á vuestro carácter generoso para replicaros que preguntéis á este jóven, que estoy seguro de que os escuchará, si cree poder jugar el as de que me hablaba hace un momento. Confieso que soy un espía, y convengo en que es un empleo poco honorífico — sin embargo, alguno lo ha de desempeñar — pero este caballero tiene sobrado honor para dedicarse á semejante oficio.

— John Barsad, dijo Cartone que se encargó de la respuesta y sacó el reloj, voy á jugar el as dentro de cinco minutos y lo haré sin escrúpulo.

— Hubiera esperado, señores, respondió Barsad esforzándose en atraer á M. Lorry á la discusión, que por consideración á mi hermana...

— Creo que de ningún modo puedo demostrarla mejor el interés que me inspira que librándola de su hermano, dijo Sydney interrumpiéndole.

— No pensais lo que decís, caballero.

— Estoy resuelto.

El espía, cuya humildad formaba un vivo contraste con el traje que llevaba y sin duda con sus maneras habituales, quedó tan desconcertado al ver la formalidad de su adversario, que balbuceó dos ó tres palabras ininteligibles y no terminó la frase.

— Encuentro una carta que no había visto aun, dijo Sydney despues de un instante de silencio: ¿quién era ese *carnero* que se alababa de paecer en las provincias y que bebía con vos en la taberna?

— Un francés que no conoceis, respondió Barsad.

— ¿Francés? repitió Cartone con ademan pensativo.

— Lo afirmo; fuera de que eso no tiene importancia.

— Probablemente, continuó Sydney sin cesar de meditar; sin embargo, yo conozco aquella cara.

— No lo creo; estoy seguro de lo contrario; no puede ser, se apresuró á decir el espía.

— ¿No puede ser? murmuró Cartone llenando el vaso; no puede ser... Habla bien el francés, pero tiene acento.

— No es de Paris.

— Es un extranjero, gritó Cartone dando un golpe sobre la mesa, es Cly; ahora lo recuerdo; estaba con vos en Old-Bailey.

— No os precipiteis, caballero, dijo Barsad con una sonrisa que aumentó la oblicuidad de su nariz aguileña; acabais de incurrir en un renuncio.

— Pues no paso.

— Os enseñaré el triunfo. Mi antiguo compañero Roger Cly murió hace doce ó quince años, y fué enterrado en Londres en el cementerio de San Pancracio de los Campos. Recibí su postrer suspiro, y le hubiera acompañado á su última morada, á no ser por cierto motin que hizo el populacho con motivo de sus funerales, pero yo mismo lo deposité en el ataúd.

M. Lorry vió desde el sitio donde se hallaba dibujarse una sombra fantástica en la pared, y buscando quién podía causarla, descubrió que procedía de los cabellos de Cruncher que se habían erizado instantáneamente.

— Permitted que os dé una prueba de mis palabras, continuó el espía. Puedo demostraros el error en que estais presentándoos la certificación del entierro de Roger Cly, documento que por casualidad llevo en mi cartera. Miradlo; dignaos leerlo, porque está en regla y debidamente legalizado.

M. Lorry vió crecer la sombra de la pared y aparecer á Cruncher que se acercó sin ser visto por Barsad, y dijo dando un golpe en el hombro al espía:

— ¿Sois vos, señor mio, el que puso en el ataúd á Roger Cly?

— Sí, yo.

— ¿Podéis decirme, añadió con ademan sombrío, quién lo sacó?

— ¿Qué queréis decir? balbuceó Barsad sentándose y poniéndose pálido como un cadáver.

— Que Roger Cly no ha estado nunca en la huesa, respondió Cruncher con voz lúgubre. Que me ahorquen si miento.

El espía miró á Cartone y á Lorry, que por su parte miraban á Cruncher con creciente sorpresa.

— Lo que pusisteis en el ataúd no era un cadáver, ¡no piedras y tierra.

— ¿Cómo lo sabeis?

— No os importa, murmuró Cruncher. Hace mucho tiempo que os guardo rencor por esa mala pasada. ¡Pues qué! ¿así se engaña a un honrado comerciante? Os ahogaría con gusto por media guinea.

Sydney Cartone y el anciano, asombrados con este incidente, suplicaron a Cruncher que se explicase.

— En otra ocasión será, respondió Ferry con tono evasivo; la época en que nos hallamos no es la mejor para explicaciones. Digo únicamente que Roger Cly no estaba en el ataúd donde este hombre pretende haberlo depositado. Que se atreva a sostener lo contrario aunque no sea más que con un ademán, y le ahogo por media guinea.

Ferry Cruncher creía seguramente hacer una oferta generosa.

— Esto prueba una cosa, repuso Sydney; que mi carta es buena. Señor Barsad, en medio de las sospechas que llenan la atmósfera, os podeis dar por muerto si demuestro que estais aquí en relaciones con otro agente de Pitt, antiguo compañero vuestro, que para engañar mejor a sus enemigos, se hace pasar por difunto y por enterrado. Acusación de conspiración contra la república: es una excelente carta, una carta de guillotina. ¿No jugáis, señor Barsad?

— No, renuncio a la partida. Nuestro empleo es tan mal visto del populacho, que por poco me arroja al agua la canalla en el momento de embarcarme para Francia, y al pobre Cly le hubiera sido imposible partir a no haber concebido la excelente idea de hacerse pasar por muerto. Pero lo que es para mí un enigma que no acierto a comprender, es que este hombre haya podido descubrir el fraude.

Ferry Cruncher no pudo menos de dar una nueva prueba de su liberalidad ofreciéndose a estrangular al espía por cinco chelines.

Este se volvió, y dijo con aire más resuelto dirigiéndose a Cartone:

— No puedo perder tiempo, estoy de servicio, y es forzoso que me aleje. Si teneis que hacerme alguna proposición, habládme pronto. No me exijais nada que tenga relación con mi empleo, porque me expondríais a una muerte segura, y preferiría negarme rotundamente a engañar a mis superiores. Habláis de rasgos de desesperación, y creo que todos seguimos un juego desesperado. Pensado bien, porque yo también puedo denunciaros, jurar lo que quisiera, y perderos inmediatamente. ¿Qué teneis que pedirme?

— Un servicio insignificante. ¿Sois carcelero en la Conserjería?

— Ya os he dicho que una evasión es imposible, dijo Barsad con firmeza.

— ¿Quién os habla de evasión? ¿Sois carcelero en la Conserjería?

— Algunas veces.

— ¿Podeis serlo cuando quereis?

— Entro en la cárcel.

Sydney llenó el vaso y lo vació lentamente en la chimenea.

Cuando cayó la última gota, se levantó y dijo a Barsad:

— Os he hecho venir aquí, porque importaba que tuviere testigos del valor de mis cartas. Pasemos ahora a aquel aposento. No necesitamos luz. Allí os diré lo que exijo de vos.

CAPITULO IX.

¡QUE SE LEAN!

Mientras Sydney Cartone y Barsad estaban en el aposento inmediato, donde hablaban tan bajo que ni siquiera se oía el murmullo de sus voces, M. Lorry miró al tío Cruncher con manifiesto descontento.

El aspecto del honrado comerciante no era en efecto el más propio para inspirar confianza; apoyado ya sobre un pie, ya sobre otro y cambiando continuamente de actitud, examinaba sus uñas con sospechosa atención, y cuando tropezó con la mirada de su amo, se apoderó de él aquella tos especial que le obligaba a ponerse el hueco de la mano delante de la boca, y que no indica jamás un carácter lleno de franqueza.

— Acercaos, Ferry, dijo el anciano.

Nuestro hombre avanzó oblicuamente precedido de uno de sus hombros.

— ¿En qué os ocupabais antes de ofrecer al servicio del público en la puerta de la casa de Tellson?

Después de algunos instantes de reflexión, Ferry tuvo una idea luminosa.

— Era labrador, respondió.

— Tengo motivos para suponer, repuso el anciano agitando el dedo índice con ademán severo, que os habeis valido del apoyo de la casa de Tellson para encubrir un oficio ilegal é infamante. Si es cierto lo que pienso, no esperéis que continúe mis relaciones con vos cuando estemos en Inglaterra, ni siquiera que guarde el secreto. No se dirá que se ha abusado del nombre de Tellson.

— Señor, dijo Cruncher con voz contrita, permitid que espere que un caballero, cuyas órdenes he tenido el honor de ejecutar durante tantos años, se lo pensará dos veces antes de perjudicar a un pobre hombre que ha encañecido en su servicio. Aun cuando fuera cierto — no quiero decir que lo sea — pero suponiendo que lo fuese, no sería toda la culpa mía, pues también les alcanza a los señores médicos que embolsan guineas en un negocio en que un pobre hombre solo recoge ocha-

vos, y hasta maravédises; que van a colocar sus fondos en la banca de Tellson, y al pasar por la puerta guiñan el ojo al pobre hombre que está en el umbral para indicarle que necesitan lo que vos sabeis y yo no diré. Ellos suben en sus coches propios después de engañar a la casa, y son respetados y bien vistos. Además, también está de por medio mi mujer, que invoca al cielo para que se oponga a mi comercio, hasta el punto de que es una ruina, una verdadera ruina. Las mujeres de los médicos no rezan jamás contra la clientela, pues por el contrario, si imploran al Señor, es para que proporcione enfermos a sus maridos. Y además, ¿cómo podrían curar estos a los vivos si no tuvieran muertos? Son culpables también los conductores de los coches fúnebres, los sacristanes y los enterradores, gente atrevida que mangonea en el negocio, y os aseguro que el pobre hombre no se ganaría la vida, ni aun suponiendo que fuese cierto lo que decís. Lo poco que ha ganado no le ha servido por otra parte de mucho; está muy lejos de ser rico, y con gusto abandonaría este tráfico, si pudiera ganarse el pan de otro modo, suponiendo que fuese cierto lo que pensais.

— ¡Basta.... basta! Me causais repugnancia, dijo M. Lorry, que sin embargo principiaba a compadecerle.

— Señor, os suplico humildemente, continuó Cruncher, que aun cuando fuera cierto, y no digo que lo sea....

— No quiero tantos rodeos, dijo el anciano.

— No, señor, no, repuso Cruncher, no mas rodeos; quiero deciros únicamente, que en el banquillo que hay junto a la puerta de Tellson, donde he permanecido tanto tiempo, se sienta mi hijo que en el día es un hombre, y esta dispuesto a recibir vuestras órdenes, a hacer vuestros encargos y todo lo que le mandeis. Suponiendo, señor, que fuera cierto lo que pensais, lo cual estoy muy lejos de afirmar, porque hablo sin rodeos, permitid, señor, que el hijo conserve su puesto en la puerta de Tellson para que con el tiempo pueda ayudar a sus ancianos padres. No le castiguis por las faltas que su padre haya cometido, y valeos de vuestra influencia para que esté desgraciado padre sea nombrado sepulturero y entierre muertos en compensación de los que ha desenterrado. Hé aquí, señor, añadió Cruncher, que se enjugó la frente con la manga en señal de peroración, hé aquí lo que os suplico humildemente. No se ven las cosas espantosas que suceden en esta ciudad respecto a los cadáveres decapitados... — ¡Misericordia divina! su número es tan considerable que su precio ha llegado a ser inferior al porte. — Digo pues, que no se ven tales cosas sin hacer serias reflexiones. Y os suplico que recordéis, señor Lorry, que si he descubierto el hecho en cuestión, es para servir la buena causa, porque hubiera podido callar y no incurrir en vuestro desagrado.

— Eso es cierto, dijo el anciano; doblemos la hoja y no hablemos más del asunto. Es posible que os conserve en mi servicio si lo merecis con vuestra conducta, y si vuestro arrepentimiento se manifiesta, no con palabras, sino con obras.

(Se continuará.)

Los hermanos Schlagintweit

Y SU VIAJE CIENTIFICO A LA INDIA.

(Tercero y último artículo. — Véase el nº 584.)

EL BUDDISMO EN EL TIBET.

El gran viaje científico a la India y a la Alta Asia de que nos hemos ocupado ya en los dos artículos precedentes, no habia sido emprendido sino por tres de los hermanos Schlagintweit, Herman, Adolfo y Roberto. El más joven, Emilio, se habia quedado en Alemania estudiando la lengua tibetana. Sus hermanos recogieron para él durante su expedición muchos materiales y documentos relativos al Tibet y a la religión que domina en este país, esto es, el buddismo. A Emilio le tocó coordinar estas riquezas, y tal es la parte que le corresponde en la magnífica publicación de los hermanos Schlagintweit. De este modo ninguno de sus descubrimientos ha ido a parar a manos extrañas, nada ha salido de la familia: todos ellos han luchado en celo y en ardor para elevar por sí mismos un monumento que será imperecedero.

Emilio Schlagintweit ha publicado su trabajo en un tomo suelto que no es de la misma forma que la obra de sus hermanos y que se puede leer separadamente: *The Buddhism in Tibet* (London y Leipzig, 1863, en 8º). Así como los *Results of a scientific mission* de sus hermanos están acompañados de un Atlas, la obra de Emilio tiene otro que se compone de 20 láminas muy curiosas, y de las cuales reproducimos algunas; debiendo añadir que estos dibujos son de la más exacta fidelidad, pues gracias a un nuevo procedimiento inventado por Herman, y que han usado más de una vez en su viaje los doctos exploradores, se ha podido imitar hasta la naturaleza de las telas en donde estaban representados varios de estos dibujos.

El que quiera conocer el estado actual en el Tibet de la importante religión que se llama el buddismo, no puede consultar un libro mejor que el de Emilio Schlagintweit.

El fundador de esta doctrina es Sakya-Muni. Muchas leyendas circulan con respecto a él, pero todas estas tradiciones se fundan en una base positiva, y las inves-

tigaciones de la ciencia moderna han puesto su existencia fuera de duda. Sin embargo, es difícil fijar la época precisa en que vivió.

El nombre de Sakya-Muni se ha pronunciado a menudo en estos últimos tiempos; mas los que no se hallan familiarizados con las publicaciones de Burnouf, de Barthélemy Saint-Hilaire, Lassen, Weber, Kœppen y Wasiljew, han podido preguntarse: ¿Quién era Sakya-Muni?

Aquel a quien se debe el establecimiento de la religión búddica, hoy muy esparcida en Asia, nació en Kapilavastu en el Gorukpore. Dicese que su padre era rey, el rey Suddhodana (en tibetano Zastang); cuando el nacimiento del niño consultó a los braçmanes sobre los destinos reservados a su progenitura, y estos, después de maduras reflexiones, respondieron que « si el niño quedaba en el estado seglar, vendría a ser un poderoso monarca que reinaría en vastos territorios; pero que si se retiraba del mundo refugiándose en la soledad, llegaría a la más alta perfección del hombre, a la del más sabio ó del Budda supremo, y que en este caso sería un beneficio para el mundo entero. » A consecuencia de esta predicción, el niño recibió el nombre de Siddharta, es decir, fundador.

Siddharta dió desde el principio la prueba de las elevadas facultades que poseía. Antes que le enseñaran el alfabeto, dice la leyenda, sabia ya distinguir todas las letras. En la niñez más tierna demostró una afición decidida a la soledad; huía de los juegos de sus compañeros y se retiraba al fondo de las selvas más sombrías, donde se entregaba a graves meditaciones. Esta conducta no agradaba mucho a su padre, que deseaba hacer de él un rey y no un ermitaño. Hubo una segunda consulta con los braçmanes, y estos afirmaron de nuevo que Siddharta abandonaría seguramente los ricos palacios para vivir como un asceta, sobre todo si se ofrecían cuatro cosas a su vista, a saber: la imagen de la decrepitud, la de la enfermedad, un cadáver y un ermitaño. Es muy difícil que el hombre no tropiece nunca en la tierra con el espectáculo de la enfermedad y de la muerte: para esto habría que suponer un ser desprendido de todas las miserias humanas, completamente feliz, un ser humano que no existe.

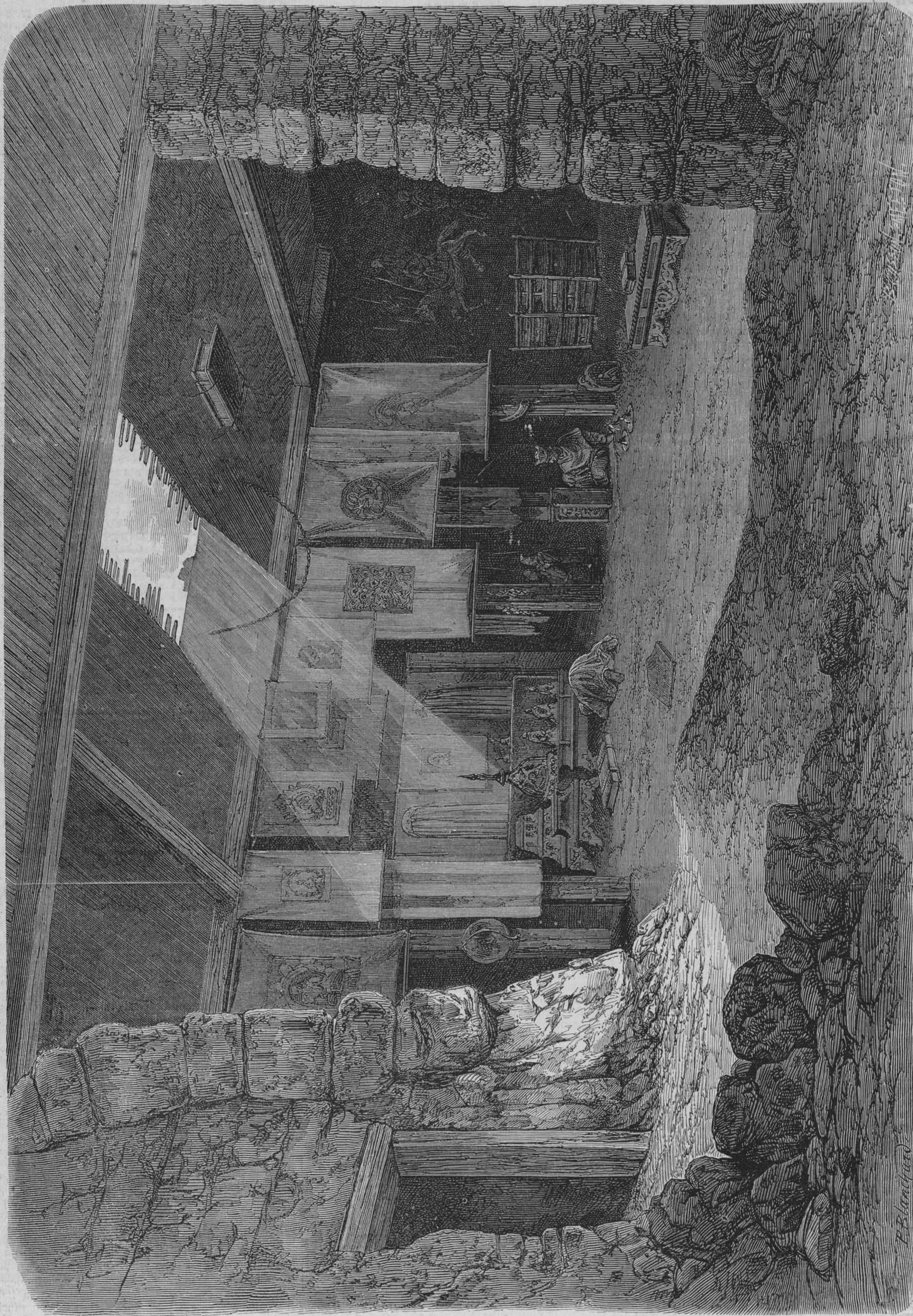
Sin embargo, Suddodhana se prometió alcanzar este resultado, pues colocó junto a su hijo unos guardas con la misión de alejar de los ojos del joven las cuatro cosas que hemos apuntado. A mayor abundamiento, para combatir su afición a la soledad le eligió una esposa, Gopa (en tibetano Sa Tsoma) hija de Dandapani, de la raza de los Sakyas, y dió órdenes para que divirtieran al príncipe, aun a pesar suyo. Fue aquello una sucesión de fiestas y placeres; pero el joven esposo estaba triste en medio de la alegría que le rodeaba, y no cesaba de reflexionar sobre los pesares que abaten al hombre y que provienen del nacimiento, la enfermedad, la vejez y la muerte, sobre las causas y sobre los remedios más propios para combatir estos males. Descubrió que la existencia (en el sentido más general) es la causa del mal, que el deseo produce la existencia, y que la extinción de los deseos conduce a la cesación de la existencia. Para llegar a la perfección, a la salvación, los hombres deben pues practicar las virtudes y desprenderse del mundo lo más posible. Quiso dar este ejemplo, y así fué que a los veinte y nueve años abandonó su palacio y su mujer después de haber visto los cuatro objetos que habian tratado de apartar de su vista, un anciano, un leproso, un cadáver y un ermitaño. Pero este rasgo es del dominio de la leyenda, y sin duda encierra algún símbolo cuyo sentido no comprendemos hoy.

Sakya-Muni se puso a estudiar la doctrina de los braçmanes; mas como esta doctrina no le dejara satisfecho, la desechó para entregarse solo a la meditación y a la práctica de las austeridades más severas. Al cabo de seis años empleados así, pasó al lugar santo llamado Bodhimanda, y allí tendido sobre un lecho de yerba de la especie *kusa*, llegó al estado de perfección suprema, que se hizo evidente a todos, pues recordaba con la mayor exactitud las circunstancias de la vida de todos los seres que habian existido anteriormente; poseía la *vista divina*, a cuyo beneficio podía distinguir todas las cosas a través de los mundos infinitos, y conocer las causas del círculo de la existencia humana renovado incesantemente.

En tal estado de ciencia Sakya-Muni era el más sabio de todos, el budda más perfecto. Entonces se preguntó si no debía enterrar para siempre su doctrina en la nada antes que difundirla conociendo el carácter del hombre, su flaqueza, su maldad é ignorancia; y luego reflexionando que quizá le comprenderian bien algunos, y que además, gracias a él, los hombres podrían libertarse de la existencia (causa de nuestras penas y nuestros males), se decidió a enseñar lo que le habia sido revelado.

Sakya-Muni vivió, según aseguran, ochenta años. La fecha de su muerte varia, al decir de los historiadores, entre el año 2422, y el año 544 antes de Jesucristo. El sabio indianista Lassen opta por esta última cifra, y otro erudito, Westergaard, afirma por el contrario, que esa época es demasiado remota, y fija su muerte en el año 370 ó 368 antes de Jesucristo, esto es, una generación antes del advenimiento al trono de Alejandro el Grande.

La religión búddica penetró en el Tibet el año 371 de nuestra era, ó por lo menos así lo asegura un historiador mongol; pues los analistas tibetanos colocan este suceso en la segunda mitad del siglo VII, lo que coincide con la famosa persecución que arrojó de la India a los numerosos sectarios del buddismo. Con mucha anterioridad a esta época, los buddistas indios habian tratado de difundir sus doctrinas entre los pueblos limi-



VIAJE A LA INDIA DE LOS HERMANOS SCHLAGINTWEIT. — Interior del templo búdico del monasterio de Mangnang.

P. B. Schlegel

trofes: en el Tibet la nueva religion no se estableció sin dificultades, y el buddismo hubo de sufrir allí nuevas persecuciones.

Hacia ya tiempo que la escritura se habia introducido en el Tibet y ya habian traducido en la lengua del pais los libros sagrados de esta religion; pero se ignora en qué época fue formada la coleccion que contiene el conjunto de los tratados de la ley sagrada, y que se puede llamar la suma del buddismo, segun la expresion empleada por el docto profesor de lengua tibetana en Paris, M. Foucaux, en un opúsculo reciente. Esta coleccion se divide en dos partes: la primera llamada *Kandjour*, en 100 volúmenes, que encierra la palabra misma del budda, y la segunda *Tandjour* en 200 volúmenes, llenos de comentarios sobre las obras de la primera parte. Lo que se sabe de positivo es que esta abultada coleccion no se imprimió en el Tibet hasta principios del siglo XVIII con planas de madera segun el método chino; cosa bastante singular, pues los tibetanos habian debido tomar a sus vecinos los chinos el arte de la impresion. Actualmente, dice M. Foucaux, en todos los grandes monasterios del Tibet hay imprentas donde se reproducen el *Kandjour* y el *Tandjour* para mayor provecho de los que cuentan adquirir la suprema sabiduria leyendo los 300 gruesos volúmenes que forman esa biblioteca sagrada.

Con efecto, la religion búddica tiene un número prodigioso de adherentes, que M. de Schlagintweit calcula en 340 millones. Esta cifra confunde la imaginacion:



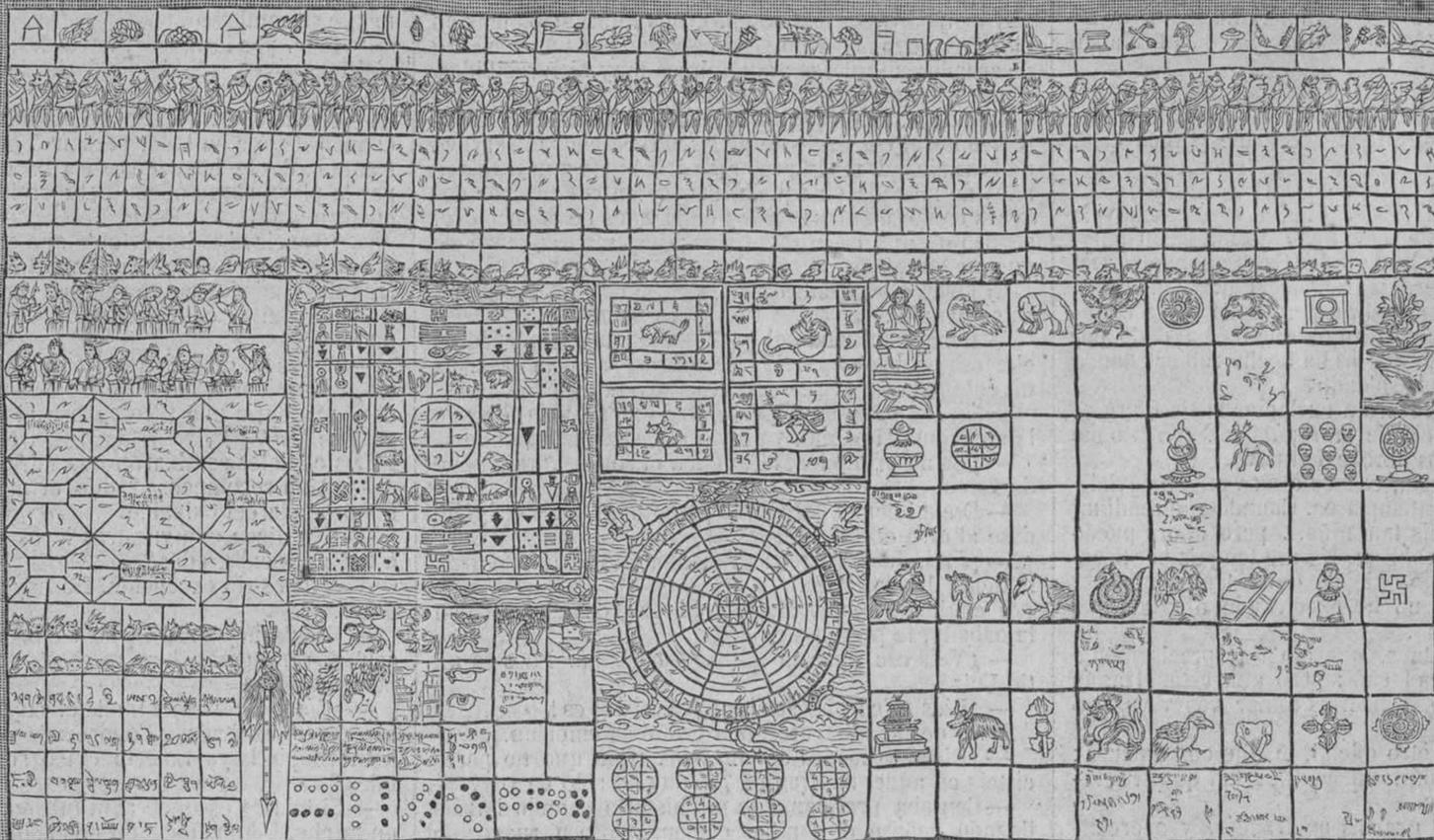
Careta de actor indio.

¡340 millones de buddistas! ¿Cuál puede ser la proporcion con las demás religiones? Los buddistas están encerrados en Asia y diseminados en las partes del Asia oriental, salvo en la India propiamente dicha, de donde fueron estirpados por los bracmanes que no recelaban que un dia esa religion proscrita contaria tantos discipulos. El espacio ocupado por el buddismo se extiende desde Ceilan y el archipiélago indio al Sur, hasta el lago Baikal en el Asia central, y desde el Cáucaso, adelantando hacia el Este, hasta el Japon.

La idea fundamental del buddismo es la metempsicosis: los seres mueren y reviven, recorriendo el vasto circulo de la trasmigracion, hasta que han llegado a la perfeccion suprema que produce el libramiento final. La forma en que renace un ser despues de su muerte se fija segun el mérito de sus obras anteriores. Sobre todo, la practica de la virtud es lo que conduce al último término.

Pero el buddismo, como todas las cosas de este mundo, no ha tardado en alterarse alejándose de su punto de partida. Se formaron escuelas disidentes, sectas; estas últimas no aparecieron hasta el siglo XII, y en el dia han llegado al número de nueve. La supersticion se ha deslizado en la doctrina primitiva, y esta muy difundida la creencia en los espíritus malignos. Daremos algunos ejemplos que sirvan de explicacion para las curiosas laminas del Atlas publicadas por Emilio Schlagintweit.

Los espíritus maléficos se hallan en un estado de per-



Cuadro que sirve para pronosticar el porvenir.

manente hostilidad con los hombres. Es preciso pues mantenerse en guardia contra ellos; pero para conocer los medios de burlar sus asechanzas, hay que ponerse en inmediata relacion con los seres superiores cuya mision consiste en fortalecer la flaqueza del hombre. Uno de los dioses mas poderosos, bajo este concepto, es Choichong, dios de la astrologia, que está figurado aqui con tres cabezas, y teniendo instrumentos de guerra. En Lhasa existe un monasterio donde se enseñan las ciencias que él ha revelado, y los Lamas que salen de él pasan por los mas inteligentes. Se dice que este dios hace aun algunas apariciones en la tierra; su presencia se anuncia de antemano, la muchedumbre acude al convento, y como cada uno de los asistentes deja una ofrenda al retirarse, la aparicion del dios Choichong es un manantial de riqueza para el monasterio tibetano.

En el buddismo actual (y este es uno de sus rasgos característicos) se atribuye a la plegaria un poder mágico sobre la divinidad. Pero lo mas curioso es que ciertas fórmulas cabalísticas pueden aumentar mucho la virtud de la invocacion. La plegaria mas santa y eficaz es la de las silabas: *Om mani padme hum*, « ó la joya en el Lotus. » Para hacerla irresistible basta trazarla en caracteres particulares con fórmulas dirigidas a los genios de orden inferior, servidores de la divinidad principal, añadiendo la figura de *Lungta* « el caballo aéreo » que es poderosísimo; el que le monta puede ir adonde quiera en un instante y hacerse omnipresente. (Véanse estos dibujos en el número 584).



Herman de Schlagintweit.

No es necesario en esta ocasion el ministerio de los Lamas, pero si es indispensable para indicar las circunstancias buenas ó malas de la vida, con ayuda del cuadro mágico que reproducimos. Las fórmulas y figuras adivinatorias que contiene son consultadas y comentadas por los astrólogos en los nacimientos, las bodas y demas sucesos considerables de la existencia. Antes de emprender toda cosa importante es preciso saber si la figura central (parte inferior del cuadro) que representa una tortuga sosteniendo el universo y cuyos piés están simbolizados por cuatro manos, ofrece señales (y por consiguiente probabilidades) favorables ó desfavorables.

A veces los Lamas para la edificacion de los fieles, representan dramas religiosos, cuyo argumento invariable es la lucha de los buenos y de los malos genios. Estos quedan siempre vencidos, como el diablo en nuestros misterios de la edad media. La careta que hemos dibujado es la de uno de los actores; esa cabeza con la boca abierta, los ojos saltones, las mejillas abultadas y el pelo trenzado, representa el príncipe de los espíritus favorables al hombre.

En un pais donde los sacerdotes tienen tanta influencia, no es de extrañar que los monasterios abunden asi como los conventos. Copiamos del Atlas el de Mangang, en Gnari-Khorsoum, templo búddico visitado por los hermanos Schlagintweit. El edificio no recibe la luz sino por la abertura practicada en la techumbre. Los pilares de madera (la madera es muy escasa aqui) dividen el recinto en tres compartimientos, de los cua-

les el principal es el del centro. En los lados cuyas paredes están pintadas, hay instrumentos de música, diversos objetos para la celebración del culto, y los libros sagrados. De la bóveda penden banderines adornados con plegarias. Inmediatamente enfrente de la imagen sagrada de Sakya-Muni se levanta el altar ornado con figuras búddicas, ante el cual está arrodillado uno de los guías. Nadie se acerca á él sino con un profundo recogimiento. Al rededor hay mesitas con ofrendas y libros piadosos. No lejos del altar, sobre una alfombra, un Lama se ocupa en dar vueltas á un cilindro de plegarias, como se ven muchos en el Tibet.

Creemos que estas reproducciones bastarán para dar una idea del interés que ofrece el Atlas de Emilio de Schlagintweit, digno apéndice de la magnífica publicación de sus hermanos, que se prosigue con actividad, pero cuya conclusion exigirá muchos años todavía.

G. D.

El corredor de playa.

(Continuacion.)

— ¿Y dónde está? preguntó Luis con marcado interés.

— Ha ido á un quehacer muy urgente; pero vuelve al punto.

— Juraría que abre ya la puerta del establo, repuso la tía Clara.

El capitán, con la sonrisa en los labios, volvió los ojos hacia el punto designado; una jóven, con expresión de terror, asomaba la cabeza por la puerta entreabierta. Al ver á los oficiales, palideció, fijando una mirada interrogadora en el rostro del capitán. Primero pareció muda de estupor; despues lanzó un grito, cruzó las manos y se adelantó al oficial, cuyos ojos brillaban de dicha y de ternura.

— ¿Será verdad? exclamaba trémula de gozo; no, imposible, sería demasiada ventura. Perdonadme, caballero, pero no sé porque al veros me parece estar viendo á mi tío Luis.

— Sobrina mía, ¿no me reconocéis?

— ¡Es él, Dios mio! ¡Es él! dijo, y cayó conmovida en brazos del capitán, exclamando despues con aflicción: ¡Ah! ¡Cuánto os he llorado! Os creía muerto; mi padre, que no desespera jamás, decía que volveríais. Vos me habreis olvidado quizá, pero Bella no se ha olvidado nunca de los malos ratos que os ha dado por aprender á leer, y de lo que os ha hecho rabiar cuando pequeña; y ahora, ¿sois soldado?

— Es capitán, se apresuró á exclamar la tía Clara.

— ¿Capitán al servicio de la república? ¿cuánto me alegro! dejadme que os abrace de nuevo.

— Vamos, basta, basta, repuso á su vez con jovialidad; dejadme á mi contemplaros. Cuando empecé mi desgraciado viaje, érais tan niña... pero ahora puedo estar orgulloso de mi sobrina. No me tengais por lisonjero; pero en mis largos viajes, entre tantas mujeres bellas como he visto, no he encontrado ninguna que valga lo que mi sobrina.

— Vaya, vaya, sentaos, querido tío; precisamente acabábamos de tomar el café; pero aun está el agua caliente, y al instante lo podreis tomar vos y vuestro camarada.

Y adelantándose al otro oficial, le dijo con dulzura:

— Sentaos, obrad con la misma libertad que si estuviérais en vuestra casa.

El militar la dió las gracias en francés, y acercándose á su compañero, murmuró:

— ¡Diablo! vuestra sobrina es encantadora. Tiene los ojos negros como una italiana, y sus megillas son frescas como la rosa de mayo: es una perla perdida entre estas dunas; lástima que no entienda el francés, os aseguro que me aburre el que no me entienda nadie.

— Yo os dije, ante todo, que ibais á seguirme á la casa donde había nacido: ya no teneis mas que resignaros.

El jóven oficial se puso á la ventana, contemplando el paisaje, mientras el capitán Luis hablaba con sus hermanos y Bella disponía el café: cuando este estuvo servido, Bella, sentándose junto á su tío, prosiguió:

— Ahora decidnos por qué medios se ha servido Dios conservarnos á mi tío y hacerle oficial al servicio de la Francia.

— ¡Ay! sobrina, esa es una historia larga; no os daré mas que una idea de lo que nos ha ocurrido, mucho mas que creo que aun permaneceremos algun tiempo en este país, y podremos hablar mas largamente. Despues de mi partida á Dunkerque tuvimos un gran temporal en el cual perdimos nuestro timon, permaneciendo tres dias á merced de las olas. Cuando pasó la tormenta, fuimos acometidos de una inquietud mortal al ver arrasados por las olas pedazos de hielo que amenazaban destruir nuestro barco: llegó la noche, y con ella lo que todos temíamos: nuestro bajel chocó con dos montañas flotantes de hielo, haciendo agua inmediatamente. La mayor parte de nuestros compañeros fueron sumergidos; á mí el choque me envió sobre una de las montañas de hielo, y en vano querría pintaros todo lo que sufrí; mis miembros estaban entumecidos por el frio, y no me atrevia á moverme de miedo de escurrirme y caer en el mar. La muerte estaba ante mis ojos, y os enviaba á todos un último adios.

— ¡Pobre tío!

— ¡Qué angustia! repuso Clara.

— No temais, replicó el tío Luis. La Providencia había decidido que no muriese entonces. Al rayar el alba vi una embarcacion que bogaba hacia mí, y que á una seña mia envió un bote á recogerme: era un brick inglés que hacia rumbo á la isla de Terranova. Terminá-bamos nuestro viaje sin el menor accidente, cuando otra tempestad nos envió hacia el Norte, teniendo á la ventura el poder ganar la costa, aunque sin saber donde nos encontrá-bamos, porque aquello parecia un país desierto; nos pusimos en camino á través de la nieve, y descendimos hacia el Sur en busca de una tierra habitada, hasta que por fin, despues de perder á diez camaradas por el rigor del clima, llegamos medio muertos á una comarca habitada por unas diez ó doce familias, cuyas moradas eran chozas cubiertas con pieles de animales. Nuestro segundo naufragio había sido en la costa setentrional de Labrador.

En aquel momento Bella lanzó un grito y se levantó examinando la estancia con inquietud.

— ¿Qué teneis, sobrina? creo que no es mi relato el que así os agita.

— ¿Dónde ha ido vuestro camarada?

— No os cuideis de él, se cansa porque no entiende el alemán, y habrá ido á pasearse al rededor de la casa.

La jóven se dirigió á la ventana y volvió al punto risueña á ocupar su lugar, exclamando:

— El oficial que os acompaña está sentado en el banco que hay delante de la choza, y silba una canción; parece un excelente hombre.

— Es todo un valiente, repuso el capitán, un amigo fiel, un soldado atrevido, un corazón noble; pero de una severidad excesiva para lo que considera un deber. Palideceis, Bella; no temais: los soldados franceses no hacen mal á las gentes pacíficas.

— ¿Y permanecisteis mucho tiempo en aquel país? preguntó el ciego.

— No tal, solo algunas semanas; por sus indicaciones y guiados por dos de ellos, nos internamos mas en el país y llegamos á un sitio habitado por una sociedad de cazadores ingleses: allí fuimos muy bien recibidos, y entre tanto que se presentaba ocasion de conducirnos á un puerto, nos repartieron entre los almacenes, destinándonos al comercio de pieles. Entré pues al servicio de la sociedad, me interné mas en el país y gasté cinco años de mi vida en aquella ocupacion estéril; por dos veces confié una carta á los empleados de la sociedad, seguro de que os la remitirían; hoy me convenzo de que me engaño.

El jóven oficial entró riendo en la estancia, y dijo á su camarada:

— Hacia aquí viene el oso que hemos encontrado en el camino; me alegraría que entrase en esta casa. Es un ente extraño al que quisiera ver de cerca.

Bella, inquieta, se dirigió á ver quién había llamado la atención del oficial, y volvió al punto exclamando:

— ¡Es mi primo José! También él se alegrará mucho de veros.

— Era mi compañero en la juventud, repuso dirigiéndose al otro oficial.

— ¡José, José, corred! ¡Tenemos que daros una gran noticia! dijo la jóven.

Y cogiendo á su primo por el brazo, cuando entró en la cabaña, le presentó al capitán.

— ¿Veis ese apuesto militar? exclamó. Pues es mi tío Luis.

— ¡Dios mio! ¿Es posible? ¡Sí, sí; él es!

Y los dos se abrazaron con profunda emocion.

— ¡Dios sea labrador! añadió José. ¿Con que no perecisteis en aquel naufragio? ¿Y qué ha sido de vos?

— Contaba precisamente mi historia cuando habeis llegado, repuso el capitán disponiéndose á ruegos de todos á continuar el relato.

El pescador tomó tambien una silla, notándose entonces que el otro oficial le miraba con aire burlon. José fijó en él su vista, y sin explicarse porque aquel hombre no le agradó.

El oficial siguió contando como despues abandonó aquel país, alistándose en calidad de marinero en un barco guarda-costas, haciendo viajes á la isla de Guadalupe, entrando allí ya en una tripulacion francesa con el grado de sargento de marina.

José apenas escuchaba y parecia de mal humor, porque si miraba al oficial que paseando por el cuarto examinaba con aire burlon las estampas, sus ojos centelleaban; y por otro, si miraba á su prima que parecia querer preguntarle con los ojos si M. de Milval estaba seguro, respondía arrugando las cejas. Era que recordaba la revelacion de Ko, justificada con el interés de la jóven, y para vengarse en algo, había dado mas de un puntapié al gato, lo que le valió una seria reprimenda de la tía Clara.

El tío Luis refirió despues los combates marítimos en que se había encontrado, y ya llegaba á su regreso á Europa, cuando de repente José, rugiendo como un leon, se lanzó hacia el otro oficial amenazándole con los puños crispados.

Bella y Clara corrieron á detenerle; el oficial había echado mano á sus pistolas, y dijo sonriendo á su camarada:

— ¿Qué tiene este bárbaro? ¿Se incomoda porque he derribado ese santo que nada vale? Si da un paso mas, le abraso.

El capitán se interpuso y exclamó:

— Primo, por Dios, sed razonable. Mi compañero dice que iba á examinar esa figura de yeso, y se le ha escapado de la mano. ¿Así recibís á los amigos que yo traigo, y el dia de mi regreso?

— Teneis razon. Soy un loco, murmuró José cortado.

— Vete á casa, mala cabeza, replicó indignada la tía Clara. Nunca sabes conducirte como debes.

— Os ruego, Luis, que me perdoneis, repuso el pescador. Decid á vuestro compañero que he equivocado su intención, y le suplico disculpe mi arrebató. No temais; yo tendré calma... y procuraré contener mis arrebatos.

Y se dirigió á sentarse solo junto al hogar, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

El jóven oficial exclamó cuando su amigo le dió las disculpas en nombre del pescador:

— Está bien; no hablemos mas de esa estúpida ocurrencia; pero volvamos á Furnes, os lo suplico. Se va haciendo tarde, y algunas nubes amenazadoras empiezan á cubrir el cielo. Si quereis quedaros, es otra cosa; yo procuraré encontrar el camino por entre las dunas.

— No, parto con vos; yo volveré mañana.

Y volviéndose á su hermano y sobrina, añadió:

— Tranquilizaos como si nada hubiese pasado. Mi compañero tiene un excelente corazón, y ya ha olvidado lo ocurrido. Por hoy no puedo acabar de contaros mi historia; tengo que regresar á Furnes; pero vendré con frecuencia; vamos á sitiár á Nieuport, y la defensa será larga. Por lo tanto, hasta otro dia.

Y ambos oficiales abandonaron la cabaña.

— No os enojeis, dijo al capitán Luis su camarada; pero vuestros parientes tienen aun la superstición del siglo pasado.

— ¿Habráis roto á propósito aquel santo?

— Dios me libre de afligir á vuestra familia con mala intención; pero...

El ruido de un hombre que corria le hizo volver el rostro, y exclamó:

— Ved aquel pescador que corre hacia nosotros, quizá con algun mensaje.

Detuviéronse al ver que el hombre les hacia señas y los gritaba que se aguardasen, quitándose respetuosamente su sombrero.

— Este, por lo menos, habla francés, repuso el oficial mas jóven. ¿No le ois decir ciudadanos capitanes?

— En efecto.

— Ciudadanos, repuso en mal francés el pescador cuando llegó á su lado, perdonad mi atrevimiento: soy francés; desde hace dos dias busco por Adinkerke y por la playa algun oficial del ejército francés, y os encuentro al fin.

— ¿Teneis algo importante que comunicarnos?

— Si tal: una cosa muy importante; pero no os detengais, ciudadanos; yo seguiré vuestro camino.

— Corriente: os escuchamos, dijeron continuando su marcha.

— Suponed, ciudadanos, que un enemigo de la Francia, un traidor á la patria, se esconde entre estas dunas. ¿Se daría una recompensa al que señalase su escondite?

Los oficiales cambiaron una mirada de sorpresa.

— ¿Una recompensa? dijo el mas jóven. Segun la importancia del culpable.

— ¿No dicen que vuestras leyes condenan á muerte á todos los emigrados?

— A todos sin excepcion. No hay gracia para los traidores.

— El que haya asesinado además á cuatro ó cinco soldados franceses, bien merece su captura una recompensa.

— ¡Cómo! repuso el oficial cuya curiosidad estaba vivamente excitada. ¿Conoceríais vos la morada de un hombre que haya muerto cinco soldados de la república?

— Si tal: se esconde aquí mismo, entre estas dunas, en la choza de un anciano pescador ciego.

A estas palabras el oficial miró á su camarada con asombro, este le contestó con un gesto de súplica y repuso con ademán imperativo:

— Yo procuraré, amigo, que obtengais una crecida recompensa, fiad en mí. Decís, ¿no es verdad que la choza que designais es la de Simon Stock? ¿Cuáles son vuestro nombre y vuestra morada?

— Me llamo Jacob Sael, y sería difícil señalaros mi casa desde aquí; pero preguntad á cualquiera por estos contornos cuál es la morada de Ko el corredor, y os la enseñarán. Me han dicho que un general viene al frente de vuestra division, y había decidido ir esta tarde...

— No vayais; expondríais vuestra recompensa, dijo el capitán Luis con una emocion que en vano trataba de ocultar. Id mañana á medio dia al hotel de la Noble Rosa, y preguntad por el capitán ayudante; no hableis á nadie mas de este asunto, y quedareis contento. Hasta mañana.

Y el capitán, apoyado en el brazo de su camarada, siguió rápidamente su camino.

Ko les siguió largo rato con la vista, y le pareció que ambos sostenían un animado diálogo á juzgar por la gesticulacion. En breve desaparecieron entre las dunas, y Ko se dirigió á su morada frotándose alegremente las manos.

IX.

Era de noche: el pescador ciego estaba sentado junto á su hogar con las manos juntas, y su aspecto era el de una persona sumida en tristes pensamientos.

Sobre la mesa ardía una lamparilla cuya débil luz llegaba apenas á los rincones de la estancia. La loza que estaba sobre la cómoda y el junquillo dorado que servía de marco á algunas estampas, brillaba doblemente con aquella media luz, semejante á las estrellas en una

noche sin luna. Nada turbaba el silencio que reinaba en la estancia, mas que el silbido del viento que azotaba con violencia los cristales de la ventana.

El anciano levantó por fin la cabeza y escuchó. Parecía que habían andado en la puerta, y en efecto Bella entró llevando en sus brazos una manta, una almohada y dos sábanas. Colocó su carga sobre una silla, se acercó al anciano, tomó una de sus manos y dijo suspirando:

— ¡Ah, padre mio, qué desgraciada soy!

— Lo comprendo, murmuró el anciano; el peligro de muerte que amenaza a M. de Milval me aterra como a ti; pero aun habrá medio de salvarle: ¡porqué desconfiar de la protección divina!

Hubo un instante de silencio, pasado el cual el anciano preguntó:

— ¿M. de Milval tiene lo necesario para descansar?

— Mi tia y yo le hemos llevado un lecho, pero le ha rehusado con obstinación.

— ¡Es una locura! En breve tendrá necesidad de sus fuerzas, y si no las repone durmiendo...

— Os engañáis, padre; cuando hemos llegado a la casa abandonada, dormía con la cabeza apoyada en unas piedras. Ha rehusado lecho mejor; pero a mí no se me oculta que ha sido por generosidad, por no comprometeros.

— En efecto, tiene un noble corazón: si yo hubiera podido protegerle aun a costa de un gran peligro, lo hubiera hecho; pero nosotros no podemos nada.

— ¡Nada! repuso la joven con desaliento. Desde que el tío Luis ha partido, atormento en vano mi cabeza para buscar una idea.

— Solo nos queda una esperanza. José saldrá mañana a reconocer todos los caminos, y por aquel que no esté guardado por las tropas francesas, salvará a M. de Milval.

— Pero si yo no sé, padre, qué es lo que tiene mi primo, parece que está enfadado: ni siquiera ha querido acompañarnos a la choza abandonada.

— Sin embargo, ha prometido que mañana por la noche acompañará a M. de Milval: no temas; José es tan valiente como generoso, y cumplirá su promesa: capaz es de hacer pasar a M. de Milval por entre el ejército francés sin que le descubran.

— ¡Ah! padre, si vuestra predicción se realizase.

De repente palideció, y dijo vivamente:

— ¡Gran Dios! alguien se acerca. Escucho el arrastrar de un sable sobre la arena. Algun otro soldado francés... no, no, ¡es el tío Luis! añadió con alegría al ver que aquel entraba en efecto.

El capitán hizo una seña para imponer silencio a la joven, su rostro estaba animado a la vez de una expresión severa y misteriosa, sus labios se movían como agitados por la cólera, y su mirada era una mirada de reconvención.

Mientras Bella le contemplaba temblando, sentóse él junto a su hermano, y exclamó:

— Os asombráis de que vuelva tan pronto, ¿no es verdad? ¿porqué me habeis ocultado una cosa que compromete vuestra vida?

— Lo que te he ocultado, repuso solemnemente el anciano, no podía confiarse a soldados de la república.

— Teneis en vuestra casa un emigrado, un noble francés.

— ¡Le han vendido! exclamó Bella cubriéndose el rostro con las manos.

— Reponeos, sobrina, y hablado bajo: sin duda él se esconde en el granero.

— No, se esconde fuera de mi casa, repuso el anciano.

— ¿Pues cómo decís que le han vendido?

— Pero vos solo conoceis el secreto, tío, exclamó la joven con ademán suplicante.

— No tal, mi camarada le conoce tambien; así pues, no hay tiempo que perder. Desechad toda compasión, y escuchad lo que voy a deciros.

Bella tomó una mano de su tío, sobre la cual vertió un torrente de lágrimas y murmuró:

— Querido tío, vos teneis mas ingenio, mas experiencia que nosotros, y conoceréis sin duda algun medio de salvar a ese infeliz... decidmele, y yo os bendeciré en todas mis oraciones.

— Imposible, exclamó el capitán con ademán colérico. ¿Creeis que yo autorizaré la evasión de un hombre, que no solo es enemigo de la república, sino que ha arrancado la vida a cinco de sus servidores?

— ¡Esa es una calumnia! ¿quién le ha calumniado así?

— Un hombre llamado Ko Sael.

— ¡Dios castigará su maldad! exclamó el anciano.

— ¡Infame! murmuraba Bella con la mayor agitación. M. de Milval es inocente; dejadme que os refiera todo lo que ha pasado, y vereis que es digno de toda vuestra compasión.

— ¡Silencio, sobrina! No quiero escucharos; sería tiempo perdido. Quiero solamente hacerlos comprender que no podeis sustraeros al rigor de nuestras leyes, que nos entregan al hombre que quereis salvar; quiero deciros que la república envuelve en un mismo castigo a los traidores a la patria y a los que les prestan un asilo.

La joven cayó anonadada sobre una silla.

— ¿Sabeis, Simon, prosiguió el capitán, lo que hubiera sucedido si ese hombre hubiera hecho su delación a otro que a mí? Mañana los soldados cercarían vuestra casa, sorprenderían aquí al culpable, y vos y vuestra hija seriais juzgados tambien como sus cómplices; solo hay un medio de evitar ese peligro. Yo diré que vos mismo me habeis revelado la presencia de ese no-

ble, y cuando vengan mañana a prenderle, vos mismo le entregareis.

— ¿Yo, entregarle? ¿Suponeis en mí tan cobarde villanía?

— Ninguna cobardía os propongo; el hombre no es mas que un juguete de la fatalidad, y hay circunstancias en que tiene que sacrificar sus sentimientos para evitar una desgracia mayor.

Bella se levantó de repente, enjugó sus ojos, en los que brillaba una mirada febril, y con expresión enérgica murmuró:

— ¡Es imposible! Todo lo que decis no puede ser verdad; ese hombre os ha engañado. Vos me escuchareis, vos tendreis piedad de mí. Inocente, el padre de M. de Milval habitaba tranquilo su palacio, del que le arrancaron diciendo estaba en inteligencia con los traidores; el hijo protegió la fuga de la prision de su desgraciado padre, huyeron hacia esta frontera, y en ella tuvieron un combate contra los soldados que les perseguían. El hijo quedó moribundo entre estas montañas, yo le encontré, yo le curé, yo le he consolado, ¿y ahora quereis que yo misma le entregue?... ¡Imposible! Partiré, tío, partiré antes del alba, y cuando vengan a prenderle, habrá escapado del alcance de sus enemigos, ó moriré de dolor.

El capitán miró a su sobrina con doloroso asombro: lágrimas silenciosas corrían por las mejillas del ciego.

— ¡Ah! murmuró el oficial, sois sencillos como los niños, atrevidos como los héroes.

Y tomando la mano de la joven, añadió con dulzura:

— Tranquilizaos, Bella, todavia puede haber alguna esperanza.

La joven clavó en él su vista con ansiedad.

— Nadie mas que yo conoce ese secreto, y el camarada que me acompañó, que es un hombre duro, pero generoso. Le he salvado además la vida en el campo de batalla, y no me negará el primer favor que le pida; pero es preciso que vuestro protegido parta esta misma noche. Cuando yo venga aquí mañana con mis soldados, es necesario que no le hallemos.

— ¿Y a dónde irá, tío?

— Eso no sé: toda Flandes está ocupada por las tropas; difícilmente saldrá del país sin ser detenido; pero que parta a la aventura, y logre sobre todo ampararse de un buque inglés. Esto sería lo único que pudiera salvarle.

— ¡Ah! ¡Dios os bendiga! exclamó la joven con efusión. Nuestro bote está en la playa.

— ¡Insensata! dijo el capitán con triste sonrisa. Necesitais lo menos cuatro hombres para maniobrar con el bote; esos hombres tienen que ser padres de familia ó hijos que sirvan de apoyo a sus ancianos padres... ¿abrigais el culpable pensamiento de comprometerlos a todos por salvar a uno? Desistid de semejante locura, y hasta mañana; con que no esté aquí, no teneis nada que temer.

El capitán estrechó la mano de su hermano y dejó la casa.

— ¡Pobre joven! murmuró el ciego. Solo un milagro podrá salvarle. ¡Ah, si yo pudiese recobrar la vista solo por esta noche!

— ¿Qué hariais, padre? exclamó la joven trémula de emoción.

— Iria a despertar a José, y él, que no retrocede ante ningun peligro, me ayudaría con la barca a conducir a ese joven a bordo de un navio inglés; ¡despues que sucediera lo que Dios fuese servido! Ante el Señor y mi conciencia, yo hubiera cumplido mi deber hasta el fin.

— ¡Cómo! padre, ¿expondriais hasta ese extremo vuestra vida por salvar a un desconocido?

— Ignoras que está escrito: «No desdeñeis ningun medio de librar a los que van a morir? si decis me falta la fuerza, el que lee en el fondo de los corazones lo sabe.» Yo no la tengo, estoy ciego, y M. de Milval no puede confiar mas que en Dios. Sin embargo, es preciso ir a comunicarle tan fatal nueva, y despertar a José para que le guie en su camino.

— Pues voy al punto, padre; acostaos y no esperéis mi vuelta, porque yo conozco el país mejor que José, y puedo guiarles a los dos: por eso si tardo un poco, no os inquieteis.

Y abrazando con ternura a su padre, salió precipitadamente de la cabaña.

Pocos minutos despues, Bella llamaba a la puerta de la tia Clara.

— ¿Quién va? murmuró esta con acritud.

— Soy yo, tia, soy yo; no tengais miedo. Abrid: es preciso despertar a José, dijo así que estuvo dentro. M. de Milval tiene que abandonar esta noche el país: Ko le ha delatado.

— ¿Qué decis, Bella? ¡imposible! Ko Sael no es capaz de semejante maldad.

— Mi tío Luis estaba presente cuando el corredor, que no le conoce, ha señalado nuestra casa como escondite de M. de Milval. Mañana vendrán a prenderle.

— ¿Con que es cierto? y yo que tenia al corredor por un muchacho excelente.

— Bien os decia yo que era un perverso, tia; pero ahora no hay tiempo que perder, despertad a José: mi padre me envía a llamarle.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las modas de la primavera. — Las telas nuevas. —

El color amarillo a la moda. — Los cuerpos suprimidos y reemplazados por las casacas. — La casaca Lancret y la casaca Directorio. — El vestido Bolena. — Traje de comida y trajes de baile. — El chal Fontanges para todos los vestidos. — La casaca Muscadin y la casaca Marqués. — Transformación de la ropa blanca. — Los sombreritos del día. — El sombrero María Estuarda y el sombrero brasileño. — Sombreros de la estación. — La sombrilla Marabú. — Descripción del figurín que representa trajes de baile.

Comienzan a salir a luz las modas de la primavera. ¿Quereis saber cuáles son las nuevas telas?

El color camaleón estará en boga, lo que significa que las mejores telas de seda tendrán tres colores tornasolados, como naranja, verde y violeta; azul, amarillo y negro; malva, rosa y verde. Será esto un verdadero arco iris.

Citemos telas.

Un pekin de anchas bandas camaieux, color sobre color, separadas por filetes negros y blancos que se destacan sobre el fondo. Para vestido de soirée, estas son aurora sobre fondo blanco.

Un tafetan de rayas orientales sobre fondo verde, lila, cuero, pensamiento ó blondina.

Un tafetan con plumas de paro real sobre fondo blanco, lila, blondina y demás matices claros.

Un tafetan Luis XV con anchas bandas separadas por cintas satinadas violeta ó de otro color, con guirnalda de capullos de rosa.

Esta misma disposición se repite sobre fondo glaseado amarillo y oro.

El amarillo disfruta el favor de la moda así como el vapor y el maíz; y por esta razón el moiré antiguo llamado criollo, se muestra rayado con bandas maíz y castaña, que alternan con filetes purpúreos y negros, ó bien con bandas azules, lila y pensamiento, mezcla original y muy elegante.

Un poulte de seda color de tórtola con cintas seticolores sobre fondo blanco.

Un moiré antiguo etrusco con anchas cintas ladrillo de Pompeya separadas por filetes negros y encarnados.

Hé ahí el género de las telas: dibujos extraños ó las mil rayas de tiempos antiguos ó cuadritos sobre fondos de todos colores. Ahora pasemos a los vestidos.

Casi todas las señoras llevarán casacas lo mismo que en la época de María Antonieta.

Tendremos la casaca Lancret, la casaca Directorio con la faja en la cintura.

Así se vestían los convencionales.

La casaca Increíble será para las señoras mas bonitas y de mejor talle.

En las primeras carreras de la Marche y del bosque de Boulogne las casacas serán de terciopelo epinglé gris perla, gris avellana, blondina, con faldones de lo mismo, ó de tafetan y de popelina.

En cuanto a trajes de paseo, es muy elegante el vestido Bolena de tafetan camaleón con la falda festoneada de terciopelo negro y túnica que describe la cola del pavo real con el mismo bordado.

El cuerpo describe un fichu trazado por un terciopelo negro con fleco, mangas muy angostas con terciopelo y fleco.

Tambien se distingue mucho un vestido de tafetan lila guarnecido con treinta y cinco hileras de listitas de terciopelo que forman por delante un defantal Antonieta. El cuerpo redondo es de talle con mangas muy estrechas guarnecidas de hombreras y bocamangas de terciopelo.

Para traje de comida, vestido Solferino con una franja de cabos de musgo. El cuerpo es medio escotado con franja al rededor.

Por lo que toca a los prendidos de baile, pues Paris seguirá bailando despues de la cuaresma, nada mas lindo que un vestido de crespón verde luz sembrado de ramitas de margaritas silvestres. El cuerpo describe una berta con bullones.

No es menos elegante otro vestido tafetan de primavera, es decir, lila rosado. Este vestido tiene doble falda formando entrambas la cola del pavo real. En el bajo de la primera falda bullones dispuestos en espirales y separados por una graciosa pasamanería enlazándose con anillos de felpilla lila. La segunda falda está recortada en onda y lleva una gruesa ruche doble de tul.

Citaré tambien otro vestido de tafetan vapor guarnecido de encaje distribuido de este modo: un primer volante de blonda blanca, otro de blonda negra, y otro de blonda blanca coronado con un fleco rizado color vapor. Este adorno de encaje así mezclado se repite dos veces sobre el vestido, estando separado por una guirnalda de follaje con rosas alternadas, color de rosa, blanca, vapor y roja.

Pero lo que será precioso este verano, y por consiguiente muy propio para las señoras que habitan países cálidos, es el chal Fontanges, compuesto de una cinta de 120 cent. de anchura, que cae por delante en fichu con puntas flotantes, y por detrás se prende en el talle con un grueso lazo de encaje. Al borde de la cinta se ponen uno ó dos volantes de Chantilly, de guipure negra, de punto de Venecia ó de encaje de Inglaterra.

Este chal tan juvenil como elegante debe ser adecuado a los vestidos, y con los blancos que, segun creo, son los que mas usan mis amables lectoras, se pueden elegir los colores blanco, malva, grosella, rosa, verde y blanco.

Tambien debemos contar en la lista de las novedades la casaca Muscadin y la casaca Marqués.

La primera, de tafetan negro ó de color, describe por detrás una doble faldeta y por delante una chaquetilla redondeada con bolsillos de lado guarnecidos con pasamanería y fleco.

La casaca Marqués está cortada muy en escape por detrás sobre una falda de tafetan, todo adornado con una pasamanería formando bordado.

La ropa blanca se ha transformado enteramente.

Las mangas toman las formas de las de las casacas y los vestidos. Los plegados de nuestras abuelas vuelven a estar en moda.

Los cuellos son plegados, así como las camisas de día y de

LA QUINTA DE 1864 EN FRANCIA.



La marcha de los quintos en una aldea.

noche, los pantalones, las enaguas y las fundas de almohadas. ¿Cuánto tiempo durará esta moda?

Hablemos de los sombreros.

Los sombreros actuales no se parecen en nada a los del año último, y son tan pequeños como grandes eran los otros. Su pequeñez se exagera.

Alejandrina ha dado a luz el sombrero María Estuarda, que es un tanto excéntrico y original, pero que embellece a una joven cuando la sienta bien.

Este sombrero es de paja de arroz cocida con sesgo de cintas rosas que forman cintas de atar, contorneándose sobre el ala donde está sujeto con un ramito de violetas de Parma y de capullas de rosa. El borde del ala, que se adelanta en punta, está forrado de crespon rosa con rizado de tul rosa. A cada lado un ramito de violetas y de rosas.

El mismo modelo se repite en paja de arroz, con bavolet de paja recortado en punta sobre un tafetan camaleon plegado. El tafetan camaleon de este sombrero María Estuarda es blanco, ladrillo y oro. El borde del ala representa exactamente la chichonera histórica de los tocados de María Estuarda. Al lado un ancho lazo sujetando una pluma blanca que cae en copos sobre la punta. Las cintas de atar arrancan al interior del ala y constituyen su ornato.

Hay además un sombrero extraño, tejido mejicano maiz a la María Estuarda en el borde, y que se abotona sobre el ala con tres gruesos botones.

Sobre el lado dos mazorkas de maiz caen en forma de pluma. Al borde del ala y a cada lado de la punta una amapola.

En cuanto a sombreros de campo y de baños, hé aquí uno que hará furor:

Un sombrero brasileño de paja gris satinada con ala abarquillada al rededor y forrado de terciopelo escocés con encaje negro. En lo alto del sombrero, ala de pájaro cardenal de las Islas con pluma negra.

Entre los nuevos sombreros de la estacion, citaremos los siguientes:

Un sombrero de crespon de china blanco con ala nieve, y adornos de pluma y claveles arlequinados pensamiento y malva.

Una capota blanca de tul Malinas con ala rizada de terciopelo negro sembrada de conchitas de nácar. Bavolet de terciopelo negro con el mismo adorno. Al borde del ala florecillas nacaradas.

Un sombrero de tul blanco bordado de mariposas de perlas negras. Al borde del ala cordon de terciopelo cereza con fleco de pluma negra. En el ala adormideras encarnadas con corazon de

azabache sostenidas por un doble cordon de terciopelo negro. Para abrigar estos lindos sombreros de primavera que se mues-

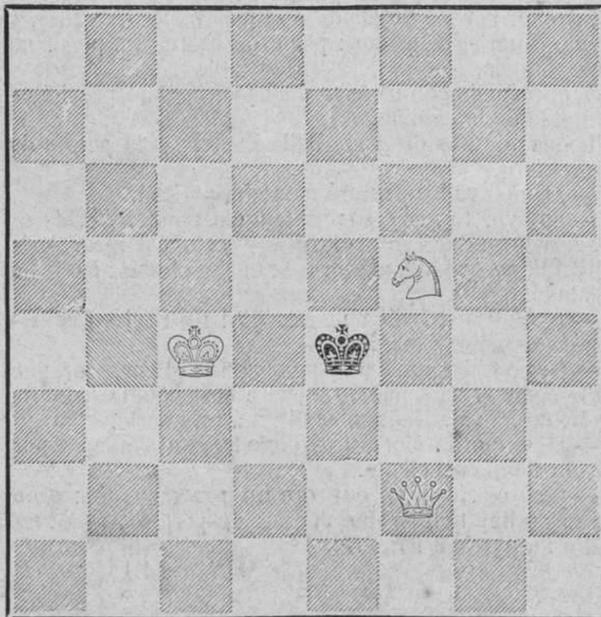
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 105

- 1 C casilla del AR Lo que se quiera
- 2 PT un paso Lo que se quiera
- 3 PT un paso, hace Reina y las blancas ganan fácilmente.

PROBLEMA NUM. 106, POR UN ANONIMO.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en dos jugadas.

tran en la Marche, en el bosque de Boulogne y en Vincennes, las muscadinas (quiero decir las elegantas), llevan una sombrilla toda de marabú.

Nada mas bonito. La emperatriz Eugenia ha usado la primera de estas sombrillas que era de marabú blancos. Su Majestad llevaba un vestido de tafetan malva, con una casaca Marqués y un cachemira blanco y grosella.

Como el amarillo está muy a la moda, las sombrillas de-marabú ofrecen matices dorados ligeramente purpuros. Estas sombrillas solo se pueden llevar en carruaje.

La sombrilla marabú se hace de tafetan blanco guarnecida de marabú blancos ó de color, ó bien de tafetan negro y de color guarnecida de marabú negro.

El mes próximo sabremos algo mas acerca de las modas de primavera.

Entre tanto hé aquí unos lindos trajes de baile que se ven representados en nuestro figurin:

El primero es de tul verde luz sobre un viso de tafetan verde, todo con draperías y adornado cada medio paño con rastros de florecillas malva. El bajo de la falda remata en un doble rizado de tul. Cuerpo con draperías y ramillete en medio del pecho y sobre cada hombro. Mangas con bullones. Tocado de tul con las mismas florecillas describiendo un turbante de flores, y de tul en lo alto de la cabeza.

El segundo es de tarlatana blanca guarnecido con dos gruesas ruches de crespon rosa y blonda negra. El cuerpo con draperías de tarlatana remata en un cinturón Diabolina de cinta rosa formando corpiño, y lleva largas cintas orladas de encaje negro que flotan sobre la falda.

Tocado Luis XIII con lazos rizados y pouff de rosas en medio de la frente, que se continúa en rama de follaje por detrás. Este mismo adorno se repite sobre cada hombro y en medio del cuerpo.

El tercer traje, tambien de tarlatana blanca, está ilustrado de distancia en distancia con anchas margaritas blancas de tarlatana, que forman cocas sobre la falda. En el bajo de la falda, tres ruches de tarlatana. Cuerpo con drapería y margaritas de tarlatana.

El último traje es de gasa de Chambéry, boton de oro sobre viso de tafetan. La falda está orlada de volantes menudos y de entredos de encaje negro. Cuerpo con berta-fichu rayada de entredos y encaje negro. Tocado de amapolas sobre una ancha coca de blonda blanca cuyas puntas ondean por detrás.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.